

x
UN ROSTRO

Y UN ALMA

CARTAS AUTÉNTICAS

POR

JOSÉ SELGAS.

MADRID,

LIBRERÍA DE LEOCADIO LOPEZ, EDITOR.

Calle del Carmen, núm. 13.

1874.



Propiedad del editor.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA).
Calle del Duque de Osuna, número 3.

DEDICATORIA.

Se parecen las estrellas á la modestia, en que buscan la oscuridad del cielo ; y mira tú, qué bello capricho, por eso brillan.

El espejo te habrá dicho muchas veces que el azul de tus ojos es profundo, como el azul del mar que se ve de léjos. Tú misma, contemplándole, habrás entornado los párpados para que tus rubias pestañas velen con sombra dorada el resplandor de tus pupilas. En verdad, así suele brillar la limpia luz de la aurora al traves de los rojos celajes de la mañana.

Mas el espejo, cortesano de tu belleza, que se apresura á decirte, siempre que lo miras, cuán hermosa eres, no puede hacerte ver el más bello encanto de tus ojos. Tú no sabes como resplandecen cuando los bajas, porque entonces cae sobre ellos la apacible sombra de la modestia.

Alaba el mundo en que vives, la fina blancura de tus mejillas pálidas y suaves, como Dios ha hecho las hojas de la azucena, y en verdad te digo que es admirable el brillo de tu tez y que puedes deslumbrar al alabastro mismo.

Lo que más te distingue entre tus compañeras y entre tus amigas, lo que más atrae hácia tu semblante las mira-

das de la admiracion, de la envidia y del deseo, es la delicada palidez que baña tu rostro.

Pues bien, preciosa criatura : nada realza tanto tu original belleza como la tinta sonrosada con que el pudor enciende algunas veces tus mejillas.

Hace dos dias que tu nombre corre de boca en boca ; y es que la moda celebra con entusiasmo fugitivo la novedad de tu último prendido, las vaporosas ondulaciones de tus ricos encajes.

Fuiste la reina del baile, ninguna como tú pudo gozar del vano placer que nos causa la admiracion que inspiramos. ¡Qué pliegue aquél, tan airoso, tan artístico, tan bien dispuesto para realzar el delicado contorno de tu cintura ! ¡Qué lazo azul tan atrevido, tan ligero, tan fresco..! Lazo azul, cuyas hojas caian admirablemente sobre las abundantes ondas de tus cabellos rubios como el oro.

¡Cuántas sonrisas de aprobacion, cuántas miradas de entusiasmo, cuantas palabras dulces como la miel, dulces como el almíbar de la lisonja recogerias en tu paso triunfal sobre el blando tejido de las alfombras y bajo los techos artesonados de los salones...! ¡Cuántas flores caerian sobre tí para que formáras con ellas la corona de tu gloria....!

Tú misma, allá en el fondo oculto de tu pensamiento, ¿no sentias la íntima complacencia de tu propia adoracion.....?

Sin embargo, yo te he visto mucho más hermosa, mucho más irresistible, y el mundo que te adula no lo sabe y tú misma lo ignoras, porque allí no habia espejos que copiáran tu imágen, ni voces que repitieran en continuo murmullo el eco de tus alabanzas.

Estabas de rodillas con la cabeza inclinada sobre el pecho y cubria tu rostro el honesto velo de tu manto. No sonreias orgullosa, sino orabas humilde ; no pedias admiracion para tus encantos, sino perdon para tus culpas ; no

ostentabas ufana ante la multitud el gusto exquisito de tu tocado y el dibujo correcto de tu belleza, sino que prosternada ante el altar ofrecias la sencillez de tus pensamientos y la pureza de tu alma: no estabas en el baile, estabas en el templo: no era el mundo el que encendia en tu imaginacion el fuego de todas las vanidades, era Dios, Dios mismo, el que llenaba tu corazon de santos consuelos y de divinas esperanzas. ¡Oh, qué hermosa estabas en aquel instante!

Cuando atraviesas los salones, suspende los miradas de la concurrencia que te rodea y te admira la gallardía de tu talle, y tu cabeza se balancea graciosamente sobre tus hombros, ufana del triunfo que consigues. Estoy seguro de que, en el momento supremo de tu gloria, tú misma te sientes deslumbrada por tu propio esplendor. Los ojos que te miran no son para tí más que espejos vivos donde contemplas la gloria de tu triunfo, y no darias ni la más pequeña parte de tanta admiracion por el cariño más profundo. Sí; prefieres ser admirada á ser querida.

La vanidad es así: es la inflamacion que levanta en el alma el veneno de la lisonja.

Tu doncella ha estado feliz, tu modista inspirada, tú estás encantadora, y yo tambien te admiro; pero ¡qué quieres! mi corazon no toma ninguna parte en el homenaje que mis ojos asombrados te tributan.

Reconozco la habilidad de tu doncella y hasta el genio creador de tu modista, y veo en tí el doble encanto en que se combinan tu persona y tus adornos. En una palabra, te admiro, y si fuera mujer te envidiaria. ¿Acaso quieres tú otra cosa más que ser envidiada....?

El mundo que te rodea, en cuya atmósfera brillas y cuyos aplausos recoges, no ve en tí más que el esplendor de la superficie; su mirada, que parece tan perspicaz, no pasa de los encajes de tus vestidos; no te ve más que cuando le ilumina el resplandor del lujo. Por eso no sabe que hay

otro mundo escondido en el fondo de la sociedad, donde corren también de boca en boca tus alabanzas.

Óyeme: en las poblaciones cultas, la policía no consiente que los pobres imploren la compasión de las gentes dichosas en las puertas de los teatros y á la entrada de los paseos. Ya ves, no es justo entristecer á los que gozan, con el espectáculo de los que padecen.

La desgracia se ha refugiado como en su único asilo en los atrios de las iglesias y en los pórticos de los templos, porque al fin la iglesia ha sido siempre el verdadero amparo de las desdichas humanas. Pues bien, yo te he visto inclinar dulcemente el rostro sobre la cabeza del anciano desvalido y depositar en el hueco de su mano temblorosa el consuelo de la limosna; y nunca he visto más gracioso tu talle que en aquel momento en que lo doblabas cariñosamente sobre el infeliz á quien consolabas y socorrias.

Es verdad que no había allí lenguas lisonjeras que ensalzaran el arte exquisito con que caían de tu esbelta cintura los rizados bullones de la segunda falda, pero había lenguas humildes que cubrían tu nombre de bendiciones.

La caridad te embellecía más que saben embellecerte tu modesta y tu doncella. ¡Qué hermosa debías verte en el espejo de tu corazón!

¿No has comprendido aún la diferencia que existe entre ser envidiada y ser bendecida?

Hablan los que te admiran de la variedad de tus joyas, de la novedad de tus prendidos, siempre nuevos y siempre frescos, de los pliegues airoso de tus opulentos vestidos, de las ondas artísticas de tus cabellos, que unas veces se levantan sobre tu frente como las olas revueltas del mar embravecido, y otras veces caen sobre tus hombros como una cascada de oro.

Los que te quieren cuentan tus bellas acciones, tus no-

bles palabras, tus tiernos pensamientos, las prendas de tu alma.

¿Adviertes la diferencia que hay entre la belleza de la virtud y la belleza del lujo?

¿Deseas conocer el número de las personas que te estiman y que te quieren.....? Pues resta de todos los que te tratan á todos los que te adulan.

Hay unas joyas maravillosas que han hecho eterna la belleza de una mujer..... Estas joyas están en la memoria de todo el mundo. Son las que Isabel la Católica vendió para que Colon descubriera la América. Ellas hicieron inmortal la grandeza de sus pensamientos y la hermosura de su corazón.

Tu doncella y tu modista saben lo que cuestas; pero ¿hay muchos que sepan lo que vales.....?

Adorna tu alma con todas las virtudes y brillará tu rostro con todos los encantos.

Para tí, cuyo corazón no han acabado de trastornar las embriagueces del lujo, he escrito este libro y á tí te lo dedico.

PRIMERA PARTE.



LA BODA.

PREMIER PART

LA SODA

CARTA PRIMERA.

UN TROUSSEAU.

Abril 8 de 1872.

«He recibido tu carta, y en ella la cordial enhorabuena que me envias, y como sé la parte que tu amistad toma siempre, lo mismo en mis desgracias que en mis prosperidades, me apresuro á escribirte para que tú lo hagas de nuevo dándome el pésame.

No creas que la muerte ha venido á sorprenderme en medio de mi felicidad, cortando el hilo de mis dias; no, vivo; te aseguro que vivo. Tampoco debe atormentarte la idea de que una repentina viudez haya enlutado el alegre dia de mi boda. No, Elisa vive tambien llena de salud y resplandeciente de hermosura con sus magníficos rizos rubios, con sus frescas mejillas, con sus labios de púrpura y con sus grandes ojos azules. La muerte no se ha

atrevido ni con mi felicidad ni con su belleza: los dos vivimos.

En honor de la verdad, nuestra boda ha sido esplendorosa; Elisa estaba encantadora, y su *trousseau* es magnífico; ¡oh! es el *trousseau* de una reina. Nos ha felicitado medio mundo; han asistido á nuestros desposorios los personajes más importantes, las celebridades más en boga... ¿Lees periódicos?... pues en ellos habrás visto el estrépito que ha causado en el mundo mi felicidad. Elisa guarda como oro en paño las descripciones de la fiesta, en las que ella es objeto de inagotables alabanzas. Tú no la conoces; pero si has ojeado los periódicos de estos días, sabrás al dedillo el inventario de sus encantos, y eso que tuvo que partir la celebridad con la última corrida de toros, con un acróbata, con una prestidigitadora, y hasta con los misteriosos asesinos de la calle del Arenal, personajes y sucesos que se disputaban el fácil favor de la atención pública.

¿Y qué me dices de su *trousseau*? En tu carta de enhorabuena guardas silencio acerca de este punto interesante de mi espléndida boda. ¿Es posible que no hayas visto en los periódicos la interminable lista de este almacén suntuoso? Si es así, tú, mi íntimo amigo, eres el único mortal que á esta fecha ignora el número de camisas que tiene

mi mujer. No, mi mujer no, mi cara mitad... mi hermosa Elisa.

Quince dias ha estado expuesto á la admiracion de las gentes, y Madrid se ha despoblado por verlo, y con razon, porque es un verdadero museo de encajes y batistas, de seda, de lazos, de cintas, de adornos y de joyas. ¡Qué faldas!... ¡Qué sobrefaldas!... ¡Qué cogidos!... ¡Qué chambras!... ¡Qué peinadores!... ¡Cuántas perlas!... ¡Cuántos diamantes!... Te aseguro ingenuamente que yo mismo me sentia admirado ante esta lujosa prendería. Las mujeres se hacian lenguas... ¡Ah! el *trousseau* de Elisa ha obtenido un éxito completo; sobre todo los *polissones* han *hecho furor*, son por lo visto de un grande efecto.

¿Crees que falta algo á la felicidad á que tenemos derecho sobre la tierra?... No te parece que soy el hombre más feliz del mundo?... ¿Puede ser más esplendorosa la aurora de mi dicha?... No obstante, apresúrate á escribirme una carta de pésame.

No vayas á creer que una operacion desastrosa ha puesto en peligro mi fortuna; porque has de saber que está muy léjos de eclipsarse la estrella de mis prosperidades; el dinero se multiplica en mi gabeta de un modo prodigioso, y aún esto sería lo de ménos, porque Elisa es rica. Pero ¡bah! te veo

sonreír maliciosamente, sospechando que he encontrado en ella defectos de carácter, defectos de educación. Lo ménos te imaginas que me he casado con una arpía... con una hermosa furia, capaz de arañarme con sus dedos sonrosados y sus uñas de nácar á cada triquitraque. ¡Oh! qué chasco te llevas. Elisa es suave como la seda y dulce como la miel. Por lo que hace á su educación, no puede ser más esmerada; dibuja medianamente, toca el piano con bastante buen gusto, y habla en frances, en inglés y en italiano. ¿Qué te parece?... ¡Posee tres lenguas, sin contar la española, que la usa lo ménos posible y siempre á medias!... En historia sabe los hechos más interesantes, aquellos que la literatura ha extendido en dramas, en novelas y en libretos de óperas, y añade á esto cierta arqueología suntuaria, pues por los trajes conoce las épocas, lo cual hace sumamente amena su conversacion en punto á modas. Respecto á geografía, te puedo asegurar que tiene en la uña todos los lugares de recreo que ofrece Europa al gran mundo en las diferentes estaciones del año. Su trato es correcto, fino y amable; sabe presentarse, sabe sonreírse, es afectuosa y séria, mira con majestad y habla con lentitud. ¿Qué más quieres?... ¿No es un prodigio esta bella criatura, á quien acabo de unirme para siempre?... Pues bien; insisto, coge la

pluma, y con las frases más consoladoras que encuentres en el diccionario de nuestra antigua amistad, escríbeme el pésame.

La noche de la boda sufrí un tormento semejante al del náufrago que cerca de la playa lucha con las olas que lo acercan y lo alejan con cruel complacencia. Así fluctuaba yo en medio del concurso que invadía los salones sin poderme acercar á Elisa, de la cual me separaba el magnífico oleaje del mundo que se agitaba entre nosotros, mundo alegre, muy alegre, tan alegre, que parecía ser él el que se casaba.

Elisa me pertenecía ya por el doble vínculo de la religion y del amor; era mia ante Dios y ante los hombres, y sin embargo, yo no podía acercarme á ella, porque lo estorbaba aquella brillante concurrencia que habia acudido á participar de nuestra dicha. No me era lícito mirarla sin provocar sonrisas equívocas, y no me sentía con ánimo bastante para poner mi amor en berlina... Tú hubieras hecho lo mismo.

Pero ni en aquel momento me abandonó mi fortuna, porque apelé al recurso de devorar mi impaciencia apoyándome sobre el mármol de una chimenea, y desde allí mis ojos distraídos se fijaron en la luna de un espejo de tal manera colocado, que se retrataba en él la imágen de Elisa. ¡Qué fe-

liz combinacion!... Podia verla sin mirarla... El brillo del cristal formaba al rededor de su cabeza una especie de aureola que aumentaba las severas líneas de sus facciones, dando á la limpia blancura de sus hombros desnudos el resplandor de la aurora. Nunca la habia visto tan fantástica, tan vaporosa, y si me lo permite tu intransigencia, tan immaculada. Dime tú, filósofo de mogollon, poeta de tres al cuarto, literato de pacotilla, y sobre todas las cosas, querido amigo mio; la tibia luz con que los ojos ven el dia de la boda, ¿es el crepúsculo de la mañana, ó el crepúsculo de la tarde?... ¿Es que amanece, ó es que empiezan las oscuridades de la noche?... ¿Es que salimos á la vida, ó es que nos ocultamos en ella?

Elisa se hallaba rodeada de sus más íntimas amigas, bellas compañeras que habia sabido elegir entre las jóvenes más elegantes y más opulentas de la buena sociedad. Puedo asegurarte que estas risueñas criaturas formaban á su alrededor una guirnalda de flores. Yo devoraba el cristal en que se movia este bello cuadro, estudiando con amorosa estética la expresion dominante en el rostro de Elisa. A traves de la indolencia de que parecia poseida, creia yo distinguir en su frente vagos reflejos de oculta alegría, de la misma manera que adivinamos la presencia del sol á pesar de las nubes que

lo velan; en sus ojos, que giraban indiferentes, sorprendia yo relámpagos fugitivos, semejantes á los que brillan en el horizonte en las noches más serenas del estío.

Imagínate si sería dichoso en aquella contemplacion que hasta ella misma ignoraba; pero como no hay en el mundo dicha completa, amargó la dulzura de mi delicia una observacion impertinente. Te doy permiso para que terias de mí, pero me mortificaba la idea de que sus ojos no me buscáran entre la multitud que bullia en los salones, para dejarme ver á hurtadillas una dulce mirada. Ni una vez siquiera noté en ella inquietud ni impaciencia; pagaba las lisonjas con sonrisas; sus ojos no buscaban á nadie. ¡Qué tontería! ¿Acaso no hacia yo lo mismo? ó por lo ménos, ¿no aparentaba la misma indiferencia? ¿Quién habria sospechado que en aquel instante recreaba yo mis ojos viendo su imágen reproducida en la luna del espejo? Nadie, y, sin embargo, la contemplaba con el dulce afan del que ve asomar en el azul del cielo las primeras claridades del dia en que se van á cumplir todas sus esperanzas. ¿No podia ella á su vez contemplar mi imágen grabada en el espejo de su corazon? Esta tierna advertencia tranquilizó mis pasajeras inquietudes, y volví á ser dichoso. No obstante, escíbeme el pésame sin pérdida de tiempo.

Una de las bellas criaturas que se hallaban cerca de Elisa acercó sus movibles labios á los oídos de la que acababa de unirse conmigo para siempre y dejó caer en ellos algunas palabras. La fisonomía de esta muchacha fresca como una primavera, y picante como el sol de Julio, tomó, al hablar secretamente con Elisa, la expresión más picaresca del mundo. Frunciendo sus hermosas cejas negras y entornando los ojos, dejó vagar por su boca de marfil y de púrpura una sonrisa celestial; no, no, una sonrisa de todos los demonios.

¿Qué le dijo?... no lo sé, porque no me he atrevido á saberlo, y estoy seguro además de que habría sido inútil preguntarlo. En aquel instante habría dado la mitad de mi vida porque el espejo, de la misma manera que reflejaba las imágenes, hubiera reflejado las palabras; pero la luna muda sólo pudo advertirme que hablaban, y que hablaban en secreto.

Jamás he sido curioso; tú sabes bien cuán poco me interesan las cosas que no me importan; pero en esta ocasión sentí la más viva curiosidad, y hubiera apostado una buena parte de mi fortuna á que era yo el objeto de aquella secreta confidencia. ¿Habría observado la amiga de Elisa que yo las espía-ba al través de la luna del espejo?... No debió ser así, porque mi cara mitad no se dignó levantar los

ojos para comprobar por sí misma la observacion. En cambio tomó su semblante una expresion de desden indecible, su preciosa boca se frunció de un modo deplorable, perdiendo toda la gracia de sus finos contornos. Yo experimenté una impresion penosa, la misma que habria experimentado si al coger una hermosa flor hubiera sentido en mi mano el frio contacto de una culebra.

¿Hablaban de mí?... entónces era yo el objeto de aquel gesto horrible, de aquella demostracion despreciativa. Pasó por mi corazon una nube sombría llena de rayos y centellas.

Conozco muy bien la vehemencia de tus juicios, y sé que al leer estas líneas me llamarás insensato. Muy bien; pega, pero escucha:

Poco á poco se fué disipando la concurrencia y comenzaron á desahogarse los salones. La amiga de Elisa no quiso abandonarnos sin venir á saludarme. Me dió su correspondiente apretón de manos, y me dijo:

— Amigo mio, el *trousseau* es magnífico.

Diciendo esto me miró con ojos compasivos y me volvió la espalda. Aquella compasion aumentó mis confusiones. Por lo demas, la lisonja que acababa de oir no me ofrecia gran novedad, porque durante toda la noche me habia visto obligado á escuchar á cada momento la misma frase en variedad

de tonos. Real y verdaderamente tenía ya un *trousseau* en la boca del estómago : te hablo con sinceridad, estaba ya de *trousseau* hasta el moño, y no pude ménos de exclamar interiormente : ¡ Maldito *trousseau*!

Antes que se retiráran los últimos convidados, busqué á Elisa, pero Elisa habia desaparecido de los salones.

Al fin me encontré solo y respiré : ya era tiempo de que yo tambien me retirára. Sin embargo, no quise pecar de indiscreto, y me propuse esperar algunos minutos, dejándome caer sobre una butaca, cansado, pensativo y triste.

No era cosa de que allí me sorprendiera el dia, y créeme, haciendo un esfuerzo, atravesé el salon en que me hallaba y me dirigí á un gabinete de paso que conducia á las habitaciones que Elisa habia elegido. La puerta del gabinete se hallaba cerrada, yo empujé suavemente y entré... Era la pieza en que todavía se hallaba expuesto el *trousseau*... Toda aquella riqueza me salia al paso, interponiéndose entre Elisa y yo. Pero esta carta ha crecido demasiado bajo la pluma, y voy á cerrarla sin concluirla... Mañana sabrás lo restante, y entre tanto no seas perezoso y apresúrate á mandarme el *pésame* como te apresuraste á enviarme la *enhora-buena*.»

Despues de leer várias veces esta carta la guardé dentro del mismo sobre en que la habia recibido, y con no poca impaciencia me resigné á esperar el correo del dia siguiente.

CARTA II.

LA DORMILONA, LA BATA Y LAS BABUCHAS.

Abril 10 de 1872.

« Me vi envuelto en una nube de gasas, de cintas, de batistas, de encajes y de sedas; los estuches abiertos dejaban escapar los mil resplandores de las piedras preciosas, y los rayos amarillos del oro brillaban de la manera que brillan los rayos del sol entre nubes resplandecientes.

No lo vas á creer, me detuve sorprendido. No era la primera vez que veia el *trousseau* de mi encantadora Elisa, ó, mejor dicho, no era la primera vez que este fausto de nuestra boda se presentaba delante de mis ojos; mas, ó no habia reparado bien en sus ricos pormenores, ó es que, en el momento de que te hablo se hallaba mi espíritu más en disposicion de apreciar toda su riqueza y todo su buen gusto.

Después de haber tenido los ojos cerrados por algún tiempo, nos parece la luz más viva y más brillante, y sin duda los resplandores del *trousseau* se destacaron entonces más fuertemente sobre las oscuridades de mis pensamientos. El caso es que experimenté una especie de deslumbramiento, más bien que en los ojos, en el espíritu. Te lo diré más vulgarmente, el *trousseau* me hizo ver las estrellas.

Miré á mi alrededor, poco más ó ménos como el viajero que, sorprendido por una claridad repentina, advierte que ha perdido el camino. No creas que esta comparacion es pura poesía, porque, en efecto, me dirigia al cuarto de Elisa, tal vez por el camino más corto, pero no por el camino más propio.

Nuestras respectivas habitaciones están contiguas, y yo debí tomar un rumbo distinto. Debí salir por el extremo contrario del salon, cruzar una galería de pinturas, en las que tengo puestos mis cinco sentidos, y entrar en un gabinete de estatuas que sirve de antesala á mi despacho. Detrás del despacho está mi cuarto de vestir, más adelante se encuentra mi cuarto de baño, y últimamente por este camino se llega á mi dormitorio, que, como es natural, comunica con el de Elisa.

Este camino, aunque te parezca largo, es el que debí seguir en esta primera y legítima excursión

al paraíso de mi felicidad, al santuario de mi dicha. Pero, ¡torpe de mí! cambié el itinerario y tomé el camino opuesto, encontrándome, como te he dicho, en el gabinete del *trousseau*. Debí retroceder, pero no quise... Mira tú que terquedad tan inexplicable.

Tú dirás: ¿y á qué viene todo eso?... y yo te digo: calla y sigue leyendo.

Atravesé la nube que relampagueaba delante de mis ojos, y llegué á la puerta que debia abrirme paso á las habitaciones de Elisa, pero esta puerta estaba cerrada. Apliqué el oido á las doradas juntas de las maderas y no percibí ruido ni rumor alguno, reinaba al otro lado de la puerta un profundo silencio.

Una reflexion repentina me hizo apartar súbitamente el oido. Era la primera noche de mis bodas y me sorprendia escuchando detras de aquella puerta... ¡Oh! era un espionaje muy poco delicado, y me causé á mí mismo muy mal efecto.

Entónces llamé suavemente y nadie me contestó: las molduras de las maderas parecia que rechazaban el contacto de mis dedos, y por un triste capricho de la imaginacion me pareció que llamaba á la puerta de un sepulcro.

En los dias más alegres suelen acometernos las ideas más tristes; no sé cómo explicarme eso; pe-

ro no es necesario ser muy supersticioso para encontrar en circunstancias, á veces insignificantes, oscuros presagios, que aunque no sea más que por un momento, turban nuestra dicha, en el momento en que más ansiosos vamos á cogerla. ¿Será la voz misteriosa de nuestro destino, que nos advierte la fragilidad de las felicidades humanas?... ¿Ves? yo tambien tengo mis pretensiones de filósofo... tambien yo echo por esos trigos de Dios... ¿Qué te parece?...

Indudablemente Elisa habria despedido á su doncella y estaria ya dormida. ¡Dormida!... ¡Tan pronto! Esto me pareció inverosímil, y me ocurrió el temor de que le hubiera sobrevenido algun accidente. Mi cara mitad no es una mujer enclenque, pero es muy nerviosa, y quién sabe, las agitaciones del dia, el mareo de la muchedumbre, las emociones propias del caso, en fin, era posible que Elisa estuviera desmayada sin tener quien la socorriera. Vamos, yo habia sido un badulaque deteniéndome tanto tiempo en el salon hecho un *pasarote*.

Me propuse ganar el tiempo perdido, y oprimiendo el boton de bronce que cerreba la puerta, entré en el tocador de Elisa, que se hallaba dulcemente iluminado por la luz velada de una lámpara de porcelana que pendia del techo. ¡Soberbio toca-

dor!... No faltaba en él detalle ni capricho. Es una preciosa rotonda decorada con tres puertas: la que yo acababa de pasar, la que conduce al cuarto en que Elisa se baña, y la que da á su dormitorio. Una cortina de seda me separaba en aquel instante de la preciosa criatura con quien pocas horas ántes habia unido mi suerte para siempre, lleno de las más dulces esperanzas. Dentro del dormitorio reinaba el mismo silencio sepulcral que habia advertido desde la puerta del tocador, y al traves de la cortina se notaba el resplandor de la luz que iluminaba la estancia. Levanté el *portier* con cierta impaciencia, entré, y Elisa dió un grito.

—¿Te asustas? le pregunté.

—Es natural, me contestó.

—¡Natural! ¿Por qué?

—Porque en todo caso no te esperaba por la puerta de mi tocador.

—Es verdad, le dije, pero entré distraido en el gabinete del *trousseau*, y el silencio que advertí en estas habitaciones me hizo sospechar si te habria sucedido algo.

—¡Y qué podia sucederme!

—Una indisposicion repentina... algun vahido... ¡y como suponía que habrias despedido ya á tu doncella!...

—Tranquilízate, me contestó, porque me siento

bien. Es decir, añadió corrigiéndose, la jaqueca me mortifica algo.

—¿Mucho? pregunté yo.

—Bastante, dijo ella.

Has de saber que encontré á Elisa envuelta en una bata magnífica, guarnecida de encajes, una de las batas más ricas del *trousseau*, su doncella habia deshecho el peinado monumental, que habia sido como la gigante cúpula de su espléndido vestido de desposada, sustituyéndolo con una elegante *dormilona*, por bajo de la que se escapaban en abundantes rizos sus cabellos rubios, brillantes y sedosos. Se hallaba sentada con la negligencia propia del traje, sobre una butaca de damasco amarillo, y el pié menudo se advertia bajo las últimas hondas de la bata, escondido en el holgado seno de una babucha turca primorosamente recamada. No te diré yo que habia en el muelle abandono de su persona, y en lo exquisito de su *toilette* esa sencillez, esa naturalidad, esa correccion y ese buen gusto, que vosotros llamais *aticismo*; pero se encontraba suavidad, esmero, refinamiento.

La primera impresion que sentí fué halagüeña, porque inmediatamente pensé, con satisfaccion indecible, que Elisa deseaba agradarme. Habia estudiado en su actitud y en su compostura, y, claro está, aquella *toilette* íntima estaba para mí exclusiva-

mente reservada; yo era el objeto de aquellas pretensiones; el amor me sonreía bajo aquella forma. Antes Elisa se había vestido para los convidados, para el mundo, y ahora estaba vestida para mí, para nuestro amor. ¡Cuánta ternura descubrieron mis ojos en los encajes de aquella graciosa dormilona y en las ondas de aquella bata inmaculada! Era una manera delicada, exquisita, de poner mi corazón en el secreto de sus más íntimos pensamientos. Hubo un momento en que tuve intenciones de bendecir el *trousseau*; pero ¡ah! era demasiado feliz en aquel instante, me faltaba tiempo para ser dichoso, y no lo bendije. ¡Qué ingratitud! Al fin al *trousseau* debía yo la dicha de aquella sorpresa; suprímelo, y Elisa no hubiera tenido una rica *dormilona*, ni una espléndida bata, ni unas babuchas turcas con que hacerme en tan secreto y misterioso instante la muda confidencia de su ternura; y, sin embargo, hacia pocos momentos que en el fondo de mi amor ó de mi egoísmo había maldecido el *trousseau* de Elisa, porque temía que me robára no sé qué parte de su corazón. Y mira tú, él se vengaba contribuyendo á llenar mi alma de dulces satisfacciones.

Porque, piénsalo bien, si Elisa no hubiera tenido á la mano un *trousseau* donde elegir tan preciosos detalles, se habría presentado á mi vista sin

el encanto de una *toilette* escogida. Tal vez habria bajado los ojos ruborizada ; quizá habrian brillado en sus párpados algunas lágrimas ; acaso sus labios trémulos habrian pronunciado al verme palabras indecisas, entrecortadas ; probablemente, en fin, habria sentido yo temblar su mano entre las mias. Muy bien, todo esto será expresivo, afectuoso, dramático si quieres, pero nada hay tan elocuente, tan fresco, tan espiritual, como una dormilona de encajes, una bata de batista y unas babuchas turcas.

Sí ; hay ocasiones sublimes, momentos supremos en que la mujer más hermosa y más tierna no acertaria á darnos una idea exacta de sus secretos sentimientos, si no encontrára en los recursos de su tocador la expresion más propia, la frase más tierna. Porque, dime tú, disecador del alma, ¿ qué son las lágrimas furtivas, las palabras trémulas, los suspiros ahogados, las miradas tímidas y las manos temblorosas ante una dormilona de encaje, una bata de batista y unas babuchas turcas?... Te juro que nunca habia sido para mí tan expresivo el corazon de Elisa. Permíteme la palabra, en el diccionario de su espléndido *trousseau* habia encontrado la fórmula más bella de su más tierno pensamiento. Por medio de tan exquisita *toilette* me decia : ¡ay, Jorge, cuánto te amo! Yo percibia, más

bien, yo respiraba todo su amor en los encajes de la dormilona, en los pliegues de la bata y en los bordados de las babuchas.

¿Cuántos gestos de impaciencia y de disgusto has hecho durante la lectura de estos renglones?... ¿Cuántas veces me has llamado *mameluco* desde que empezaste á leer esta carta?... No lo sé, ni me importa; estoy acostumbrado á tus dicterios, y por un oído me entran y por otro me salen. Por eso no he de dejar de repetirte que fuí en aquel instante el hombre más dichoso de la tierra. Me hallaba todavía vestido de rigurosa etiqueta, y puedo asegurarte que jamas mortal alguno con frac negro y corbata blanca ha experimentado en iguales circunstancias una emoción semejante. Ya sabes tú que detras de esta cara de hombre de negocios se oculta el alma de un niño, y que si no hubiera sido por el temor de morirme de hambre, como te sucede á tí poco más ó ménos, habria, como tú, consagrado mi vida á cantar, digámoslo así, las glorias y las miserias humanas en las soledades de la pobreza. Tambien habria sido, como tú, filósofo y poeta; pero si no he seguido tu solitario camino, ya sabes, desventurada criatura, que te admiro á la vez que desprecio al mundo con quien negocio.

Tengo, pues, tambien yo mi alma en mi almarío, y tal vez no soy un genio, porque debe hacer

muy poca gracia verse en la necesidad de pedir limosna.

El amor que mi tierna esposa me dejaba traslucir en la triple combinacion de la dormilona, la bata y las babuchas, llenó mi alma de ardiente regocijo, y estuve á punto de caer de rodillas, asir su mano, besarla y renovar allí la sagrada promesa que poco ántes le hice delante de Dios. ¿Habia de ser insensible á la expresiva ternura de su *toilette*? ¿No me dedicaba su amor las prendas más ricas de aquel *trousseau* tan celebrado?...

Pero no caí de rodillas, ni así su mano, ni llegué á besarla. ¿Por qué? ¡ah! porque sentí de repente circular por mis venas un frio mortal; fué como la impresion de un baño ruso sentida en el alma, un chorro de agua helada que cayó brusca-mente sobre mi corazon, un cambio de temperatura súbito y violento.

¿Cuál era la causa de tan raro efecto? Vas á saberla: ví dibujarse en el semblante de Elisa una expresion de desden indecible, la misma expresion que advertí al traves de la luna del espejo cuando su amiga le habló al oido; como entónces, su preciosa boca se frunció de un modo deplorable, perdiendo toda la gracia de sus finos contornos, y, como si esto no fuera bastante, miró al techo con ojos indiferentes y me lanzó al rostro un bostezo

descomunal, interminable, horrible. Ahí tienes lo que heló mi sangre, lo que paralizó los impulsos de mi corazón, lo que me dejó, en fin, hecho una estatua delante de aquella otra estatua.

— ¿Tienes sueño? le dije.

— Sí, me contestó.

— El sueño, añadí, es el remedio más eficaz contra la jaqueca.

— Sin duda, me dijo.

— En ese caso, advertí yo casi sonriendo, será una imprudencia...

No me dejó concluir, pues arqueando las cejas con aire de majestuoso fastidio, exclamó:

— ¡Oh!...

Yo proseguí diciendo:

— Casualmente me siento también fatigado.

— Lo creo, añadió ella, son ya las tres de la madrugada.

Pronunció estas palabras con mucho trabajo, porque un nuevo bostezo invadió su boca.

No pude hacer frente por más tiempo á tanta impasibilidad. Me hallaba de pié y no me había invitado á sentarme. ¡Ah! ¿por qué es la felicidad tan frágil? La dormilona, la bata y las babuchas parecían todavía empeñadas en hacerme creer que era dichoso; pero aquella jaqueca intempestiva, aquel gesto desdeñoso, aquel sueño importuno, aquellos

bostezos horrorosos, aquellas respuestas lacónicas... Todo... todo me advertía que era el hombre más infeliz de la tierra. Quise apurar el vaso de mi desventura, y cruzándome de brazos esperé en silencio... ¿Qué esperaba? Te lo diré: esperaba provocar su impaciencia; pero mi empeño fué inútil, porque no se dignó incomodarme, y reclinando la cabeza sobre el respaldo de la butaca, permaneció seria, fría y pensativa. Entónces me incliné con toda la finura que me fué posible y me despedí diciendo:

— Señora, buenas noches.

— Buenas noches, me contestó sencillamente.

Entré en mi cuarto llena la cabeza de los más extraños pensamientos. Me dejé caer en una butaca, apoyé los codos en las rodillas y oprimí la cabeza entre las manos como si hubiera querido contener los torbellinos que dentro de ella se agitaban.

Así permanecí algún tiempo, y así hubiera permanecido hasta el día del juicio, si los pasos de Elisa sobre la alfombra no me hubieran sacado del estupor en que había caído. Casi maquinalmente me acerqué á la puerta, y poco despues oí su respiración acompasada; mi cara mitad dormía profundamente. Sin poderme contener entreabrí la puerta que nos separaba y penetré con mucho silencio en

su estancia. Me pareció distinguir un suave murmullo que se escapaba de sus labios; no solamente dormía, sino que soñaba, y temblando de piés á cabeza me acerqué á ella. Tú no sabes con qué ímpetu entraba y salía la sangre en mi corazón; sólo te diré que acudí á contenerlo con el hueco de la mano, temiendo que el pecho iba á romperse. Oía palabras confusas y entrecortadas, cuyo sentido no podía explicarme; no quería oír y todo era oídos; las más crueles sospechas me asediaban; áun no sabía nada y ya lo temía todo. Al fin descubrí el secreto que embargaba su alma. Elisa soñaba con su *trousseau*... el *trousseau* era el objeto delicioso de sueño... y yo respiré, pero respiré con amargo desaliento. Yo no era más que un pormenor indispensable; pero un mero pormenor de nuestra boda; el *trousseau* venía á serlo todo para ella. La imaginación de Elisa estaba llena de cintas, de encajes y batista y seda, y cuando la cabeza de una mujer está llena de estas cosas, su corazón se halla vacío.

Me retiré en silencio y me encerré en mi cuarto; cambié mi traje de boda por un traje de mañana; esperé el día. Después que amaneció pedí un caballo, monté en él y corrí desalado. ¡Infeliz!... como si me fuera posible huir de mi suerte.

Esta ha sido la noche de mi boda; imagínate cómo será la luna de miel que me espera. Te daré no-

ticias de ella; pero no tardes más tiempo y mándame el pésame. Todos me creen dichoso y me felicitan; tú sólo conoces mi desventura.»

En cuanto acabé de leer esta carta cogí la pluma dispuesto á escribirle largo y tendido, haciéndole ver que era un botarate sin piés ni cabeza, muy capaz de volverse loco sin *fuste* ni *muste*, pero luégo que tracé los primeros renglones y empecé á entrar en materia, me detuve no encontrando las vigorosas reflexiones que el caso requería. Conforme ahondaba en tan extraño caso, más grave me parecía; y buscando en el mundo ejemplos con que animar su espíritu, tropecé con tantas Elisas, que solté la pluma y rasgué lo escrito.

No encontraba nada que decirle.

CARTA III.

VIS TABELLA.

Mayo 16 de 1872.

«¿Te has muerto? Si no es así, si vives, ¿por qué razón guardas tan tenebroso silencio?... Yo en igualdad de circunstancias habria sido capaz de escribirte desde el otro mundo. Nunca fuiste cortesano de mis prosperidades, y no puedo creer que tu amistad le haya vuelto la espalda á mi desventura. Ahora me acomete el temor de que nuestras cartas hayan sido interceptadas, y no puedo explicarme de otro modo tu conducta conmigo, porque he creído siempre en tu amistad, y no he creído nunca, y por supuesto ahora ménos todavía, en la inviolabilidad de la correspondencia.

Si mis cartas se han salvado de la encrucijada en que tantas caen, no me queda más que una suposición para disculparte. No has contestado á nin-

guna de las dos porque no tenias nada que decirme, y no has querido aumentar mi mal humor con reflexiones tardías, y estás aún buscando un buen consejo que darme.

No obstante, me inclino á creer que mis cartas se han extraviado, y voy á resumir en dos palabras el contenido de ellas. Hélo aquí: Elisa no me ama. Es verdad que no la creo capaz de amar á nadie, porque es insensible á todo ménos á las satisfacciones de su vanidad: su belleza y su fausto; hé ahí los dos únicos pensamientos que llenan su alma. Sé muy bien que mi mal no tiene remedio, y conozco perfectamente lo delicado de mi posicion. No me asedia el recelo de que otro hombre me sustituya en su corazon, pero... estoy seguro de que necesita para vivir la atmósfera de la admiracion. No sé qué sistema de conducta debo adoptar para librarme del peligro de las apariencias. ¿He de constituirme en vigilante de sus acciones y en fiscal asídúo de sus palabras?... En primer lugar, sería inútil, y en segundo lugar, si ahora le soy indiferente, entónces llegaria á serle odioso. Además, no se escaparia este espionaje á la perspicacia del mundo, y las gentes más sensatas me tendrian por un marido impertinente. Si me dejára llevar de mi genio, plantearia la cuestion francamente y propondria una separacion amistosa; ¿pero á cuantas su-

posiciones no daría lugar este paso?... ¿Quién sabe adónde llegaría el furor de las conjeturas?... Comprendo que es necesario hacer el papel de marido dichoso, que es preciso ser feliz á pesar de todo, á lo ménos siquiera en estos primeros días... ¡Qué luna de miel me ha deparado mi suerte!

En honor de la verdad, no tengo motivo para quejarme. Yo reflexiono y digo: ¿Acaso soy el único sér en el mundo á quien la satisfaccion de la belleza y la pompa del lujo roban el tierno cariño de la mujer que ha elegido para que sea la compañera de su vida?... ¿No es, por ventura, una pretension exorbitante aspirar á la preferencia de un corazon sumergido en las embriagueces de la vanidad?... ¿Con qué derecho puedo yo exigirle que me sacrifique el doble esplendor de su hermosura y de su fausto, cuando yo mismo he sido el primer adulator de sus adornos y de sus encantos?...

Ahora recuerdo con cruel memoria que obtenia sus sonrisas más encantadoras y sus miradas más expresivas cuando acertaba á enaltecer con frases felices y originales la perfeccion de su tocado, la pureza de sus facciones ó el gusto exquisito de sus adornos. ¿No es ésta la mujer que yo he elegido? Pues entónces, ¿cómo pretendo que sea otra? ¿Me es lícito exigir que Elisa deje de ser Elisa?

No dirás que no discurro con juicio. Ya ves que reconozco la parte que tengo en mi desdicha. ¡Cuán cierto es que la mayor parte de nuestras desgracias nos las debemos á nosotros mismos!

¿Me resigno?... Muy bien : ¿pero cómo?... Dos maneras se me ofrecen : ó la abandono á las contingencias de su vanidad y á los escollos del mundo en que vivimos, encerrándome en la más completa indiferencia, ó, por el contrario, intento conquistar su corazón despertando en él los sentimientos que son la vida del alma. Después de reflexionar algunos instantes, resolví apelar al último medio. La empresa me pareció verdaderamente árdua; imagínate que es preciso educarla de nuevo sin que ella lo advierta.

Estoy acostumbrado á vencerlo todo con el dinero, mas en esta ocasión advertí que mi riqueza iba á servirme de estorbo. Necesitaba yo establecer cierto aislamiento para llevar á cabo mi propósito, y en nuestra brillante posición es muy difícil alejar el mundo que nos rodea, más bien el mundo que nos invade; pero me ocurrió una idea felicísima!

Poseo á doce leguas de Madrid, y próxima al camino de hierro del Mediodía, una casa de campo, en la que he invertido por puro lujo muchos millones. Es una posesión digna de un príncipe. Pero, ¡bah! te estoy dando noticias de una cosa que cono-

ces lo mismo que yo, pues hemos pasado en ella juntos algunas temporadas.

Hace algunos dias hice delante de Elisa un elogio apasionado de esta posesion, y advertí que me escuchaba atentamente. Despues me dirigió algunas preguntas acerca de la situacion que ocupa y de los recursos que ofrece, y me pareció satisfecha de mis respuestas. Entónces le dije:

— ¿Deseas conocerla?

— Phs — me contestó moviendo la cabeza.

— La estacion convida — añadí yo — á pasar allí una temporada. Estamos en el principio de la primavera y en los primeros dias de nuestra luna de miel.

— Verémos — me dijo — le temo á la soledad y voy á aburrirme.

— Ahogué en el fondo de mi corazon este desaire hecho á mi persona, porque claro está que yo habia de acompañarla y ella temia á la soledad yendo conmigo.

Me sonreí de la manera más amable que me fué posible, y proseguí diciendo:

— Allí puedes dar largos paseos á caballo que fortalecerán tu salud algo delicada. Tienes tambien un hermoso estanque, que por medio de un estrecho semejante al de Gibraltar, se comunica con otro mayor cuyas aguas pacíficas van á perderse

bajo la sombra de un bosque silencioso. En estos mares puedes navegar cómodamente y darle una vuelta al mundo en una tarde. Encontrarás allí jardines, grutas, cascadas, fuentes y estatuas. Hay también un gran soto abundante en caza, y si no eres demasiado sensible á la crueldad de esa diversion, cazarémos suculentas liebres y sabrosos patos.

El cuadro que yo le describia llegó á interesarle, porque se animó su rostro y me dijo:

—No es posible resistirse á tantos atractivos. Quiere decir que añadiremos lo que falte y pasaremos una buena temporada.

—En ese caso — me apresuré á decir — voy á dar las órdenes necesarias á fin de que todo esté dispuesto para mañana.

—Mañana — replicó — es demasiado pronto. — Estamos en juéves. — Bien ; irémos el domingo.

En efecto, el domingo llegamos á esta soledad encantadora á que tú has puesto el nombre de *Vis-tabella*.

Desde que pusimos el pié en la quinta se mostró conmigo más comunicativa, merced, sin duda, á su curiosidad, pues me hizo mil preguntas ; queria enterarse de todo ántes de verlo y á la vez iba corrigiendo los defectos que advertia en mis respuestas. Hay que reconocerle hábito de grandeza y cierto gusto aristocrático, y no me opuse á que hiciera

las reformas que creyera convenientes, lo mismo en los salones que en los jardines. Al día siguiente se dignó coger mi brazo después del almuerzo y juntos recorrimos una parte de la posesión; á la tarde completamos la visita dando un largo paseo á caballo.

Empecé á concebir fundadas esperanzas de despertar en este corazón de veintidos años la vida de los sentimientos. La estancia en la quinta le era agradable, y si yo conseguía apartarla por algún tiempo del mundo en que vivía adormecida su alma, podía empezar á cantar victoria. Jamás me ha ocurrido la idea de escribir una novela, pero todos hacemos alguna en la vida, y no dejaba de ser original la que comenzaba á trazarse en mi imaginación. Merced á mis riquezas había obtenido la mano de Elisa; pues bien, ahora me proponía conquistar su corazón. Para un amante no suele ser esta empresa muy difícil, mas para un marido la cosa ofrece más serias dificultades. Claro está que no pensaba enamorarla con misteriosas serenatas, ni con tiernos suspiros, ni con billetes perfumados, ni con amenazas, ni con súplicas, ni con cómicas desesperaciones, ni con trágicos juramentos, porque todas esas cosas que agradan á las mujeres en sus amantes les son insoportables en sus maridos. Tampoco es cosa de agarrar una tranca y hacerme

amar á linternazos. La aventura que me propongo llevar á cabo es más árdua.

Eso era ayer, hoy ha caído el edificio de mis esperanzas como un castillo de naipes. Elisa ha tenido la maldita ocurrencia de disponer una fiesta suntuosa y ha invitado á ella á medio Madrid. Cuando creía que se había olvidado del mundo, era el mundo su único pensamiento. Esta noche empezarán á llegar los conyidados. Se iluminarán los jardines á la veneciana; habrá paseos por el lago, baile en los salones y fuegos artificiales. Elisa acaba de recibir tres trajes, uno de mañana, otro de tarde y otro de noche; los tres son indispensables, porque la función está dividida en tres actos, y Elisa, que va á ser la reina de la fiesta, necesita, digámoslo así, triplicarse.

¿Por dónde dirás que he sabido esta novedad que ocurre en mi casa? — La he sabido por los periódicos. Ellos me dan cuenta de todo, y explican el caso diciendo que yo, por hacer pública mi dicha, he preparado esta sorpresa para que sea, si no más dulce, á lo ménos más brillante nuestra luna de miel. Estos demonios de órganos de la opinión pública todo lo saben y todo lo dicen: y no es eso lo peor, sino que anuncian mi propósito de repetir una vez á la semana tan espléndida fiesta. ¿Qué te parece?

No para aquí la cosa. Has de saber que tambien tengo dispuestas divertidas pesqueras en el lago y animadas cacerías en el soto, carreras de caballos y corridas de toros. ¿Te parece poco?... Pues oye: unos atribuyen estas espléndidas locuras al amor entrañable que Elisa y yo nos profesamos, siendo, como si dijéramos, el fausto de nuestra mútua ternura. Otros no ven en todo ello más que un soberbio negocio: yo me propongo dar á Vistabella una celebridad europea con el fin de tentar la vanidad de los grandes capitalistas. Mi pensamiento es venderla ventajosamente al primer millonario que quiera pagarla ó á cualquier rey destronado que desee adquirirla.

Aun hay más; algun periódico advierte que se hacen diversos comentarios en los altos círculos políticos, atribuyendo las fiestas de Vistabella á una intriga tenebrosa, ó por lo ménos al propósito de una manifestacion continua del lujo reaccionario contra la córte *descamisada* de la novísima monarquía que nos ha caído en suerte.

Mi dicha ha alcanzado hasta esa celebridad que, para mayor gloria de nuestro fausto, no carece absolutamente de peligros.

Hé aquí lo que me sucede cuando ménos lo esperaba. La base de mi plan consistia en la soledad, en el alejamiento de las disipaciones del mundo;

me habia propuesto hilvanar una especie de idilio; me proponia ser una cosa así como Pablo, á ver si conseguia meter á Elisa en los trotes de que se decidiera á ser mi Virginia; pero estas malditas fiestas han venido á echar abajo todo mi proyecto. Las riquezas con que me adula la suerte me estorban y empiezo á sentir cierto rencor contra mi fortuna. Así es que he resuelto arruinarme; mejor dicho, he resuelto dejar que Elisa me arruine, cosa que hará á las mil maravillas. Éste, á lo ménos, será su castigo, porque por lo que á mí hace, seré el hombre más feliz de la tierra el dia que pueda decirle: amiga mia, se agotó la mina; has gastado magníficamente hasta el último duro, y el espléndido Crespo no tiene ya ni una peseta con que hacer brillar tu belleza. Ahora verás cuán fácilmente vuelve el mundo la espalda á los astros que se eclipsan.

Aquí tienes mi resolucion definitiva: voy á abrir de par en par las puertas de mi gabeta y á dejarla que tire por las ventanas de su vanidad todo el oro que me ha servido para comprar su mano. Al fin es suyo, porque, bien miradas las cosas, su preciosa mano era una joya cuyo precio ha sido mi fortuna. Ah, no caen por la chimenea alhajas de tanto valor. ¡ Dichosos los que no tienen fondos para adquirir estos objetos de lujo!

En resúmen, mi luna de miel es bastante amarga.»

En honor de la verdad, mi afortunado amigo no habia hecho un gran negocio; pero yo vislumbraba algun rayo de esperanza, y por otra parte no podia aplazar por más tiempo la respuesta. Tomé la pluma y le escribí largamente. Ayer debió recibir mi carta, y mañana espero saber el efecto que le ha causado.

CARTA IV.

LA LUNA DE MIEL.

Junio 1.º de 1872.

«Eclípsala, me dices en tu carta; oscurécela; haz de manera que las miradas que se fijan en ella se vuelvan hácia tí. Así como Elisa quiere deslumbrar con su belleza y con su fausto, deslumbra tú con la belleza y con la generosidad de tus acciones; haz ver que el tesoro de tu corazón es más grande que el tesoro de tu bolsillo.

La idea es luminosa; me propones una empresa, por ejemplo, como la del paso *honroso de Quiñones*. Tal vez pretendes que, semejante á Guzman el Bueno, sacrifique un hijo que no tengo todavía, ni esperanza de tenerlo, por conservar á Tarifa..... ó que clave en las mismas puertas de Granada las sagradas palabras del *Ave María*. ¿Quieres que venza en singular batalla al moro Tarfe?.....

No tendría inconveniente en ser un Hércules en los tiempos heróicos, ó un Cid en los tiempos caballerescos, pero me aterra la idea de hacer el papel de D. Quijote en los tiempos presentes. ¿No conoces, soñador insensato, que sería la burla de las gentes?..... Dime que soborne al género humano, que compre á peso de oro la admiracion y los aplausos, que me convierta en traidor de melodrama, que me alquile para llevar sobre mis sienes cualquier corona arrastrada por el lodo, y seré de la noche á la mañana un héroe de plazuela, ó un rey de la legua. Eres un loco y propones una tontería.

Por lo demas, Vistabella es en todos los dias el punto de reunion de la sociedad más escogida, las fiestas se suceden sin interrupcion, cada dia se ocurre un nuevo proyecto para el dia siguiente. Elisa brilla de una manera extraordinaria; la concurrencia que la rodea la adula y la admira; me parece la servidumbre de su fausto..... Veo resplandecer sus ojos y sonreir su boca en el paraisimo del desvanecimiento. Las mujeres se disputan su confianza, y los hombres su preferencia. Yo, entre tanto, voy y vengo, subo y bajo, entro y salgo, como puedes imaginarte. Mi luna de miel no puede ser más esplendorosa.

Anoche me sentia tan fatigado de la concurren-

cia, que busqué la soledad; y mientras los convidados acudian al lago donde habia dispuesto una serenata flotante, yo me dirigí á una alameda solitaria, pensando muy seriamente en los desatinos de tu carta y en los peligros á que veía expuesta á Elisa. Cuando más embebido iba en mis reflexiones, sentí que un brazo se enlazaba al mio y que una voz dulce y burlona me decia :

—Muy bien, caballero; cualquiera diría que, cansado V. de la felicidad que le cerca, huye del mundo.

Experimenté un ligero estremecimiento, porque la persona que así me sorprendía era la amiga de Elisa, aquella de sus amigas que la habló al oído la noche de mi boda cuando yo la contemplaba en la luna del espejo.

—Señorita—le contesté—no debemos abusar de la felicidad, ó mejor dicho, no debemós entregarnos á ella ciegamente, y yo me he apartado un instante del tumulto para reflexionar sosegadamente acerca de la fragilidad de las dichas humanas.

—Eso—añadió ella—es digno de un filósofo, y me alegro mucho de verle con tan buenas disposiciones, porque no hay dicha que no esté amenazada de inesperados contratiempos.

—La mia—me apresuré á decir—no me ofrece por ahora sombra alguna.

— ¡Ya lo creo! — exclamó — una boda tan ruidosa, un *trousseau* europeo, y una luna de miel verdaderamente régia, son tres circunstancias que hacen feliz á cualquiera, por adversa que sea su suerte.

— No he creído nunca — repliqué — que el lujo sea una condicion indispensable de la dicha.

— ¿No? — preguntó con cierta extrañeza — ¡Válgame Dios, que atrasado está V. de noticias! El lujo lo es todo en el mundo. ¿No ve V. que nadie piensa en otra cosa?

— Es verdad — le dije — pero ahora falta averiguar si son dichosos.

— Si son dichosos — repitió — ¿qué importa eso?..... ¿Lo parecen? Pues basta.

Hablando de este modo, nos habiamos internado en lo más espeso de la alameda.

Yo insistí, diciendo :

— Si se trata sólo de las apariencias, convengo en ello ; mas parecer dichoso no es serlo.

— Cualquiera diria — exclamó — deteniéndose y mirándome atentamente, que tiene V. alguna queja contra su suerte. ¡Bah! creo que es V. bastante generoso para no mirar con cierta indiferencia los halagos de la loca fortuna ; sí, presumo que es V. uno de los pocos millonarios que valen algo más que sus millones ; pero ¿será V. insensible á la be-

lleza de Elisa?..... O más bien, ¿es V. tan inconstante que no puede sujetar la impaciencia de sus deseos, ni aún entre las fugitivas delicias de la luna de miel?

—No—le contesté—no se trata de eso. La belleza es también una especie de lujo.

—Es decir—añadió riendo como una loca—que Elisa ha perdido en quince días, á los ojos de su marido, todo el esplendor de sus encantos; ¿no es esto?

—No es eso—repliqué yo—su belleza no ha perdido nada á mis ojos.

—¿De manera—me preguntó—que es V. el hombre más feliz del mundo?

No sé mentir, y le dije :

—Si no lo soy es porque mi carácter no me deja serlo.

Anduvimos algunos pasos en silencio, internándonos cada vez más en la sombra de la alameda. La amiga de Elisa, apoyada en mi brazo, seguía á media voz la melodía de la orquesta, que llegaba á nuestros oídos, y yo removía en mi cabeza una nube de pensamientos.

Por de pronto, no me explicaba bien la presencia allí de la amiga de Elisa. ¿Por qué esta señorita, de carácter bullicioso, de conversacion viva, alegre y mordaz, dejaba el bullicio de la fiesta y

venía como yo á buscar la soledad de la alameda?..... ¿Era este encuentro una simple casualidad, ó una ocasion buscada?..... ¿Pretendia sondear mi corazon?..... ¿Qué interes podia tener en ello?..... Además, ¿habia en sus palabras compasion ó burla? Sospeché si Elisa habria tenido un momento de lucidez, movida por mi conducta indiferente y reservada, y querria, por medio de su amiga, abrir el camino de una tierna reconciliacion. Tambien podia ser mera curiosidad, deseo caprichoso de saber qué pensaba yo de su conducta. De todas maneras tuve por cosa segura que la íntima amiga de mi cara mitad no se encontraba conmigo en la alameda á humo de pajas; decididamente habia en ello algo más que el capricho de un paseo solitario.

Por estos datos comprenderás que su encuentro y su conversacion debian ser para mí sospechosos. Así es que me puse en guardia, decidido á aprovechar la ocasion que se me ofrecia. Seguí, no obstante, guardando silencio, por que no debia mostrar interes en que siguiera adelante la conversacion entablada. Esto era lo diplomático.

Al fin cesó de canturriar y me dijo :

— El carácter no lo deja á V. ser feliz. ¡Oh, á cuántos errores inducen las apariencias! Nadie sospecharia que tiene V. mal carácter; más por lo

que oigo es V. un lobo perfectamente cubierto con la piel de un cordero.

—No quiero decir—le advertí—que soy yo un hombre de genio impertinente, gruñon, insoporable, pero tal vez tengo un corazon demasiado ambicioso.

—¡Es posible!—exclamó con admiracion burlesca.—¿Desea V. títulos, honores?..... ¿Y qué dificultad encuentra en adquirirlos? En los momentos democráticos en que nos hallamos, ése es un género de pacotilla que se compra muy barato. Es verdad que no concurren en V. los méritos especiales que ahora se necesitan. Usted no pertenece aún al número de los bienaventurados *que han sufrido persecucion por la justicia*; pero eso, amigo mio, se subsana fácilmente..... Vamos, con franqueza; ¿no se siente V. capaz de ninguna fechoría?..... quiero decir, ¿de ninguna hazaña?

—En ese punto—le contesté—están satisfechas mis ambiciones aristocráticas; he rechazado un título de marqués, y en cuanto á grandes cruces, me parece que tengo bastante con la cruz del matrimonio.

—Entonces—me preguntó—¿cómo dice V. que es ambicioso.

—Por una razon muy sencilla, señorita—le dije—porque mi corazon no está satisfecho.

— ¿Satisfecho de qué? — volvió á preguntarme.

— Satisfecho — añadí yo — de mí mismo.

Movió la cabeza con ademan de duda, y me dijo:

— Eso en vez de ser ambicion es modestia. No se cree V. digno de la felicidad que ha alcanzado, y tiene V. remordimientos de ser dichoso.

— ¡Ah! — exclamé yo — no es eso precisamente. Lo que digo es que no inspiro el vivo interes que ambiciono, ó más bien, que ambicionaba, mejor dicho, que creí inspirar. Va V. á reirse de mis singulares pretensiones; pero ¿qué quiere V.? Mi corazon es así, y necesita, para estar satisfecho, vivir al calor de un cariño tierno y profundo.

Al acabar de pronunciar estas palabras mi compañera de paseo exhaló un gran suspiro; mas á renglon seguido dejó escapar una ruidosa carcajada, diciendo:

— Regla general, siempre que un marido advierte frialdad ó indiferencia en el cariño de su mujer, es señal de que piensa en otro. ¡Oh, sí! no están VV. tan pervertidos que no traten de disculpar sus infidelidades.

— Señorita — le dije — yo no merezco semejante injusticia.

— Entendámonos — replicó. — Las mujeres son muchas veces culpables del extravío de sus maridos; creen que porque los han enamorado una vez

basta para conservar su corazón toda la vida. Usted dirá, es que Elisa no me ama; y bien, ¿no podría ella decir lo mismo?

— ¿Lo dice acaso? — pregunté yo.

— No sé — me contestó. — El amor tiene también su amor propio, y si lo siente así, es muy posible que lo calle.

Indudablemente, la amiga íntima de Elisa venía con el encargo secreto de sondear mi corazón. Yo vi en esta conferencia los preliminares de una paz futura, é insistí diciendo:

— Muy bien: Elisa es demasiado orgullosa para confesar su queja, pero ¿V. cree que la siente?

— Antes de contestar yo á esa pregunta — dijo — necesito hacer otra. ¿Desea V. que la sienta.

— Sí, — contesté.

— Pues en ese caso — añadió — si no la siente puede sentirla. Somos íntimas amigas, hemos pasado juntas cuatro años en el colegio y allí éramos inseparables, conozco algo su índole, y me parece que las lisonjas del mundo tienen adormecida su alma, y estoy segura de que un sacudimiento fuerte lograria que despertase.

Esto coincidía en cierto modo con los consejos que me das en tu carta, y al mismo tiempo me parecía que la amiga de Elisa hablaba de cuenta propia, y en tal caso su ingerencia en este asunto era una

intervencion officiosa que no acertaba á explicarme. ¿Qué interes podia inspirarle á esta señorita la frialdad de nuestras relaciones despues del matrimonio? ¿Cómo habia podido sospecharla cuando las apariencias nada dejaban traslucir?... Tal vez Elisa le habria confiado alguna circunstancia de nuestra vida íntima, y la curiosidad la habria movido á entablar conmigo la conversacion de que te estoy dando cuenta. Sin embargo, no era curiosidad lo que yo advertia en ella, era más bien interes, un género de interes particular, que no se cómo clasificarte. Yo le dije :

—Bah, ya comprendo : no podria resistirse al efecto de un golpe teatral; esto es, rompo el velo de mi justa reserva y me arrojó á sus piés pidiéndole por todos los santos del cielo que se digne amarme. Ella me mirará compadecida desde la excelsa altura de su orgullo y me concederá el honor de besar sus piés. ¿No? Pues entónces no me queda más recurso que apelar á la fuerza de las armas: pondré sobre su pecho la boca de una pistola y le diré resueltamente: «señora, el amor ó la vida.»

A estas palabras nada me contestó; parecia que escuchaba atentamente la algazara de los convidados que el frio de la noche hacia volver á los salones. Casualmente nos hallábamos en el extremo de la alameda por donde debia pasar la bulliciosa con-

currencia al abandonar las orillas del lago; cada vez se oía más cerca el rumor de las conversaciones, íbamos á encontrarnos con ella como dos líneas que se cruzan, y entónces me ocurrió la idea de que nuestro solitario paseo era algo indiscreto. El primer grupo de convidados pasó por delante de nosotros y oí pronunciar mi nombre. Detras venía otro y una voz de bajo preguntaba: ¿Dónde se habrá metido Octavia que no la hemos visto en toda la noche? Tampoco hemos visto á Jorge por ninguna parte, contestaba una voz de tiple. No pude distinguir la reflexion que otra voz añadió á esas observaciones, más inferí que sería un chiste oportuno, porque obtuvo el honor de una risa general. Instintivamente empujé á Octavia hácia la sombra de un árbol, como si quisiera ocultarla y ocultarme. Un segundo grupo pasó por delante de la boca-calle de la alameda y tambien éramos nosotros el objeto de la animada conversacion que llevaban. ¡ Ah! —exclamaba una voz casi de niña.— Es posible que haya sucedido alguna desgracia. En ese caso— advertia otro— habrá que llorar con los dos ojos, pues son dos los que no parecen. Propongo un ojeo —dijo un tercero.— Es inútil— replicó la voz cascada de una señora mayor— porque, ó se los ha tragado el lago, ó se los han comido los lobos.

Como ves, brillábamos en aquel momento, como

el romano, por nuestra ausencia. Yo me incliné al oído de mi compañera y le dije:

— Debemos separarnos.

— ¿Por qué? — me preguntó.

— Porque el mundo — insistí diciendo — es poco benévolo.

— ¡Oh! — exclamó irguiendo su graciosa cabeza — ¡qué me importa el mundo!

En esto sentimos acercarse un nuevo grupo, era el último, y en él venía Elisa, pues su voz llegaba á nuestros oídos. Me parece — decia — que se preocupan VV. demasiado con la ausencia de Octavia y de Jorge. Probablemente nos esperan en el palacio, donde nos habrán preparado alguna sorpresa agradable. Crean VV. — añadió con cierto énfasis — que su ausencia no puede explicarse de otro modo. Al oír estas palabras, Octavia, que permanecía asida á mi brazo, me arrastró adelantándose hácia el grupo que venía. Salimos de la sombra que nos ocultaba, y al vernos exclamaron muchas voces á un tiempo: Hola, hola, aquí están los perdidos.

— Aquí están — dijo mi compañera de paseo. — Mientras VV. loqueaban en el lago al compás de la música, nosotros, más juiciosos, filosofábamos bajo la sombra de la alameda y en el silencio de la noche. Sí, amiga mia — añadió encarándose con Elisa — tu marido tiene una conversacion encantadora.

Elisa dejó ver sus preciosos dientes por medio de una sonrisa sumamente fina, al mismo tiempo que echó sobre mí una mirada viva y penetrante como un relámpago; no habia visto nunca brillar sus ojos de aquella manera. Octavia siguió diciendo sin soltar mi brazo.

—Ea, señores, continúen VV. su triunfal carrera; nosotros, más apartados de las locas vanidades del mundo, irémos detras cerrando la comitiva.

Cuando entramos en la quinta, Octavia y yo fuimos el objeto de la conversacion, y nuestro paseo por la alameda motivo de una broma continua, en la que todos tomaban parte. Octavia mantuvo el asunto á una altura prodigiosa, despertando alternativamente la curiosidad, el interes y la malicia con una viveza de ingenio y una novedad de invencion que causaban asombro; contó nuestro encuentro en la alameda y nuestro paseo solitario de mil modos distintos, como ella decia, para todos los gustos; estuvo feliz, felicísima; inspirada, verdaderamente inspirada; sus chistes se celebraban con estrepitosos aplausos. Yo tuve que tomar parte en esta broma, y saliendo de mi oscuridad de marido partí con Octavia la gloria de la aventura. Durante el resto de la noche no se habló de otra cosa, y ella y yo estuvimos constantemente en escena. Elisa

habló poco y no se hizo mucho caso de ella, parecía que estaba arrinconada.

Poco á poco se fué disipando la concurrencia, retirándose los convidados á sus respectivas habitaciones. Elisa, contra su costumbre, permaneció en el salon; de manera que nos encontramos solos y casi frente á frente. Fuí á darle las buenas noches para retirarme; pero me detuvo pidiéndome una taza de té, que yo mismo le serví. Al tomarla, me dijo:

—Siéntese V., caballero... aquí... á mis piés... me tiene V. muy enojada... casi celosa... Silencio —añadió poniendo sus dedos en mi boca—no quiero excusas... ¿Solicita V. mi perdon? pues lo obtendrá, pero ántes necesito una prueba de arrepentimiento.

—¿Cuál? — le pregunté.

—Esta — me contestó, presentándome su mano para que la besára. En esto apareció su doncella y la despidió.

¿Qué te parece? — Yo no sé qué pensar de tan repentino cambio. —Allá verémos; pero entre tanto suspende el *pésame* que con tanta urgencia te pedia en mis anteriores cartas, porque me parece que soy dichoso; este puede que sea el primer dia de mi luna de miel.

Adios: está amaneciendo.»

Mi amigo no sabía que pensar de tan repentino cambio, pero todavía me pareció á mí más inexplicable la conducta de Octavia.

... of the ...
... of the ...
... of the ...

SEGUNDA PARTE.

SOSPECHAS DESVANECIDAS.

SEALING BALANCE

W. & A. GILBERT

CARTA V.

VISITA INESPERADA.

Abril 24 de 1873.

«Mi largo silencio te ha hecho creer sin duda que soy dichoso, que aún saboreo las dulzuras de mi luna de miel, y habrás dicho: «¡Qué hombre! al fin como todos. La felicidad es egoísta, y no quiere que participe de ella.» Bueno; eso me prueba que te obstinas en creer que yo soy un sér ramplon, vulgarote, insustancial, un hortera más ó ménos millonario, un *mercachifle* en grande, que vive en un palacio, que tiene magníficos trenes... en una palabra, un hombre de negocios.

En esta ocasion me es indiferente tu juicio, y no temas que por centésima vez vaya á hacerte tragar el inventario de las grandes cualidades que, á pesar de todo, me elevan al rango de los hombres superiores. Si no has olvidado el relato de mi última

carta, tendrás presente que Octavia me dijo, en nuestro solitario paseo por la alameda, estas palabras: «¡Bah! creo que es V. bastante generoso para no mirar con cierta indiferencia los halagos de la loca fortuna; sí, presumo que es V. uno de los pocos millonarios que valen algo más que sus millones...» Esto es terminante, y debo añadirte que Octavia pasa por mujer de talento, y, sobre todo, por un carácter poco á propósito para lisonjear la vanidad de nadie: es una mujer célebre por sus ingenuidades. En el momento en que te escribo esta carta, te aseguro que no aspiro á envanecerme con la satisfaccion íntima de mis superiores cualidades; únicamente recuerdo con cierto orgullo la destreza con que sé manejar una espada y la seguridad con que á veinticinco pasos parto en el filo de un cuchillo la bala de una pistola. Por esta disposicion de mi ánimo en los presentes momentos colegirás si soy dichoso.

¿Qué me sucede?... Nada, porque en rigor me sería imposible hacerte ver las vagas sombras que de vez en cuando oscurecen mis ojos; sombras fugitivas, que se disipan, sí, que se desvanecen fácilmente; pero que con la misma facilidad vuelven á reproducirse. Unas veces me parece que son quimeras de mi imaginacion, y otras se me presentan con tan vivos colores, que las tengo por la realidad

misma. Ya sé yo que el temor aumenta fantásticamente las proporciones del peligro; pero yo no soy un insensato para dejarme alucinar por peligros imaginarios... Algo veo que me induce á temer; lo que yo siento no está en mí, está en el aire que me rodea, en la atmósfera que respiro... No es esto, ni aquello, ni eso, ni lo otro; es todo... Pequeñeces insignificantes, pormenores indiscutibles, detalles que se escapan. ¿Quieres que me explique geométricamente?... Pues bien; imagínate que es una cosa como el espacio, cuyo punto céntrico está en todas partes y la circunferencia en ninguna: lo que te he dicho ántes, nada, nada que se pueda precisar. Pero ello es que yo he recobrado mi antigua afición á la esgrima, y me paso una hora diaria en la sala de armas ejercitando mi habilidad y mis fuerzas, y puedo asegurarte desde ahora que soy un espadachin consumado. Además, invierto otra hora en el tiro de pistola, y tú no sabes la particular complacencia que experimento al ver los prodigios de mi puntería. Diez balas seguidas meto en el blanco con una precisión que pasma.

Convengo en que la espada es un arma más noble: hay ataque y defensa, hay verdadero combate, eso sí, pero combate en el cual se buscan los descuidos, combate de sorpresa; los golpes se paran, los ataques se detienen, el valor está en la destre-

za. Para un brazo vigoroso y una mano ágil, reñir detras de una espada equivale á batirse al amparo de una muralla de acero. Se ve el rencor de los combatientes y la agitacion de la lucha, y luégo... nada... un rasguño... dos gotas de sangre, y asunto concluido.

Yo prefiero la pistola; es un arma más fria, más serena, más tranquila; es preciso que el corazon no altere la uniforme regularidad de sus latidos para que la mano no tiemble; se pueda dar y recibir la muerte sin fruncir el entrecejo, sin ímpetu, sin violencia, sin cólera, en una palabra; con la sonrisa en los labios; con la espada se esconde el cuerpo, con la pistola se presenta; el primer caso es huir de la muerte; el segundo caso es salir á buscarla; el éxito que se obtiene no suele corresponder al esfuerzo que se hace.

Al llegar aquí das un salto, te llevas las manos á la cabeza, y sin más averiguaciones sacas por consecuencia que he perdido el juicio. No me opongo; mas haciendo alarde de mi erudicion histórica, diré como Temístocles: pega, pero escucha; ó lo que es lo mismo, llámame loco, pero sigue leyendo.

¿Qué género de locura puede encontrar la razon más escrupulosa en que un hombre prefiera para la eventualidad de cualquiera terrible contingencia la pistola á la espada? Napoleon prefirió la artillería;

ésta fué su arma favorita, y los tenderos prefieren el fusil para el caso en que las eventualidades inminentes que amenazan los pongan en la urgente necesidad, no de salir de sus tiendas, sino de defenderlas. Estos *Aquiles* al pormenor parecen resueltos á defender heroicamente sus *talones*, único rincón de sus trastiendas en que por lo visto son vulnerables.

Pues bien, poeta insensible á las desgracias de tu patria, yo prefiero la pistola.

No creas que me preparo á defender mi vida y mi hacienda con las armas en la mano. Mi hacienda la tengo previamente colocada en el extranjero; allí mis pobres millones respiran con alguna libertad, y en cuanto á mi vida, la salvaré oportunamente al otro lado de la frontera. Pero, entre tanto, no imagines que el terror nos invade ni la tristeza nos domina. Aquí, como los cortesanos de Baltasar, asistimos con toda la pompa de nuestro lujo al último festin de Babilonia. Experimentamos todos una sed de placeres insaciable, una prisa de gozar indecible; nuestro regocijo es tan grande como nuestras desdichas. Si los desastres que presenciarnos llegan á conmover por un momento nuestro espíritu, el refinado placer de la mesa nos tranquiliza, las delicias escénicas de los teatros nos consuelan; verdaderamente no seríamos dignos de

nosotros mismos si la pérdida de Cuba, por ejemplo, nos hiciera perder una tarde de paseo ó una noche de sociedad.

Nuestras mujeres se disputan unas á otras las satisfacciones del tocador, y nosotros nos disputamos sus preferencias indolentemente reclinados en los ricos divanes de nuestros salones. La *toilette* y el *comfort*... no pensamos en otra cosa.

Por más terribles que sean los desastres que se anuncian, los vemos acercarse, no con frente serena, sino con semblante risueño. Tú, espíritu pusilánime, que vives escondido en el estrecho rincón de tu pobreza, no comprenderás el heróico valor de nuestras sensualidades ni la grandeza de nuestro egoismo.

Elisa está cada dia más blanca, más rubia, más bella... el azul de sus ojos es más limpio, más puro, su continente más majestuoso, y ha perfeccionado el atractivo de su sonrisa dándole un encanto irresistible. Apénas volvimos á Madrid abrió de par en par sus salones, y recibe dos veces á la semana á sus numerosos amigos; raro es el dia que *La Correspondencia* no le dedica algun párrafo á propósito de sus encajes ó de sus diamantes, de la novedad de sus vestidos ó de la magnificencia de sus trenes; su aparicion en *la Castellana* es un suceso, su presencia en el teatro produce un efecto

seguro ; no se le puede pedir ni más atractivos ni más celebridad. En los círculos de buen gusto se comentan los caprichos de sus adornos y las originalidades de sus prendidos. Tiene su cóрте que la sigue á todas partes.

Confieso ingénuamente que otro marido estaria con la boca abierta y dormiria muy tranquilo sobre los laureles de su espléndida mitad ; pero yo le robo dos horas diarias á mi dicha para ejercitar mi brazo en el manejo de la espada y dar á mi pulso esa firmeza inalterable que hace la puntería infalible. Sí, vuelvo á decírtelo, prefiero la pistola.

Antes de ayer tuvimos que comer solos , porque los grupos que diariamente rodean el palacio del Congreso tomaron un aspecto más agresivo, y hubo carreras, y se cerraron las tiendas, y cada cual se encerró en su casa, y se suspendieron las funciones de los teatros ; la noche, en fin, se presentó pavorosa.

Este contratiempo puso á Elisa de malísimo humor. Imagínate que la sorprendió la alarma en el momento en que ponía el pié en el estribo de su landó ; iba á la *Fuente Castellana*, llevando prendido á su preciosa cabeza un sombrero sumamente espiritual, que aquella mañana habia recibido de París.

Te he dicho que comimos solos, y esto no es ab-

solutamente exacto, porque Octavia comió con nosotros. Yo le ofrecí el brazo para conducirla al comedor, pero lo rehusó, cogiéndose al brazo de Elisa.

La vivacidad de Octavia formaba contraste con la desdeñosa seriedad de la hermosa criatura que me ha cabido en suerte. La conversacion giró naturalmente sobre los acontecimientos del dia, pues era el asunto que por el momento ofrecia más novedad. Yo expuse mi opinion diciendo:

—Decididamente estamos en el último acto de la tragedia

—Tragedia, —añadió Octavia, —de un género nuevo, del género patibulario.

—Oh, —exclamó Elisa, —la soberanía popular es una soberana impertinencia. Esos señores podian dirimir sus contiendas en despoblado y dejar-nos en paz á los que nada tenemos que ver con sus ambiciones.

—Ciertamente, —dijo Octavia sonriendo con afable malicia, —los espectáculos que nos dan no son del mejor gusto y nos harán la vida insoportable si se empeñan en tenernos reclusas por algun tiempo en el último rincon de nuestras casas; mas sea la que quiera la repugnancia que nos cause el gorro frigio, la moda se encargará de convertirlo en adorno: convengo en que nada tiene de gracioso.

so y en que es realmente grotesco; pero ¿crees tú que no se le puede dar á su horrible hechura cierto aire de distincion para que caiga con gracia sobre la cabeza de una mujer hermosa?... Vamos, Elisa, consuélate. Si estos trastornos son molestos, más aún, antipáticos, en cambio adquiriremos el recurso de un nuevo prendido. Como se nos permita tener cabeza, no lo dudes, la moda nos encasquetará el gorro frigio.

A pesar de la dulzura con que Octavia pronunció este pequeño discurso, me pareció advertir en las inflexiones de su voz un sabor amargo, que descubria la acerba intencion de sus palabras.

Elisa no contestó nada, si bien agitó majestuosamente la cabeza, haciendo flotar los dorados rizos de su magnífico peinado. Podia ser esta muda respuesta una señal negativa, y podia ser tambien un alarde de satisfaccion, porque debe estar segura de que hasta el gorro frigio daria realce á su belleza.

Despues de comer pasamos al gabinete que sirve de ante-sala al tocador de Elisa, aquel gabinete donde te dije que habia estado expuesto el *trousseau*, y allí nos sirvieron el café. Despues Elisa se recostó sobre el divan con todo el aire de un supremo fastidio. Octavia se dirigió al piano, y yo me acerqué á la chimenea, dejándome caer en una butaca,

en la cual me habria dormido si los acordes del piano que Octavia hacia sonar á media voz no hubieran despertado en mi espíritu ciertos pensamientos tiernos de vaga melancolía. La voz apagada del piano hacia el efecto de una música lejana, cuyas tímidas melodías llegaban dulcemente á mis oídos. Creia á veces que las cuerdas heridas por los dedos de Octavia sollozaban como si quisieran ahogar sus propios gemidos: otras veces surgian del fondo de la melodía notas firmes, enérgicas, semejantes á esos vivos relámpagos con que brillan las luces moribundas. Si me hubiera sido posible suponer que el piano tiene alma, habria creido que en aquel momento nos hacia alguna íntima confianza, habria creido que desahogaba su corazón contándonos el secreto misterioso de sus penas.

¿Te parece esto demasiado fantástico? A mí tambien me lo parece ahora que me encuentro léjos de la influencia de aquellos tiernos acordes, pero entonces me sentí subyugado, suspenso, enternecido. Ahora mismo no acierto á explicarme cómo las manos aturdidas y el genio burlon de Octavia supieron dar á las notas del piano tan apasionadas, tan tristes inflexiones.

Maquinalmente dirigí la vista á Elisa y la encontré indiferente. Con el brazo sobre el almohadon del divan y la cabeza apoyada sobre la mano,

parecía entretenida en contar las molduras del techo; sus hermosos ojos brillaban con el azul profundo del mar cuando se ve de léjos, y habria creido ver en ellos la serenidad del cielo si el ligero fruncimiento de su boca no me hubiera dejado traslucir que se hallaba vivamente contrariada. De todas maneras, su actitud no dejaba nada que desear; habia en ella abandono y correccion; no era, si me permites decirlo así, una postura empírica, excesivamente espontánea, era más bien una actitud estudiada; le faltaba esa naturalidad de que carecen las actitudes que se ensayan delante del espejo, cosa que no debe extrañarte, porque Elisa tenía delante una gran luna de Venecia, en cuyo cristal indudablemente se estaba contemplando.

Avivé el fuego de la chimenea, porque sentí en todo mi sér una sensacion de frio inexplicable; mis ojos se detuvieron un instante en Octavia, cuyo perfil se destacaba sobre el fondo carmesí de la cortina que cubre la puerta del tocador, y me encontré sorprendido por la dulzura de líneas que formaban el correcto dibujo de su semblante. Nunca habia reparado en ello, y al pronto creí que no era Octavia la que yo veia. La cabeza sumamente inclinada sobre el piano, daba á su frente una expresion resignada, poco en armonía con la inalterable vivacidad de su genio aturdido. De vez en

cuando alzaba los párpados, y juraría que habia visto brillar una lágrima bajo la sombra de sus largas pestañas... ¡Octavia triste, reflexiva!... Hé aquí un aspecto que jamas habria sospechado en ella. ¿Era una ilusion de mis ojos?... ¿Era que me la hacia ver así la particular disposicion en que mi espíritu se encontraba?... ¿Es que Octavia esconde bajo la vivacidad de su carácter, un corazon tierno y profundamente apasionado?...

Antes que yo acertára á resolver estas dudas, se presentó en la escena un nuevo personaje, cuya presencia causó tres efectos distintos, pues Octavia frunció el entrecejo juntando los extremos de sus airosas cejas, Elisa entreabrió los labios dejando ver una amable sonrisa y unos dientes preciosos, y en cuanto á mí, me puse de pié para hacer los honores debidos á aquella visita inesperada.

El nuevo personaje se adelantó gallardamente hasta estrechar la mano que Elisa le tendia sin moverse, sin perder nada de su indolente actitud. Despues se acercó á Octavia y la saludó del mismo modo. Luégo se volvió á mí y nos saludamos con un mútuo apretón de manos.

—Amigo mio, —dijo Elisa, — nos obliga V. á la más sincera gratitud, pues es una temeridad salir á la calle en una noche como esta.

—Nuestro amigo Montenegro, — se apresuró á

decir Octavia—es muy capaz de exponerse á los mayores peligros por acompañarnos en esta noche tenebrosa.

—Sin duda,—contestó—no habria peligro que yo no arrostrára por el placer de ver á Vds; pero en esta ocasion no debo apropiarme semejante mérito, porque no hay peligro ninguno en transitar por las calles; el frio de la noche ha disipado las turbas y Madrid puede dormir tranquilo.

Dicho esto con cierto énfasis, se dirigió á mí añadiendo:

—Se puede salir con toda seguridad, por esta noche no hay nada. Yo vengo del Casino, que se halla más concurrido que ninguna noche, y allí nada se teme.

Otro marido más indiferente que yo á las delicias del hogar doméstico y á las dulces intimidades de la familia, habria aprovechado las palabras de Montenegro para dar una vuelta, á lo ménos por el Casino, donde, de seguro, circularian á esta hora las últimas noticias; mas yo ¡qué quieres! decidí quedarme en casa aunque Elisa y Octavia me tengan por pusilánime y Montenegro por cobarde...

Mas, ¿á qué pongo en tu noticia tan minuciosos pormenores? No lo sé... He dejado en el gabinete del *trousseau* á Elisa, á Octavia y á Montenegro, y he venido á mi cuarto á escribirte esta carta que

insensiblemente ha crecido bajo la pluma. Mi ánimo al comenarla fué únicamente poner en tu conocimiento mi pasión por las armas y mi distinguida preferencia por la pistola.

Vuelvo á decírtelo : tengo bastante serenidad en el pulso para partir una bala en el filo de un cuchillo.»

Apénas acabé de leer tan singular documento, cogí la pluma y agoté el repertorio de mis reflexiones, no muy seguro de ejercer sobre su ánimo una saludable influencia. Siempre ha oído mis razones y se ha prestado á mis consejos; pero en la ocasión presente lo veo dominado por una resolución firme y temo que al fin y al cabo encuentre ocasión de realizarla.

Lleno de inquietud y de tristeza espero la contestación que con urgencia le exigia. Es noble, es generoso, es bueno... ésa es mi única esperanza.

CARTA VI.

MONTENEGRO.

Abril 25 de 1873.

«¿Dónde vives?..... ¿Se encuentra en el mapa del mundo civilizado el rincón de la tierra en que habitas?..... Tus reflexiones están llenas de sabiduría. Harás creer que todo lo sabes, porque sueles decir cosas que no sé dónde has podido aprenderlas; pero tu ignorancia es verdaderamente fabulosa.....
«¿Quién es Montenegro?.....» Semejante pregunta te desacreditaría á los ojos del gran mundo. ¡Ignoras quién es Montenegro!..... entonces, infeliz, ¿qué sabes?.....

Oye y aprende:

Montenegro es un gran jinete que maneja con suma destreza los caballos más bravos; en el pescante de un coche no tiene rival; con las riendas en la mano es capaz de meter un tronco por el ojo

de una aguja. ¿ En qué país salvaje vives escondido, donde todavía no ha llegado la celebridad de Montenegro?..... ¿ Recibes periódicos?..... ¿ Los lees?..... ¿ y no sabes quien es Montenegro?..... Imposible..... Habrias encontrado cien veces su nombre en la *Crónica de los salones*.

Si á lo ménos pasáras alguna vez los ojos por las *gacetillas*, sabrias que se distingue muy notablemente patinando en el estanque del Retiro. Por lo demas, vive con bastante opulencia sin que se haya podido averiguar en qué clase de bienes consiste su fortuna. No se sabe de dónde ha salido. Apareció un dia, se habló de su caballeriza y poco á poco se le fueron abriendo las puertas de todos los salones, se comenzó á repetir el nombre de Montenegro, y hé aquí todo.

Tiene muchos amigos y no se le conoce ningun pariente. No creas que es un calavera de más ó ménos buen tono, hablador, jactancioso, impertinente..... Nada de eso. Es más bien circunspecto, habla sin afectacion y realmente no dice desatinos. Confiesa con sencilla naturalidad que ha cumplido ya cuarenta años, y de su vida anterior sólo deja traslucir que ha viajado mucho por Europa; si no es instruido, sabe ocultarlo, y, en todo caso, es innegable su erudicion por lo que se refiere á sucesos y á personajes contemporáneos. No le da im-

portancia á nada, su voz jamas se altera. Le he oido referir algunas escenas de la *Commune* en París y las ha pintado con minuciosidad de detalles sin horrorizarse, sin conmoverse. No juzga los hechos ni los hombres; los toma como los ve, sin admiracion y sin sorpresa. Yo estoy persuadido de que en su entendimiento no se abriga conviccion ninguna, y que su corazon carece de todo afecto; no cree en nada, y, por lo mismo, todo le parece creible.

Se le han atribuido diversas historias en atencion á que se desconoce por completo su historia verdadera, y es preciso que tenga alguna historia. Desde luégo se da por seguro que Montenegro no debe ser su verdadero nombre, y, supuesta esa circunstancia, cada cual ha creido ver á su modo la realidad del personaje que bajo ese pseudónimo se oculta. Unos lo han hecho agente diplomático encargado de alguna mision reservada. Y no así como quiera, agente de Prusia ó de Francia, de Rusia ó de Inglaterra, sino á la vez de todas las naciones de Europa que miran de reajo nuestra flamante república. Otros lo suponen enviado por los Estados-Unidos para *hacer atmósfera* en favor de la independencia de Cuba. Hay, en fin, quien lo tiene por el *grande Oriente* de no se qué sociedad secreta. La verdad es que si el misterio de su vida pa-

sada y de su fortuna presente se presta de algun modo á las conjeturas de la gente política, su conducta las destruye por completo, pues nada hace ni nada dice que pueda servir de fundamento ni de indicio.

En los salones del gran mundo, en que exclusivamente vive, las suposiciones toman un camino más novelesco. Se le cree víctima de una infidelidad; en su historia debe hallarse alguna mujer que ha destrozado su corazón y él esconde la desesperación de su alma bajo un nombre supuesto. ¿No es esto? pues entónces será todo lo contrario, es decir: Montenegro huye de alguna mujer terriblemente celosa, que se obstina en ser eternamente amada, y ha puesto por medio algunas leguas de distancia y un nombre desconocido.

—¿Y por qué—observan algunos—no ha de haber en el asunto algun marido poco condescendiente?

—No es probable—se replica—porque Montenegro no parece hombre muy á propósito para huir de otro hombre.

Ello es que este personaje aparece envuelto en cierta atmósfera fantástica que lo hace interesante. Comprendo que inspire curiosidad á la gran parte del género humano que se despepita por inquirir los secretos de las vidas ajenas, porque te aseguro

que tambien me inspira á mí alguna curiosidad. Tu tambien quisieras encontrar en esto más datos acerca de ese hombre. Te mandaria su retrato, pues no me sería difícil adquirir una fotografia de su persona ; pero es el caso que Montenegro no se presta fácilmente á la reproduccion de su imágen ; muestra una decidida repugnancia á retratarse, y algunos fotógrafos que han solicitado este favor de su celebridad, han sido muy cortésmente desahuciados en sus pretensiones. Es más, algun periódico ilustrado ha pretendido publicar su retrato para dar á conocer al mundo la expresion fisonómica de esta notabilidad *hípica* ; pero Montenegro se ha excusado formalmente, lo cual da una grande idea de su modestia. Quiero decir, que no te mando su fotografia, por que no se encuentra ni por un ojo de la cara.

Sin embargo, no creas que ofrece su persona ningun rasgo extraordinario ; fuera de los accidentes variables con que da á su sér cierto aire aristocrático, es un conjunto vulgar que se confunde con la gran multitud de los hombres ; no es alto ni bajo, ni gordo ni flaco, es más bien moreno que blanco, y su barba es castaña, espesa y fina, las facciones duras, los ojos claros y la mirada fria. Lleva bien el frac, sabe llevarlo, pero del mismo modo me parece á mí que llevaria la blusa.

Las mujeres se disputan su confianza ; ¡ya se ve! posee un secreto y todas quieren averiguarlo. Obtener su confianza es adquirir la llave bajo la cual guarda el misterio de su vida. Por conseguir esta llave se hacen esfuerzos de amabilidad, se ponen en juego todos los recursos admitidos para atraerlo, así es que se ve halagado, distinguido..... ¿Qué haría Catalina de Rusia con el emperador de Turquía por apoderarse de la llave de la Gran Puerta?..... Montenegro, pues, es objeto de las más activas seducciones ; se le abre el camino de las intimidades, pero hasta ahora, ó no tiene secreto ninguno con que sorprender la curiosidad excitada de las damas más bellas y hasta de las más discretas, ó sabe guardar su secreto poniéndolo fuera del alcance de un momento de abandono en una conversacion íntima y animada ! Claro está que si ha comprendido que en su reserva está su fuerza, se hará más inaccesible cuanto mayor sea el empeño que muestren en penetrar sus secretos ; pero vé tú á hacerles entender á estas preciosas criaturas que hasta para ser locas es preciso tener juicio. Por otra parte, actualmente nada ocurre que excite nuestro interes ayudándonos á desvanecer el aburrimiento de la vida, y esto, por lo ménos, es algo.

Ahora comprenderás la agradable sorpresa con que Elisa recibió anoche la visita inesperada del

misterioso Montenegro; hé ahí por qué desarrugó el desdeñoso fruncimiento de su boca dejando ver su amable sonrisa y sus preciosos dientes. Sin duda alguna había una marcada preferencia por parte de Montenegro en venir, digámoslo así, á visitarnos en una noche tan peligrosa y tan poco á propósito para hacer visitas. ¡Y qué ocasión tan propicia para una feliz tentativa! ¿Qué hacen dos personas que se encuentran *tête á tête* comodamente reclinadas sobre los blandos almohadones de un divan, respirando una atmósfera tibia y perfumada, á la luz, hasta cierto punto melancólica, que se escapa de los tubos de bronce y que brilla un tanto velada, pálida como los resplandores de la luna, dentro de las bombas de cristal cuajado que la contiene?..... ¿Qué hacen? hablar..... hablar..... de todo, de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, de lo temporal y de lo eterno.

Pues imagínate que estas dos personas encerradas en la soledad de un gabinete son una mujer jóven y bella y un hombre de mundo, y calcula á qué género de íntimas revelaciones puede conducirlos la conversacion. Estas conferencias casuales, casi imprevistas, suelen ser peligrosas para todo género de secretos..... El diálogo empieza indiferente; se habla de cualquier cosa..... del tiempo, de política, de modas; se agotan las generalidades,

hasta que surge un asunto más interesante..... Despues que han hablado de todos hablan de sí mismos, é insensiblemente la entrevista va tomando calor ; las palabras se animan unas á otras, se establece la confianza, empiezan las frases equívocas, se llega al terreno resbaladizo de las mútuas confianzas, y se escapan las revelaciones. Estas conversaciones solitarias, reservadas, fantásticas, son como los abismos ; producen vértigos.

La satisfaccion de Elisa al ver entrar á Montenegro nacia principalmente de la feliz ocasion que él mismo la ofrecia para que pudiera sondear los misterios de su vida. Con esa viveza de imaginacion con que las mujeres dan por hechas las cosas que desean ó que temen, mi cara mitad debió creer que Montenegro iba seguro de encontrarla sola.

Hasta cierto punto, la suposicion no debe parecerle descabellada ; la noche era demasiado pavorosa para que nadie se atreviera á salir de su casa ; por la tarde habian circulado repetidos anuncios de sangrientas escenas, y Madrid estaba realmente aterrado. Era, pues, evidente que Elisa se veria obligada á pasar la noche sin más compañía que la de su propia imágen retratada en los espejos de su gabinete. En cuanto á mí, Montenegro no habria de presumir que yo consagrara la noche á hacerle á mi mujer la tertulia.

Semejante ocasion era efectivamente propicia para tender al secreto de este hombre una red inevitable. No puedo asegurarte si Dalila fué más bella y más seductora que lo es Elisa, porque no tengo datos auténticos que me atestigüen la hermosura de las filisteas; pero puedo inferir que Sanson fué mucho más fuerte que debe serlo Montenegro, y tú sabes que al fin Dalila arrancó á Sanson el secreto de su fuerza. Elisa, pues, podia contar con sorprenderle á Montenegro el secreto de su vida.

Ya habrás podido conocer que la encantadora criatura, blanca como la nieve y rubia como un ángel, con quien he unido mi suerte para siempre, no es excesivamente astuta; mas ¿qué mujer no lo es cuando se le mete en el cuerpo la serpiente tentadora del Paraíso?... Puesta frente á frente del misterio, ¿qué no hará por penetrarlo hasta en sus más oscuras profundidades?... Si la falta astucia, ¿no la sobra hermosura?... Lo que no consiga la habilidad de sus preguntas, ¿no podrá conseguirlo la dulzura de sus miradas?... No necesitó un gran talento Eva para hacer que Adan comiese del fruto prohibido, y la misma Dalila no tuvo que emplear grandes recursos estratégicos para poner á Sanson en manos de los filisteos. Semejantes ejemplos no dan una alta idea de nuestra fortaleza; pe-

ro ¿acaso no es ésta la historia del género humano?

Ignoro el interes que Montenegro tenga en hacer de su vida pasada un secreto impenetrable; mas sea el que quiera el motivo de su tenaz reserva, corre con Elisa, que desea saberlo, inminente peligro de revelarlo.

¿Y no ves en el vivo deseo de Elisa un capricho hasta cierto punto respetable?... ¡Qué sacrificio no hará un sabio por robar á la naturaleza sus más recónditos arcanos!... Las desastrosas y hasta ahora inútiles expediciones al polo, las excursiones no más felices que se han hecho al centro del Africa, tambien son caprichos respetables. Es verdad que el polo permanece oculto detras de la inmensa cortina de sus nieves eternas, y que el Nilo guarda tenazmente el secreto de sus misteriosas fuentes. Tambien es verdad que, conseguidas estas audaces averiguaciones, el universo proseguiria su marcha inalterable, y el género humano su curso tempestuoso; no seríamos ni más grandes, ni más fuertes, ni más poderosos, ni más felices, ni más justos; pero ¿y el orgullo de haberlo conseguido? ¿Y la satisfaccion de poseer tan raros secretos?

Las mujeres sienten tambien á su modo el amor á la sabiduría; la lengua, que se ha apropiado el derecho de dar nombre á las cosas, lo llama curiosidad. No llevan sus indagaciones ni al centro del

Africa ni á los hielos del polo ; no pretenden averiguar lo que pasa en la vida íntima de la naturaleza ; mas las interioridades de las familias, la vida íntima del vecino, del amigo... los secretos del hogar doméstico... hé ahí el mundo adonde de continuo llevan sus audaces expediciones.

Elisa no es ménos temeraria que Franklin al querer sondear el misterio de Montenegro; su curiosidad puede ser desastrosa, y no le negarás á esta hermosa criatura el mérito de su temeridad; pero Montenegro es un sér misterioso, casi fantástico, que está en boga, y conquistar su confianza es un verdadero triunfo. Pocas mujeres tan bellas y tan curiosas como Elisa renunciarían á la vanidad de descifrar el enigma : Montenegro es un jeroglífico.

No obstante, pude observar, á poco de aparecer Montenegro en el gabinete del *trousseau*, que pasó por la frente de Elisa una sombra de disgusto : indudablemente la presencia de Octavia le era en aquel momento desagradable... era en aquella ocasion un testigo impertinente. Yo, al fin y al cabo, me retiraría á mi cuarto ó me determinaría á salir de casa, pero Octavia permanecería allí toda la noche... y la ocasion que se presentaba tan propicia iba á ser completamente perdida. ¿Comprendes el disgusto de Elisa?... No pudo disimularlo, y miró

á su amiga con la misma expresion de cólera reprimida con que clavó en ella los ojos la noche que al volver del lago nos vió salir de la alameda.

Todo esto que te escribo me ocurrió despues que te hube escrito mi última carta, y con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza sumergida entre las manos, me quedé por algun tiempo pensativo. Agotadas mis meditaciones, me puse de pié, y distraidamente me acerqué á examinar dos magníficas pistolas de tiro que, dentro de su correspondiente caja, se hallaban sobre el mármol de la chimenea. Son dos armas de mucho mérito que habian llegado de París aquella mañana con el precioso sombrero de Elisa.

Cerré la caja, di media vuelta por mi cuarto, y casi maquinalmente me dirigí al gabinete en que una hora ántes habia dejado á Octavia, á Montenegro y á Elisa. Mis pasos se ahogaban en las alfombras, de manera que llegué á la puerta del gabinete tan silenciosamente como habria podido llegar una sombra, y me detuve delante del *portier*, porque á mí tambien me tentó en aquel momento el demonio de la curiosidad; yo tambien podia saber el secreto de Montenegro.

Me ocurrió que Elisa podia haber encontrado algun medio de alejar de allí á su amiga, ó tal vez la misma se habria voluntariamente alejado para

dejar el campo libre á tan curiosas indagaciones.

Me detuve, apliqué el oído á la cortina y escuché.

¿Frunces el entrecejo? ¿Te parece indigno de un hombre delicado escuchar detras de una puerta?... A mí tambien me lo parece... lo recuerdo con vergüenza, y en aquel momento temblaba como un culpable, y sentia un sudor frio como el sudor de la muerte; pero tú hubieras hecho lo mismo... Hay instantes supremos, y hay tentaciones irresistibles.

Me detuve... apliqué el oído á la cortina... escuché... y oí.

¿Qué oí?... Déjame descansar... la mano se siente fatigada y mi espíritu lleno de confusion... Mañana sabrás lo que áun me queda que decirte... Ten paciencia hasta mañana.»

No habia más remedio que esperar, y esperé... ¡Oh, qué largo es el dia cuyo término se espera con impaciencia!

CARTA VII.

EL ARCO-ÍRIS.

Abril 26 de 1873.

«¿Qué oí? Al dirigirme nuevamente esta pregunta para reanudar el relato interrumpido, imagino la cara que pondrás al leerla ; Con cuánta curiosidad...! no, perdona... ; Con cuánto interes buscarás en el curso de esta carta la terrible revelacion que hace ya dos correos esperas...! Porque, francamente, por más familiarizado que estés con los recursos dramáticos, á que el arte apela para suspender nuestra atencion y tenernos, como vulgarmente se dice, con el alma en un hilo, es cosa segura que en este momento no puedes evadirte del interes, digámoslo así, dramático, que mi situacion te inspira ; porque áun cuando el recurso te parezca ramplon y de pésimo gusto, nunca es indiferente la situacion de un hombre que alevosamente colo-

cado detras de una cortina traidora escucha la conversacion de un hombre verdaderamente misterioso y de una mujer realmente bella. Y si á esto añades que el que escucha es un marido que ve visiones y los que hablan son Elisa y Montenegro, no te será posible desconocer la fuerza, á la vez cómica y trágica de una situacion semejante.

Y hé aquí que yo, pobre millonario, infeliz hombre de negocios, sér prosáico que, segun tú, no sé contar más que dinero, te tengo á tí con todas tus ínfulas poéticas y con todas tus pretensiones literarias, suspenso el ánimo y pendiente la atencion, forzoso es decirlo así, de mis oidos. Tú tambien, como un simple mortal, más aún, como un simple lector, escuchas conmigo detras de la cortina y haciéndote mi cómplice te despepitas interiormente por saber con toda la minuciosidad posible lo que se habla por los personajes consabidos en el gabinete del *trousseau*.

Es más, tu corazon, lo mismo que el mio, palpita desasosegado al acercarse al extraño secreto que vamos á descubrir. Tú tambien temes, tambien esperas, tambien dudas. Tú tambien afinas el oido para no perder ni sílaba ni letra ni acento; tú tambien, como yo, participas de esa inquietud, de esa impaciencia nerviosa que se apodera de nosotros en los momentos críticos.

No muevas la cabeza ni frunzas el entrecejo. ¿Te parece impertinente esta digresion...? Pues no me atribuyas su mérito. Yo he leído tu *Manzana de oro* y en ella he sufrido el tormento de todas las digresiones. Te imito, ¿qué más quieres...? Pero vamos al caso.

¿Qué oí...? Ay, querido amigo mio, tu interes excitado va á sufrir una terrible contrariedad, por qué, preciso es decirlo, no oí absolutamente nada. Toda la vida de que dispongo se habia agolpado á mi atencion... era todo oidos; pero inútilmente, porque al otro lado de la cortina reinaba un triste silencio, y parecia que el gabinete del *trousseau* estaba desierto. ¿Habria puesto Montenegro término á su inesperada visita? No era probable, pero al fin era posible, y en tal caso Elisa y Octavia, sucumbiendo al fastidio de la soledad se habrian dormido la una enfrente de la otra, despues de algunos bostezos. No acertaba á explicarme aquel silencio de otra manera.

Fácil me era salir de la duda en que me hallaba, renunciando á la inútil expectacion de los oidos y apelando á los ojos; pero las cosas más sencillas, suelen tener á veces muy sérias dificultades. La amplia cortina que cubria la puerta del gabinete no dejaba resquicio ninguno por donde yo pudiera lanzar mis miradas, y no me atrevia á apartarla te-

meroso de que el movimiento de la cortina me descubriera.

En esta incertidumbre me encontraba cuando me pareció que pasaba por delante de mis ojos una nube fugitiva, como si la amortiguada llama del gas que débilmente iluminaba el salon contiguo se hubiera ocultado un momento para brillar de nuevo. Volví la cabeza, y en el fondo de un espejo en que brillaban los reflejos de la luz me pareció ver algo que se desvanecía, como una sombra que se disipa, y me acometió una idea terrible. ¿Habria sido sorprendido por algun criado indiscreto en aquel ridículo espionaje? Registré la habitacion en que estaba y el salon inmediato, y no encontré indicio ninguno que confirmára mi sospecha. Indudablemente todo ello era una alucinacion de mis ojos, mas no obstante, resolví abandonar aquella posicion de marido de melodrama, entrando resueltamente en el gabinete del *trousseau* y renunciando á penetrar en el tenebroso secreto de Montenegro.

En efecto, tendí el brazo para apartar la cortina que tenía delante, pero en aquel momento sonó al otro lado de la puerta una cosa semejante á un suspiro. Me detuve y esperé, y no tardé mucho tiempo en percibir el murmullo de una conversacion íntima, cuyas palabras no distinguia yo con

la claridad necesaria para entenderlas, advirtiéndome que eran dos voces las que hablaban cuyos diversos timbres me indujeron á creer que Elisa y Montenegro se hallaban en el momento crítico de una reservada confidencia.

Sin duda alguna mi bella Elisa habia sido bastante diestra para alejar de allí á Octavia, y el infeliz Montenegro, solo y frente á frente de tan formidable enemigo, se rendia á discrecion, vaciando el saco de su secreto.

Consideraba la satisfaccion con que Elisa recogeria la confidencia de una revelacion tan deseada, al mismo tiempo que experimentaba yo un tormento indecible. Ellos hablaban y yo los escuchaba y los oia sin entenderlos; y mis oidos andaban á tientas por las oscuridades de aquellos murmullos, que hacia más apagados la pesada cortina que cerraba el paso á mis miradas.

Despues de pasar por la humillacion de escuchar, nada podia humillarme tanto como no oir, y comprendí el furor de Mucio Scévola al abrasarse la mano que no habia sabido dar bien una puñalada. Yo estaba furioso contra mis oidos porque no sabian oir.

La voz de Montenegro se levantó al fin sobre las notas graves de aquel diapason oscuro y oí distintamente que decia:

— En efecto, nuestra situación es algo embarazosa; se encierra V. en unas reticencias que no me atrevo á comprender. Desea V. que nos entendamos; pues bien; ¿por qué no nos entendemos?

Si por las simples inflexiones de la voz puede colegirse la situación de ánimo del que habla, creí entónces, y aún persisto en ello, que Montenegro se hallaba agradablemente sorprendido. Temí que Elisa, empeñada en forzar el secreto que excitaba su loca curiosidad, hubiera traspasado los límites de la discreción... ¡Discreción! ya ves que uso una palabra razonable, porque comprendo que seríamos demasiado exigentes si pretendiéramos que nuestras mujeres fueran discretas precisamente en las ocasiones en que más necesitan serlo.

Esto no quita, para que en aquel momento apretára los puños con todas mis fuerzas, aplicando el oído con toda mi alma.

— Señora — volvió á decir Montenegro. — No desconozco que en el paso que acaba V. de dar encontraría la maledicencia pretexto suficiente para entregarse á las más desfavorables suposiciones; mas si yo he merecido su confianza, es sin duda porque ha sabido V. comprenderme.

Elisa debió mostrarse dudosa de la sinceridad de estas palabras, porque nuestro hombre hizo los más solemnes juramentos.

Obligar á un hombre á que jure, es obligarse á creerlo, y éste es un peligro que las mujeres se buscan con demasiada frecuencia.

Montenegro siguió diciendo:

—Dice V. que le es indiferente el juicio que el mundo pueda formar de sus acciones y de sus sentimientos; y eso revela una gran superioridad de alma.

¿Qué te parece la superioridad de alma de la bella mujer que me ha tocado en suerte?... Me era desconocida. Ignoraba que Elisa sintiera hácia el mundo en que brilla un desden tan profundo, y sobre todo tan cuidadosamente guardado hasta ahora. De los tres enemigos del alma habia yo creído que sólo el mundo me disputaba su corazón. ¡Cuán injustos somos algunas veces en nuestros juicios! ¿Te atreverás á decirme que esta revelación tan inesperadamente sorprendida no debia tranquilizarme? Sin embargo, esa superioridad que el mismo Montenegro reconocia, me humillaba en cierto modo; y buscando entre mis cualidades una que valiera por lo ménos tanto como la que acababa de descubrir en Elisa, recordé con satisfaccion la seguridad prodigiosa con que sé partir diez balas seguidas en el filo de un cuchillo á la distancia de veinte pasos.

De todas maneras sentia hácia Montenegro cier-

ta gratitud, pues por él sabía la existencia de aquel nuevo encanto de Elisa, que yo en ella jamás hubiera adivinado. ¡Cuántas veces ignoraríamos las más estupendas cualidades de nuestras mujeres, si los amigos que ellas prefieren no las descubrieran!

Todas estas reflexiones me acometían mientras que Elisa murmuraba por lo bajo palabras que no alcanzaba á entender. Su voz formaba un murmullo misterioso que me era imposible descifrar. Como ves, no oía más que media conversacion, pero me bastaba para comprender que no presenciaba, digámoslo así, la escena bíblica en que la astuta Dalila arranca á Sanson el secreto de su fuerza, sino más bien aquella otra escena de la fábula griega en que la bella Elena se deja robar por París. Así es que allá en lo más oculto de mi pensamiento no pude ménos de exclamar: «Aquí fué Troya.»

Supongo que no continuarás creyendo que el secreto de Montenegro era lo que aquí se hallaba en peligro, y si por si acaso se te ocurre acerca de este punto alguna duda, oye de nuevo á nuestro hombre.

—Me someto sin replicar— dijo— á la prueba que V. me impone; es un pacto en el cual entro á ciegas, y desde ahora le aseguro bajo palabra de honor que seguiré puntualmente sus advertencias. Me interesa vivamente el misterio de su conducta

para conmigo. Usted dice que no es dichosa y que quiere serlo á toda costa; que en este momento hace un sacrificio cuyo heroismo no será jamas comprendido. Confieso que hay en esas frases una claridad que me deslumbra; pero sería yo demasiado presuntuoso si intentára comprenderlo... ¿Se sonrie V.?...

—Sí—contestó Elisa con acento oscuro y conmovido.

—¿Qué debo pensar?—preguntó Montenegro.

—Puede V. pensar lo que quiera—contestó ella á media voz—porque es lo mismo.

Creí que mi curiosidad no me autorizaba á escuchar por más tiempo una conversacion, que, francamente, empezaba á parecerme pesada, á lo ménos para escucharla escondido detras de una cortina, y retrocedí algunos pasos, hice discretamente ruido en el salon contiguo, tosí con la mayor naturalidad del mundo y cantureando unas notas de *Maria de Rohan* me adelanté haciendo sonar mis pasos sobre la alfombra, aparté en fin la pesada cortina y entré con la sonrisa en los labios en aquel gabinete, donde en la memorable noche de mi boda habia brillado el *trousseau* de Elisa con todos los rayos de nuestra felicidad y de nuestra fortuna.

Felizmente pude contener una exclamacion que estuvo á punto de escaparse de mis labios, y para

ello tuve que hacer un grande esfuerzo, porque jamas he experimentado una sorpresa más extraordinaria.

Montenegro me miró con afable sonrisa, y dejándose caer sobre el respaldo de la butaca que ocupaba me dijo :

—Me parece que por esta noche podemos responder de la tranquilidad pública. ¿Viene V. del Casino?

—No—le contesté.

—En ese caso—añadió—no habrá V. oído nada.

—Si—dije á mi vez—he oído algo.

Pronuncié estas palabras sin atreverme é fijar los ojos en el semblante de la que hacia un momento celebraba con Montenegro la extraña conferencia que hemos oído. Mas áun cuando no la miraba la veia, tranquilamente reclinada sobre el divan, con todo el reposo de la más perfecta inocencia.

—¡Oh!—exclamó con visible desden.—En la época que alcanzamos es preciso dudar hasta de nuestros oídos, porque ¡se oyen unas cosas tan estupendas!

No se que hubiera contestado á esta especie de provocacion, pero en aquel momento se abrió de par en par la puerta que conduce al tocador de Elisa, y apareció ésta diciendo :

—Señor de Montenegro, perdone V. que no haya hecho á su visita los honores debidos; las amas de casa tenemos siempre asuntos domésticos que interrumpen nuestras más agradables distracciones. En cambio, con mi prolongada ausencia he dado á V. una prueba de confianza. Además—añadió—mi amiga Octavia, que posee un talento exquisito, habrá sabido hacerle á V. agradable la noche.

¿Comprendes ahora la sorpresa que experimenté al entrar en el gabinete del *trousseau*? ¡No era Elisa la que hablaba con Montenegro..... era Octavia!..... ¿Por qué no lo presumí?..... ¿por qué no lo adiviné?..... ¿Por qué?..... voy á decírtelo; porque jamás lo hubiera creído.

Poco despues se retiró Montenegro y yo no tardé mucho en seguir su ejemplo. Tenía necesidad de encontrarme solo y me refugié en mi cuarto. Al despedirme de las dos amigas, saludé á Elisa con afable humildad, como si hubiera querido pedirle perdon de mis atroces sospechas; y debo decirte que recibió mi saludo con la sonrisa más encantadora de su repertorio; con aquella misma sonrisa con que recibia mis saludos ántes de nuestro matrimonio. Esta sonrisa brilló á mis ojos con todos los colores del arco-íris. Era señal de paz entre el cielo y la tierra; la tempestad habia pasado.

Por lo que hace á Octavia la dí friamente las buenas noches.

Basta. Ahora espero que me participes todas las reflexiones que te sugiera esta carta ; no te las perdono.»

CARTA VIII.

CÓMPLICE.

Octubre 20 de 1873.

« ¡ Oh que insulsa es tu respuesta á mi última carta!..... ¿ Qué has hecho de tu talento?..... Eres muy capaz de haberlo enviado al otro lado de la frontera para ponerlo á cubierto de un golpe de mano, como he hecho yo con mis millones. Si has tenido esa precaucion, no tengo derecho á quejarme de tu imbecilidad. Mas lo que no puedo perdonarte es el tiempo que has tardado en escribirme, sobre todo si se mide por el tumulto de los acontecimientos que hemos presenciado desde mi última carta..... ¡ Qué hombres..... y qué cosas!.....

No creas, sin embargo, que asistimos á la terrible agonía del monstruo, poseidos de profundo desaliento, no ; todavía tenemos ánimo para gozar todas las delicias que nos ofrece la vida moderna;

aunque á salto de mata, áun nos despepitamos por divertirnos, y ¡qué diablo! nos divertimos.

Elisa se va acostumbrando á los peligros de estas continuas agitaciones, y sólo se queja de los carlistas porque cortan la via del camino de hierro del Norte, y tiene razon para quejarse, pues se halla incomunicada con París, de donde recibe los elementos indispensables para su tocado. Imagínate tú si tan fuerte contrariedad la tendrá disgustada.

Ayer la dije :

— No te apures, porque áun nos queda el recurso de repetir un milagro de Mahoma.

— ¿Cómo es eso? — me preguntó.

— Es muy sencillo — añadí — puesto que la montaña no viene á nosotros, nosotros iremos á la montaña.

— ¿Qué quiere decir eso? — volvió á preguntarme. Por esta nueva pregunta comprenderás que mi bella *Huri* no está muy enterada de los milagros del Profeta.

— Eso — le advertí — quiere decir, que puesto que París no viene á nosotros, podemos nosotros ir á París.

— No — me contestó resueltamente. Mas repeniéndose me miró con la sonrisa en los labios añadiendo: — ¿Te parece que debemos abandonar á Ma-

drid en estas circunstancias de peligro? En el caso de huir huyamos los últimos: esto es lo patriótico.

La miré con asombro, pues era para mí una verdadera novedad su patriotismo; pero ella añadiendo azúcar á la dulzura de su sonrisa, me preguntó:

—¿Tienes miedo?

— Si te resignas — le dije — á carecer de los preciosos artículos de que París te surte, quedémonos en nuestra casa, á lo ménos miéntras sea nuestra.

Semejante valor no debe admirarte, porque Elisa continúa siendo la reina de la moda. Tiene, si puedo decirlo así, el heroísmo de su *toilette*. En París teme sin duda no ejercer un dominio tan absoluto; encontraria poderosas competencias, y su belleza y su lujo no harian un papel tan importante. Te ves precisado á reconocer que no falta modestia en su vanidad.

Ahora está encantada con un cocinero que hemos adquirido y que es ciertamente un prodigio culinario. Domina en todas sus combinaciones la sencillez, la variedad y la gracia; posee como nadie los secretos de la cocina clásica y la difícil armonía de los condimentos. Vamos, nuestro buen Donato es inagotable y profundo, y siempre original; en sus *menus* encuentra el paladar una lógica irresistible y gran filosofía. Aseguran que ha hecho imposibles las inapetencias y las indigestiones. En

su arte dicen unos que es una especie de Rossini y otros creen descubrir en sus creaciones el genio de Molière. Hace un plato que los aficionados llaman el *Partenon* para demostrar el gran sabor clásico que en él domina.

Excuso decirte la celebridad de que goza mi mesa, y si Elisa dejará de lucir la joya de su cocinero.

Damos de comer, esta es la frase establecida, cuatro veces á la semana, y nuestros convidados se hacen lenguas de Donato. Montenegro es uno de sus más ardientes admiradores.

Pero todas estas satisfacciones que me rodean, no disculpan á mis ojos la insulsez de tu carta. ¿No te alegras de que se hayan desvanecido mis cavilaciones?... ¿No te burlas de mí llamándome inverosímil porque no acerté á distinguir de quién era la voz que hablaba con Montenegro, cuando yo oía detras de la cortina? ¿No tienes ni una palabra de alabanza para Elisa, ni una palabra de reconvencion para Octavia? ¿Qué has hecho de la severidad de tu crítica?... Te desconozco.

Realmente la ausencia de Elisa del gabinete del *trousseau* podía sorprenderme por lo inesperada; pero no tranquilizarme. Un hombre de mundo habria sospechado que ambas amigas se disputaban el codiciado secreto de Montenegro, y que Octavia,

aprovechando una ocasion favorable, habia hecho un esfuerzo supremo para ganarse la confianza de este hombre afortunado. Semejante rivalidad hacia más peligroso el caso. Aquella noche no dormí dando incesantemente vueltas á mis pensamientos; pero observo atentamente hasta los más insignificantes pormenores, y no encuentro indicio ninguno que dé fundamento á mi sospecha; entre Elisa y Octavia no existe rivalidad ninguna.

La íntima amistad de las dos amigas continúa inalterable, y aún parece que se han estrechado los vínculos de su antiguo cariño. Aunque en materia de celos las mujeres perdonan más fácilmente al culpable que al cómplice, podria ser que Elisa y Octavia lleváran su disimulo hasta el punto de aparecer más amigas que ántes, para ocultarse á sí propias sus mútuas rivalidades. Pero no he sorprendido ni la más ligera sombra de enojo en el semblante de Elisa ante la particular predileccion que públicamente alcanza Octavia de Montenegro; ántes bien parece complacida de tan manifiesta preferencia.

A la vez Elisa se muestra conmigo más comunicativa y discutimos muy formalmente sus caprichos y sus adornos.

La otra tarde bajé al jardin, con ánimo de probar unas pistolas de tiro que me trajeron de París

hace mucho tiempo; mas los árboles acariciados por las brisas de Octubre empezaban á deshojarse embalsamando el aire con los vagos perfumes del otoño. El espectáculo de la naturaleza que muere tiene tambien sus encantos para los hombres de negocios, y en vez de dirigirme al tiro de pistola tomé la calle de lilas que conduce á la estufa!

No sé como vino mi pensamiento á caer en Octavia, y sin poder contenerme formulé contra ella las más terribles acusaciones. ¡Oh! no, la originalidad de su carácter no excusa la desenvoltura de su conducta con Montenegro. ¿Cual puede ser el verdadero móvil de su proceder? ¿Es la vanidad ó la pasión? ¡Vanidad! Creí que Octavia no pagaba tributo á esa gran debilidad del género humano. ¡Pasión! ¿Y cuál es el mérito extraordinario de Montenegro para haber inspirado á Octavia tan loco sentimiento? Pero aun así, y en cualquiera de los dos casos, ¿qué significa aquella especie de asalto?... De todas maneras ha comprometido su decoro á los ojos de Montenegro; esto es indudable. Yo sepultaré en el más escondido rincón de mi memoria este secreto, mas, ¿no abusará Montenegro alguna vez de su ventaja? Hoy mismo ¿no abusa haciendo público alarde de una preferencia que ya empieza á perjudicarla? Montenegro goza de una reputacion de hombre de mundo, que da pábulo á

suposiciones equívocas. Octavia tiene sin duda unos ojos muy hermosos, pero no ve nada: decididamente está ciega. Y bien, ¿qué me importa nada de esto?

Antes, sin darme cuenta de ello, la admiraba; hoy la compadezco, y asunto concluido.

Todas estas cosas iba yo pensando, cuando sentí el contacto de un brazo que se apoyaba en el mio; volví la cabeza y me encontré con el semblante de Elisa, en el que, como en un cielo sereno, me presentó el arco-íris de su sonrisa.

—Muy abismado debias estar en tus reflexiones—me dijo— pues no has sentido el ruido de mis pasos.

—Sí—le contesté— iba distraído.

Miróme con cariñosa fijeza exclamando:

—¡Oh! que inconstantes sois los hombres.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque observo hace ya algunos dias que has olvidado tu famoso tiro de pistola. Confieso que me tiene envanecida la reputacion de tu destreza en el manejo de las armas, más el continuo chasquido de los disparos me atacaba los nervios... Ya se ve, ¡has tenido la ocurrencia de poner el tiro casi debajo de mis habitaciones!

—Es verdad—le dije.— No habia pensado en ello; mas tú debieras habérmelo advertido.

—Contaba— me contestó— con que al fin te cansarias de quemar tanta pólvora en salvas. Además— añadió— oprimiéndome suavemente el brazo en que apoyaba el suyo— eso habria sido una impertinencia.

No te ocultaré lo bien que sonaron en mis oídos estas palabras. Elisa me parecia excesivamente razonable, cosa á la cual no estaba acostumbrado; más no quise darle importancia á su afectuosa condescendencia y cambié la conversacion, preguntándole :

—¿Renuncias esta tarde á la *Fuente Castellana*?

—Sí—me contestó—no me gusta ir sola, esperaba á Octavia y no ha venido.

—¡ Ah ! sí—exclamé—Octavia...

Anduvimos algunos pasos en silencio ; yo pensativo y Elisa sacudiendo al pasar las ramas que encontraba al alcance de su mano, como pudiera hacerlo una niña aturdida. Las hojas sacudidas se desprendian de las ramas como si quisieran sembrar de flores nuestro camino.

De repente me detuvo, y mirándome fijamente me preguntó :

—Vamos á ver, ¿quieres ser franco?

—¡ *Franco!*—exclamé.—Jamás.

—¿ Por qué?—dijo sorprendida.

—Porque los *francos*, preciosa criatura, están



siendo en este momento la deshonra del género humano.

El éxito de este equívoco fué completo, pues prorumpió en una espontánea carcajada.

Luégo que acabó de reir movió la cabeza, diciendo :

—Bueno, lo diré de otro modo. ¿Quieres ser ingenuo?

—Eso ya es otra cosa; cuenta con toda la ingenuidad que necesites.

—Pues bien, dime, ¿qué piensas de Montenegro?

Esta pregunta me cogió completamente desprevenido.

—Phs...—le contesté.—No puedo decirte... porque... en realidad... no pienso nada.

—Esa respuesta—añadió—me indica que no has entendido mi pregunta. No te pido yo un juicio crítico acerca de su carácter, de sus cualidades ó de su talento, eso no es de mi cuenta; y en cuanto á su historia, no dejará de ser poco más ó ménos la historia de todos los hombres de mundo. Lo que yo deseo saber es si tú, hombre de negocios, consideras sólida la fortuna de Montenegro.

Más sorpresa me causó todavía esta curiosidad inexplicable de Elisa. No me hubiera ocurrido jamas que pretendiera adquirir semejante dato.

—Su fortuna—le dije encogiéndome de hombros

—nadie la pone en duda. Es verdad que no se conoce el inventario de sus bienes raíces, pero el lujo con que vive da testimonio de su riqueza.

—Es decir—añadió—que á Montenegro se le puede admitir como un buen partido. No te admiren estas averiguaciones ; me interesa la suerte de Octavia, y hé ahí todo.

—¡Hola!—exclamé.—¿Tu amiga desea al fin casarse y tú tienes el encargo de sondear el bolsillo de su futuro esposo?...

—No—se apresuró á decir.—Es pura y simplemente una oficiosidad mia.

—Pues ten presente—le advertí—que Montenegro pasa por hombre incasable.

—Mejor—dijo—esa circunstancia aumenta el interes de la intriga en que estoy metida, y cuento con tu indispensable cooperacion para salir airosa; sin ella me expondria á un fracaso, y eso sería deplorable. Ya sabes que las mujeres somos así, ponemos nuestra vanidad en todo.

En realidad no me proponia un crimen, pero hay en esto algo impropio de mi carácter. Quise excusarme, mas me replicó diciendo :

—No hemos de ser eternamente marido y mujer, alguna vez es preciso que seamos cómplices. Mira—añadió—señalándome el extremo de la calle de árboles por donde ibamos.

Fijé la mirada y vi á un hombre que se dirigia hácia nosotros.

—Es Montenegro—dije.

—El mismo—añadió Elisa.—¡Qué chasco le espera!... Creerá encontrar aquí á Octavia y Octavia no ha venido. Sal tú á su encuentro, que yo me escapo por esta calle de la izquierda... Es una visita algo intempestiva.

Y diciendo y haciendo soltó mi brazo, guiñó graciosamente los ojos y se perdió entre los árboles, dejándome frente á frente de Montenegro.»

CARTA IX.

NO ES TAN FIERO EL LEON COMO LO PINTAN.

Octubre 23 de 1873.

« Seguí andando hasta encontrarme con Montenegro, que á su vez se adelantaba hácia mí. Al saludarme me tendió la mano y me dijo :

—Perdone V. la franqueza con que invado estos sitios, y si me sirve de excusa, confiaré á V. una afición que me domina y que me ha conducido hasta aquí, tal vez indiscretamente.

—¿Acaso—le pregunté—participa V. de mis aficiones?... Allí, al otro lado de la estufa, están mi sala de armas y mi tiro de pistola.

—¡ Oh!—exclamó con perfecta naturalidad.— Soy á la vez un sér inofensivo é indefenso ; no le disputo á nadie el derecho á vivir que á todos nos concede la naturaleza desde el momento mismo en que nacemos, y no sabria qué hacer de mi destre-

za si poseyera el arte de matar... Que quiere usted, amigo mio, quizá es un defecto de mi complexion pacífica, soy filántropo, más aún, kuákero, y hasta prohibiria dar muerte á los animales, por lo ménos á aquéllos que son inofensivos. Comprendo que nuestras mesas perderian sus platos más succulentos y que se levantaria contra mí el estómago del género humano; pero á lo ménos respetemos la vida de nuestros semejantes: detesto las guerras y me aflige la pena de muerte.

—En ese caso—añadí yo—debe V. tener el corazon constantemente afligido, porque si bien es verdad que al fin consolarán á V. de la muerte de los animales inofensivos la sopa de tortuga, el hígado de pato y el solomillo de vaca, por lo que hace á nuestros semejantes, vivimos en una civilizacion en que las guerras, los asesinatos y los fusilamientos forman el tema obligado de nuestra sangrienta historia. La última palabra civilizadora de nuestro siglo es la *Commune*, cuyos horrores usted mismo ha presenciado en París.

—Sí—me contestó.—He presenciado en París los horrores de la *Commune*, y ese espectáculo ha aumentado mi natural repugnancia á la sangre. La sola presencia de las armas me estremece, y en la necesidad de matar, preferiria huir.

¿Hablabá formalmente?... no podia creerlo: su

persona se halla acentuada con rasgos varoniles que desmentian sus palabras, y encontraba en la expresion de su rostro una impassibilidad inalterable, que no suele ser propia de los pusilánimes.

En mis observaciones acerca de este hombre no le habria concedido nunca el valor impetuoso y arrebataado de los temerarios, sino más bien el valor frio, sereno, de los hombres que miden el peligro muchas veces ántes de acometerlo, que calculan tranquilamente todas las probabilidades, y que no se juegan la vida más que en el último extremo.

Sus costumbres muelles, opulentas y sensuales alejan toda sospecha de que participa formalmente de las sensiblerías de los filántropos ni de las ridiculeces de los kuákeros. No puedo asegurarte qué religion profesa Montenegro, y me inclino á creer que ninguna, más si pertenece á alguna de las ciento sesenta y tantas sectas en que se halla dividido el protestantismo, es de toda evidencia que no pertenece á la de los *legumbristas*.

Indudablemente se burlaba de lo mismo que decia, ó intentaba ocultarme el fondo de su carácter, ó tal vez no fuera más que una mera extravagancia de la conversacion. No obstante le dije :

—Huir suele ser lo más prudente, pero no es siempre lo más heróico, y hay ocasiones en que el

hombre se ve obligado á tomarse la justicia por su mano.

— ¡La justicia!.....— exclamó frunciendo el entrecejo.

— Hay casos de honor— seguí yo diciendo.

Esta última palabra produjo un rápido cambio en su fisonomía, pues desarrugó el entrecejo y se sonrió amablemente.

— El honor— dijo— no existe desde que cada uno lo entiende á su manera; es una preocupacion de la Edad Media que está ya casi desterrada; las dinastías de los caballeros se han convertido en series de espadachines; el honor no es un requisito excesivamente necesario para vivir con desahogo en el mundo. Este adelanto me parece incontable. Pero nos alejamos del punto de partida de nuestra conversacion; no ha sido mi aficion á las armas el motivo que me ha impulsado á entrar en el jardin, sino mi aficion á las flores.

Ya ves, distinguido poeta y desdichado filósofo, que no es tan fiero el leon como lo pintan. Aquí tienes á Montenegro con toda su novelesca celebridad, confesando, con todo el candor de un niño mimado, que el espectáculo de la sangre le aterra, que las armas le asustan y que ama á las flores; no diria más una colegiala.

Por poca perspicacia que me concedas, y en este

punto, parece que te has empeñado en quedarte con todas, no supondrás que he tomado sus palabras al pié de la letra. No encontró á la mano otra disculpa para excusar su presencia en el jardin y apeló al recurso de las flores, lo cual te dará á entender que no dispone de una imaginacion demasiado pronta y demasiado socorrida. Para mí ha perdido el cincuenta por ciento.

Pensé que Octavia no ve en él más que lo que en el mundo se llama un buen partido, si es que realmente su fortuna corresponde á su fausto; y cansada, por lo visto, de esperar un príncipe ruso, ó, por lo ménos, un lord cargado de libras esterlinas, se ha decidido á conquistar á Montenegro, convencida, al fin, de que los príncipes no se encuentran detras de la puerta, ni los lores caen por la chimenea.

Nunca hubiera creído que el mejor medio de conseguir buen éxito en esta especie de negociacion matrimonial fuese el que Octavia habia empleado; pero, sin duda, la urgia apresurar el momento, y preciso es reconocer que el golpe ha sido seguro, pues Montenegro ha caido en las primeras redes; falta saber si caerá en las segundas.

Nadie se resiste á correr las eventualidades de una aventura que halaga al amor propio, porque, al fin, Octavia posee una belleza meridional, tie-

ne talento, y las originalidades de su carácter la dan mucho atractivo; además, hasta ahora se ha mantenido insensible á las pretensiones de que ha sido objeto. Comprendo perfectamente todo el encanto que puede ejercer sobre los hombres. ¡Qué quieres! desde que escondido detras de la cortina escuché su conversacion con Montenegro, la observo atentamente y encuentro en ella perfecciones que ántes no habia notado.

Su natural viveza ha perdido aquel aturdimiento con que todo lo animaba, mas en cámbio ha adquirido un aplomo majestuoso que da mucho realce á la gracia de su persona; cualquiera diria, y aún hay quien lo dice, que pretende demostrar con *la gravedad de su aspecto la ligereza de su conducta*. No tengas duda, Octavia puede inspirar un sentimiento profundo; yo he sacado este convencimiento de mis últimas observaciones.

Pero bien, aún suponiendo que Montenegro esté perdidamente enamorado, ¿adónde puede conducirle la intriga en que se ha metido?..... La historia de este hombre es un enigma. ¿Quién nos asegura que no esté casado?

El proceder de esta criatura sería para mí inexplicable si no viera en ella la ceguedad tan frecuente en las mujeres que se proponen atrapar lo que ellas llaman un buen partido.

Vanidad ó cálculo, ó ambas cosas á la vez ; ahí tienes el movil de su conducta..... Ríete de mí sin misericordia. Yo, hombre de negocios, acostumbrado á conocer todos los tristes secretos de la prosa humana, habia llegado á creer, no sé por donde, que no cabian en Octavia ni la vanidad ni el cálculo. Este chasco merece una silba.

Llevé á Montenegro á la estufa donde recreó su afición examinando tiesto por tiesto las diferentes especies de flores que contiene.

— Oh — exclamó de pronto — ¡ la rosa de thé !

— Si — dije yo — es la flor de moda, y ese es por de pronto el primer mérito que la adorna.

— Su mérito es incontestable — me replicó. — *La timidez de su perfume y la suavidad de sus tintas son dignas de la celebridad de que goza. Las camelias han perdido el pleito. Tiene esta flor algo de la aurora ; la luz al reflejarse sobre la pureza de sus hojas no sabe que color tomar y es á la vez blanca, sonrosada y amarilla.*

Yo me reia interiormente del entusiasmo con que admiraba las cualidades de la rosa de thé, y me parecia el Sr. Montenegro un niño en el momento en que descubre el juguete más de su gusto. Seguia con mirada burlona los ademanes de su admiracion, verdadera ó falsa, pues me parecia tan ridícula, que el novelesco personaje perdió para

mí el cincuenta por ciento que le quedaba de su fama.

De repente sentí sobre mis párpados la suave presión de dos manos que me dejaron ciego, y casi al mismo tiempo sonó detrás de mí una carcajada.

— ¡Elisa! — exclamé riyéndome yo también de la ocurrencia.

Cuando abrí los ojos, porque las manos de Elisa me lo permitieron, Montenegro se hallaba con el sombrero en la mano y el cuerpo inclinado hácia adelante en la actitud del hombre que saluda.

Esta vez la figura de Montenegro me pareció grotesca, y dirigiéndome á Elisa, que continuaba riyéndose la dije:

— Eres una loca, hace media hora que este caballero te está saludando y no le contestas.

— Perdone V., amigo mio — dijo sin dejar de reirse. — No habia reparado en ello. Pero ¡ah! — exclamó. — ¿Y Octavia?

Al oír este nombre Montenegro dejó ver una sonrisa bastante correcta, y se atusó, primero una y luégo otra, sus grandes patillas.

Octavia entró entónces en la estufa, diciendo:

— Alguna escena graciosa ha debido representarse aquí, pues he oido las carcajadas de Elisa. ¿Quién ha sido la víctima?...

— Yo — me apresuré á decir sin poder contenerme.

—¿Y cómo ha sido eso? — preguntó al mismo tiempo que saludaba á Montenegro.

—No puedo referirlo con exactitud—dijo éste.— Me hallaba distraído contemplando esta bella rosa de thé.

—Realmente—añadió Elisa—la cosa no merece la pena de contarse; es una niñería.

—En efecto—dije yo—sorprender á una persona por la espalda y taparle los ojos, no es ciertamente un suceso que merezca los honores de la historia.

Elisa apoyó la mano sobre el hombro de su amiga, preguntándole:

—¿Te acuerdas cuántas veces hacíamos eso en el colegio?

—Sí—le contestó Octavia.— Muchas veces lo hicimos, y no me sorprende que hayas recordado en esta ocasion aquel inocente juego de nuestra infancia. Lo que no comprendo es el capricho de estos señores de permanecer en la estufa, donde hace un calor insoportable.

—No es un mero capricho—repliqué yo.— El señor de Montenegro profesa particular aficion á la jardinería, y ha querido examinar de cerca nuestra coleccion de plantas.

—Preciosa coleccion—exclamó á su vez Montenegro.— Hay aquí plantas de todas las regiones.

—¿Y cuál de ellas—preguntó Octavia—merece más particularmente su atención?

—En este museo de flores — contestó — la rosa de thé es la perla de Rafael.

Elisa hizo un movimiento de impaciencia y dijo:

—Hé ahí un punto que se puede discutir al aire libre, porque, en efecto, Octavia tiene razón: aquí hace un calor insoportable.

Y diciendo y haciendo cogió el brazo de su amiga, y juntas salieron de la estufa; nosotros las seguimos.

—¿Te parece todo esto demasiado minucioso y poco interesante? Es posible que lo sea; pero ten paciencia, literato impertinente, y ya verás á su tiempo que la rosa de thé no es tan sencilla como parece á primera vista. »

CARTA X.

LA ROSA DE THÉ.

Octubre 24 de 1873.

Como te decia ayer, salimos de la estufa, ellas dos delante y nosotros detras, resueltos á seguirlas hasta el fin del mundo; así es que, al llegar al extremo de la calle, torcimos á la derecha, porque ellas tambien habian torcido en la misma direccion.

Pasaron por delante de la puerta que conduce al interior de la casa, y siguieron adelante; nosotros hicimos lo mismo, y de esta manera dimos dos vueltas al jardin, yendo á parar siempre á la estufa.

En este paseo intenté sondear, no el corazon, sino el bolsillo de Montenegro, por si podia descubrir la oculta mina de su opulencia; pero nada pude sacar en limpio.

Nuestra conversacion fué, poco más ó ménos, la siguiente:

—Malos tiempos alcanzamos.

—¡Oh!... sí... muy malos.

—En España parece la ruina inevitable : la última demagogia nos domina, y despues de la catástrofe que se acerca, me parece que no podremos decir : «Todo se ha perdido ménos el dinero.»

—¿Teme V. que triunfe en España la Internacional?

—No lo temo — le contesté. — La Internacional ha triunfado ya en España.

—¿Cómo? — exclamó. — ¿Hay alguna noticia?

—Sí — le contesté. — Una noticia histórica que se remonta al año de 1834. Los primeros internacionalistas fueron aquellos que incendiaron los conventos, degollaron á los frailes y saquearon las iglesias. Detras de estos internacionalistas de las calles estaban los internacionalistas de los palacios, como detras del instrumento está la mano. Despues del degüello, del saqueo y del incendio, vino la ley, la ley del despojo, y detras de aquéllos están éstos.

— Sí — me replicó — pero ya no existe la preocupacion de los conventos ; se ha desvanecido el poder de la teocracia, y han entrado en circulacion las grandes masas de riqueza, que las manos muertas tenian apartadas del movimiento económico de nuestro siglo.

—Pero es el caso—le advertí—que todavía existe la preocupacion del lujo y del arte, que no se ha disipado todavía el poder de los grandes capitales, que áun permanecen extrañas al movimiento económico de nuestro siglo grandes masas de riqueza, estancadas en los palacios, en los monumentos y en los museos; no hay conventos, pero hay fábricas; no hay frailes, pero hay ricos.

Aquí Montenegro me miró encogiéndose de hombros, como si no diera gran importancia á mi razonamiento, ó más bien, como si no entendiera mis palabras. Despues de un momento de silencio dijo:

—¡Bah! el hecho importante es que aquí la *Commune* no tiene ni fuerza ni audacia.

A mi vez me encogí de hombros, y seguí diciendo:

—Sea enhorabuena; pero entre tanto, ponga V. su fortuna fuera del alcance de una turba triunfante ó de una ley votada por la mayoría de esta ó de otra asamblea, si no se resigna á ser uno de los futuros descamisados.

—¡Oh... mi fortuna! exclamó con cierta indiferencia.

Podia atribuir á esta exclamacion tres conceptos: ó es un hombre superior que mira con desden sus propias riquezas, ó es un hombre precavido

que tiene su fortuna á cubierto de todas las eventualidades, ó es una especie de Creso que posee tesoros inagotables. Tambien podia ser que se hallára á punto de verse arruinado, y en tal caso, bien podia serle indiferente el peligro de la rapiña, bien viniera de la mano airada de las turbas, ó de la mano legislativa de la asamblea.

Verdaderamente no parece creible que un hombre como Montenegro, que tan refinadamente sabe rodearse de todas las opulentas comodidades del lujo moderno, viera sin terror la pérdida de su fortuna.

No pude disimular la fuerza de esta reflexion, y adoptando el aire positivo de un verdadero hombre de negocios, le dije :

—No creo que cambie V. por pura indolencia las comodidades con que vive por las amargas inquietudes de la miseria. En nuestro siglo se desprecia la vida, pero nadie desprecia el dinero. Usted, más cauto ó ménos codicioso que los demas, no posee dehesas ni campos que puedan ser talados, ni quintas, ni fábricas, ni palacios que puedan ser pasto del saqueo y del incendio. Previendo usted las contingencias de la bancarota, no ha querido, y ha hecho muy bien, exponer sus capitales á las desastrosas eventualidades de las rentas públicas. El papel del Estado no es ya un peligro,

sino una ruina casi patente. Supongo tambien que, mirando con desconfianza la prosperidad tal vez aparente de las Bolsas extranjeras, ha depositado usted sus millones en el Banco de Inglaterra, á no ser que, como Simónides, salve V. del naufragio todas sus riquezas llevándolas consigo.

—En efecto—me dijo—la riqueza territorial no ofrece grandes seguridades: su posesion está puesta en tela de juicio por la economía moderna; ademas, es poco productiva y se halla sujeta á todos los accidentes de la naturaleza: las inundaciones, las tempestades, las sequías, la langosta... en fin, es una propiedad acosada por toda clase de plagas. Por otra parte, poseer estos ó los otros terrenos parece que es renunciar al resto de la tierra. La industria no ofrece mayores ventajas, y yo no soy partidario de la dureza de los capitales que explotan el trabajo. En cuanto á las rentas públicas, presentan un grave inconveniente: es poner el bolsillo en manos de gobiernos fugitivos, entregándolo al azar de ruinosas alternativas... Simónides hacia muy bien en llevar consigo todas sus riquezas. En fin, el Banco inglés es un establecimiento respetable. Pero ¡diablo! —añadió— el Banco inglés me recuerda cuatro cosas que lo agradable de nuestra conversacion me habia hecho olvidar: la primera es que hoy como en la embajada

inglesa; la segunda, que son ya las seis de la tarde; la tercera, que aún tengo que vestirme, y la cuarta, que la rigurosa puntualidad de los hijos de la Gran Bretaña es inexorable.

Y dicho y hecho; oprimió mi mano, corrió á despedirse de las señoras y salió del jardín precipitadamente dejándome en ayunas acerca de la forma auténtica de su fortuna.

De todas maneras confirmé el juicio que de él habia formado aquella tarde, clasificándolo entre la multitud de seres superficiales que pueblan el gran mundo.

Elisa y Octavia continuaban su paseo tan entretenidas que no advertian lo desapacible que empezaba á ser el vientecillo con que se anunciaba la caída de la tarde. Intenté reunirme á ellas para hacerles notar esta circunstancia, y apresuré el paso; pero antes de que las alcanzára volvieron la cabeza, y viéndome, cruzaron entre sí algunas palabras que á mí sin duda se referian y comenzaron á andar más deprisa.

Apresuré yo el movimiento de mis piés, más apenas notaron que ganaba terreno, tomaron otra calle y rompieron en correr resueltamente. Entónces se entabló entre nosotros una verdadera lucha; ellas huyendo y yo persiguiéndolas. Siempre que burlaban mi persecucion escapándose por las ca-

lles transversales del jardín, celebraban su triunfo con carcajadas, en las que sobresalía el timbre delicado de la voz de Elisa.

Empezaba á perder la esperanza de poder cogerlas, y comprendí que no es tan fácil coger á una mujer cuando ella se propone no ser cogida. Sin embargo, insistí como un niño que tiene picado su amor propio y proseguí dándoles caza. No podía conseguir acercarme á ellas sin ser visto, y en vano me ocultaba en los troncos de los árboles; parecía que me adivinaban.

Renuncié á la astucia y apelé á la fuerza, como á las barricadas bien defendidas era preciso tomarlas á la carrera, y así lo hice lanzándome á todo vapor seguro de alcanzarlas.

En efecto; yo corría más que ellas y á cada instante disminuía la distancia que nos separaba; ántes de llegar al extremo de la calle en que corríamos, caerían en mi poder, y sentía de antemano la alegría del triunfo.

Hubo un momento en que me hubiera bastado tender la mano para cogerlas y este fué el momento crítico. Ambas conocieron la inminencia del peligro en que se encontraban, y aprovechando con hábil estrategia las circunstancias favorables del terreno, se separaron de pronto desapareciendo la una á la derecha y la otra á la izquierda; vacilé sin

saber á cual de las dos seguir, perdí tiempo, ganaron ellas terreno huyendo en direccion opuesta y yo quedé nuevamente burlado.

Como ves, la una y la otra se hallaban de buen humor y se divertian conmigo que era un contento. Me detuve á meditar un plan de campaña de resultado seguro, y concebí el proyecto de una emboscada.

Retrocedí ocultándome, y buscando los caminos más estratégicos fuí á tomar posicion en la estufa. Si el enemigo en sus correrías pasaba por allí caería sobre él inopinadamente y no tendria más remedio que entregarse. Esperé el momento de mi triunfo con esa inmóvil inquietud propia de las grandes expectativas, lanzando rápidamente la mirada allí donde los oidos percibian algun rumor sospechoso.

No sé la importancia que tú concederás á esta empresa, pero yo puedo asegurarte que habia puesto en ella todo el empeño de mi amor propio.

Imagínate, pues, cuál seria mi desaliento al ocurrírseme la idea de que el enemigo hubiese emprendido una retirada simultánea, y que mientras yo esperaba agazapado en el desfiladero de la estufa, ellas podian muy bien estar descansando tranquilamente de sus fatigas en el gabinete del *trousseau*. Era muy posible y hasta muy probable, y resolví practicar un reconocimiento.

Saqué la cabeza por entre los tiestos que me ocultaban, y al traves de las hojas de un plátano casi recién nacido que se tendían buscando luz y aire, vi á Elisa que andando con las puntas de los piés y mirando á su alrededor como para no ser sorprendida, se dirigia hácia la puerta de la estufa. Sin duda habia concebido como yo el proyecto de ocultarse en ella. ¡Infeliz!... sin presumir que yo con todo el grueso del ejército estaba allí emboscado. Probablemente Octavia habria apelado al mismo expediente; de modo que el juego de las carreras empezaba á convertirse en el juego del escondite. Octavia, Elisa y yo habíamos vuelto á la dulce edad de la infancia, y jugamos en el jardin como niños de colegio en las horas de asueto.

Sentia yo, pues, todo el placer infantil de mi ventajosa situacion.

Elisa llegó á la puerta de la estufa y se detuvo un momento para convencerse de que nadie la seguia y entró con el mismo sigilo que habia llegado. Pasó por delante de mí sin verme y se dirigió al grupo de macetas en que se hallaba la rosa de thé.

Allí hizo alto y quedóse como contemplando la preciosa flor, tan admirada poco ántes por Montenegro. Me pareció que habia llegado el momento de la sorpresa, y salí de mi escondite y poco á poco me fuí acercando á Elisa que se hallaba de espal-

das. Entónces me ocurrió que la sorpresa podría causarle una impresion demasiado fuerte, y contube la mano que iba á apoyar sobre su hombro para hacerla prisionera, y áun tuve intenciones de retirarme; pero en aquel momento Elisa empujó con una mano el tiesto de la rosa de thé y con la otra sacó de debajo de la maceta un objeto que no pude distinguir. Casi maquinalmente tendí la mano y la así por el brazo. El grito que dió todavía lo tengo clavado en los oidos, y áun me parece que siento el temblor de su cuerpo, y áun me parece que veo el espanto de su rostro.

El objeto que habia cogido se escapó de su mano y cayó al suelo; era una carta sin sobreescrito, sellada con lacre verde, que yo recogí.

—¡Qué susto me has dado!—exclamó reponiéndose y queriendo sonreirse.—¡Ah! no te lo perdonaré nunca.

Y viendo en mi mano la carta que se habia escapado de la suya, bajó la voz y confidencialmente me dijo:

—Guárdala, no hay inconveniente en ello. Es un depósito que te confío. Tú no eres curioso, y ademas eres mi cómplice y no debo tener para tí secretos.

El grito de Elisa atrajo á Octavia que entró en la estufa pálida y aterrada como si hubiera sido ella la víctima de aquella sorpresa.

—La he cogido— le dije yo señalando á Elisa y ocultando la carta en el bolsillo.— Son VV. mis prisioneras.

—Lo temí—añadió ella.—Observé que V. retrocedió hasta la estufa y presumí que se habria usted ocultado aquí, pero no he visto llegar á Elisa.

—Todo ello—dijo ésta—no ha sido más que un buen susto.

—Muy bueno debe haber sido—insistió Octavia— porque hasta la rosa de thé se ha desmayado. ¡Mira, mira! ¡la maceta está volcada!

Y acercándose al lugar de la catástrofe levantó la maceta volcada y la colocó en su sitio diciendo:

—¡Oh, cómo pesa!

Elisa me guiñó el ojo con cierta malicia y apoyando el dedo en sus labios me recomendó el silencio.

Octavia cogió el brazo de su amiga, y al apoyarse en él le dijo:

—Áun tiemblas.

—No, no—replicó con viveza.—Yo estoy ya tranquila; ese temblor es tuyo: tú eres la que tiemblas.

Salimos de la estufa y atravesamos el jardin cada uno poseido de distinta situacion de ánimo. Elisa visiblemente excitada de los nervios se muestra-

ba bulliciosa y habladora. Octavia iba cabizbaja y meditabunda, y yo las seguía con aire distraído, dando vueltas en el bolsillo á la carta que acababa de sorprender en la mano de Elisa.

Ahora bien, ¿qué te parece la rosa de thé?»

CARTA XI.

DILACIONES.

Octubre 25 de 1873.

«Aquella noche comió Octavia con nosotros, además de otros convidados, que encomiaron, como siempre, el genio culinario de Donato. Después de comer acudieron muchos amigos porque era noche de recepción, de manera que me fué preciso aplazar para después la entrevista que debíamos tener Elisa y yo, para hablar del misterioso billete encontrado debajo de la maceta de la rosa de thé, que permanecía cerrado en el fondo de mi bolsillo.

No podré explicarte la diversidad de pensamientos que excitaba en mí la existencia de tan recatado documento, y la singular manera con que había venido á mis manos; más te diré, por si no lo sospechas, que experimentaba la más impaciente curiosidad por penetrar el secreto de su contenido, curiosidad de la cual me reía yo mismo.

No obstante, la noche me pareció demasiado pesada, y no encontré amenidad ni interes en las conversaciones de sobremesa y presumí que iba á fastidiarme soberanamente en las tres horas mortales que por lo ménos duraria la recepcion. Así es que dejando á Elisa en la plenitud de su córte, fuí á refugiarme á la sociedad del casino, buscando una conversacion más viva y emociones más fuertes.

Pero estaba en desgracia, era demasiado temprano y los salones del casino se hallaban desiertos. La mayor parte de los concurrentes devoraba los periódicos de la tarde en el gabinete de lectura; alguno que otro recostado en los divanes y en las butacas dormitaba sumergido en los horrores de la digestion. La sala de juego estaba medio á oscuras, solitaria y muda, y al levantar la gran colgadura que cubre la puerta, retrocedí maquinalmente, pues me pareció que iba á entrar en una caverna. Maquinalmente tambien me llevé la mano al bolsillo, riyéndome interiormente de la espontaneidad de esas dos acciones involuntarias.

Como ves, el casino no me ofrecia distraccion alguna con que poder matar el tiempo. Textualmente no sabía qué hacer de mi persona, cuando oí en al salon grande, primero el murmullo y luego las voces de una conversacion bastante animada.

Salí al encuentro de esta novedad que podría entretenerme algunos momentos, y me encontré con un periodista y un hombre de negocios que discutían muy formalmente acerca de la pena de muerte.

Sostenía el periodista que la sociedad no tiene derecho á quitar una vida que no da, y que, por consiguiente, no puede devolver. El hombre de negocios se desesperaba, no tanto por la fuerza del argumento, como por el aplomo magistral de su contrincante, y replicaba diciendo :

—Eso está bien en los artículos de un periódico que pretenda hacer sensacion en las cárceles y en los presidios y aspirar á las simpatías de todos los antros del crimen ; pero la sociedad piensa de distinta manera que esos filósofos patibularios, y pedirá la pena de muerte siempre que se halle frente á frente de un delito que la espante.

—¡Oh!—exclamó el periodista.—Ese es el egoísmo de la sociedad y la sociedad no es la justicia.

— Bueno —replicó el otro — pero esa es la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos.

— Sí —añadió con desden el periodista.— Las historia sangrienta de todos los pueblos salvajes.

—¿Qué?..... — preguntó su adversario. — ¿Se atreverá V. á destruir la fuerza indestructible de ese sentimiento universal?.....

Antes de responder á esa pregunta el insigne

publicista, dejó ver la sonrisa de una incontestable superioridad, y echando sobre lo pasado el argumento de lo presente y de lo futuro, replicó dogmáticamente diciendo :

— Para destruirla, progresamos.

En este momento de la disputa me acerqué á los contendientes, y el hombre de negocios, cruzándose de brazos, me miró con una expresión que queria decir : « ¿ Ha visto V. en su vida un hombre más imbécil? »

Después de este mudo paréntesis añadió :

— Progresamos, bien ; sea en hora buena ; pero es el caso que cuanto más progresamos más se fusila, se degüella y se asesina.

— Así — dijo el publicista — es imposible discutir ; estamos fuera de la cuestión.

— En efecto — añadió el hombre de negocios. — Usted es quien la ha sacado de quicio. Yo sin entrar en más averiguaciones sostengo que el falsificador merece la pena de muerte. Por ahí se ha empezado la disputa.

— Por ahí ha empezado ciertamente, y si V. quiere sostenerla en ese caso particular, dése V. desde luego por derrotado. ¡ Pena de muerte al falsificador!..... ¿ Y por qué?..... ¿ Desde cuando tiene la sociedad derecho para hacer pagar á un hombre con la vida la ignorancia de los demás?

Al ver el periodista la sorpresa que estas palabras nos causaron, lanzó al aire una gran bocanada de humo y siguió diciendo :

—Es preciso no preocuparnos ; el monedero falso no es en rigor más que un contrabandista de moneda; desestánquese la acuñacion del numerario y se cortan de raíz las falsificaciones ; acabarán los falsificadores. ¿Se rien ustedes?..... pues no es por eso ménos cierto. ¿No hemos desestancado la sal, el tabaco, la pólvora, los almanaques?..... ¿por qué no se ha de desestancar tambien la moneda?..... ¿Qué inviolabilidad especial le conceden ustedes al oro, á la plata y hasta al cobre para que sólo puedan acuñarlos los gobiernos? En realidad es un negocio que la libertad completa á que el mundo aspira, arrancará al fin de las manos del Estado. En resúmen, la acuñacion oficial y exclusiva de la moneda es un monopolio.

No puedo yo asegurarte si estaba persuadido de lo que decia ó se burlaba de sus propias palabras.

—Ya sé—prosiguió—que la libertad de estas industrias causaria, por de pronto, algunas perturbaciones, pero ¿acaso no las causan todas las reformas trascendentales? Se me dirá que la moneda perderia la autenticidad de su valor intrínseco; pero yo digo que el que no distingue un duro de plata de un duro de plomo es un idiota. ¿Qué hace

pues el monedero falso al trasplantar el cuño? Pura y simplemente adelantarse á una reforma inevitable en el órden del progreso humano.

—Amigo mio— le dijo el hombre de negocios. —Nada de eso tiene piés ni cabeza. Ademas se trata de la gran falsificacion de billetes de Banco que se ha descubierto.

—¡Una falsificacion de billetes!— exclamé yo. —Enorme— me contestó.

—Permítanme ustedes— dijo el publicista.— En ese caso concreto, mi argumentacion es mucho más fuerte, más sencilla y más breve. Fijemos bien el punto : ¿Qué son los billetes de este Banco, de aquél ó del otro?..... La suposicion bastante aventurada de la existencia de una riqueza efectiva correspondiente al valor que el papel representa. Y digo suposicion aventurada, porque las precauciones que al parecer se adoptan para asegurar la garantía de los valores fiduciarios son ineficaces. Ellas no evitan que de vez en cuando, ya por un motivo ya por otro, los billetes de Banco sufran terribles descuentos, que se aumentan en razon de las dificultades siempre inevitables, que los mismos Bancos oponen á la facilidad del cambio. Ellas no impiden que los Bancos quiebren y que los tenedores de los billetes se vean con un papel entre las manos que les cuesta mucho y que no vale nada.

Deduzco, pues, que la facultad de disponer así del bolsillo ajeno, á título de confianza, constituye un verdadero privilegio. Ahora bien : ¿Qué es la falsificación de billetes?..... No nos hagamos ilusiones, es una conspiración contra un privilegio, y no hay que arquear las cejas, la igualdad inexorable del derecho moderno ha declarado legítimas las conspiraciones contra los privilegios.

Entre todos los desatinos que en estos dias de libertad se dicen y se oyen, se escriben y se leen, los de este hombre público me parecieron bastante originales ; así es que me sonreí con cierta benevolencia ; más él debió tomar mi sonrisa como una señal de aquiescencia á sus racionios ó, por lo ménos, como una muestra de admiracion á su talento. Y no queriendo comprometer el éxito alcanzado con nuevas discusiones, nos saludó muy afablemente, alejándose, sin duda alguna satisfecho de su razon y de su elocuencia.

Antes que desapareciera en el extremo del salon, el hombre de negocios que parecia abrumado por la dialéctica de su contrario, hizo un gesto sumamente expresivo y me dijo con conviccion profunda :

— No lo dude V. ; estos sofistas del bajo imperio consumarán al fin la perdicion del mundo.

— Sin duda — le contesté — pero ¿ el hecho es

que se ha descubierto una gran..... falsificacion de billetes?.....

— Si señor. ¿No tenía V. noticia de ello?.....

— Ninguna hasta este momento.

— Es raro.

— No — le contesté — por que hace algun tiempo que vivo retirado de los negocios y hoy precisamente no he salido de casa y casi puedo decir que no he visto á nadie.

— En ese caso — me dijo — no tiene nada de particular que V. ignore lo que á estas horas sabe muy poca gente. La falsificacion está admirablemente hecha, tanto que en las mismas oficinas del Banco han confundido los billetes falsificados con los verdaderos. Se teme que haya en circulacion una gran masa de ese papel. ¡Imagínese V. que conflicto!

— ¿Y el Banco — le pregunté — piensa recoger el papel falsificado?.....

— Segun y conforme — me contestó. — La suma puede ser tan enorme que no sea fácil recogerlo. De todas maneras, la situacion no deja de ser apurada. Si los recoge compromete su crédito y si no los recoge, compromete su fortuna. La noticia va á caer mañana sobre Madrid como una bomba.

— Pero bien — volví á preguntarle. — ¿Y los delincuentes?

—Eso es lo que se busca—añadió.—Se ha descubierto la falsificación, pero hasta la hora presente no se encuentra la pista de los falsificadores. Mañana habrá pánico.

La palabra *billete*, tantas veces repetida en el curso de nuestra conversacion, me recordaba el que yo tenía en el bolsillo y miraba el reloj, cuyas agujas me parecia que marchaban con más lentitud que nunca, y aplicaba la máquina al oido por asegurarme de que no se habia parado.

La noticia de la falsificación habia empezado á extenderse, y en los salones del Casino que comenzaban á animarse con su habitual concurrencia no se hablaba de otra cosa. Pero como en todo, habia diferentes pareceres. Unos elevaban á considerable altura las proporciones del suceso; otros disminuian en gran parte su gravedad, y algunos le quitaban toda importancia, mezclándose así las opiniones, los intereses, las esperanzas y los temores de cada uno en el afan de la disputa.

La publicidad tiene ojos de aumento y hay en la voz pública algo hueco, así es que por lo comun todo lo saca de quicio. Yo no concedí al caso de la falsificación los honores de un suceso extraordinario. Probablemente así que se agotára la novedad del tema, nadie volveria á acordarse de semejante cosa.

Por fin, dieron las doce, y abandonando la falsificación de los billetes á las disputas del Casino, me volví á mi casa, pensando en el misterioso billete, que yo, como en depósito, llevaba en el bolsillo.

¿Por qué te cuento tan minuciosamente todas estas cosas? No lo sé, pero si te parecen impertinentes no las leas. Por lo que á mí hace, si no estuvieran ya escritas las borraría.

Llegué á mi casa creyendo que aún encontraría *gentes* en ella, pero advertí que no había ningún coche en la calle y que la gran puerta de mi palacio se hallaba entornada.

Entré y subí, y el silencio que algunas veces habla me dijo que la fiesta de aquella noche había concluido. Este era el momento de ver á Elisa, y sin dejar ni el abrigo ni el sombrero me dirigí á su gabinete, esto es, al gabinete del *trousseau*.

Por fin los amigos, la sociedad, el mundo nos dejaban solos. Entré en el gabinete dando vueltas entre los dedos al billete que llevaba en el bolsillo, y en vez de Elisa me encontré con su doncella.

—¿Y tu señora?— le pregunté.

—La señora— me contestó en voz muy baja— tiene jaqueca.

Hice un movimiento de impaciencia, porque verdaderamente no había contado con esa contra-

riedad. De todos modos, bien podia permitirme entrar á enterarme personalmente del estado de su dolencia.

Miéntras yo hacia esta reflexion la doncella habia entrado con gran sigilo en el tocador, adoptando la actitud del que escucha.

Me adelanté á mi vez, pero la cuidadosa doncella me salió al encuentro, me detuvo y poniendo el dedo índice sobre sus labios me dijo:

— ¡ Chist! está durmiendo.

No era discreto forzar esta consigna, y rascándome la frente como si sintiera alguna comezon en mis pensamientos, me dirigí á mi cuarto.

Despedí al ayuda de cámara que acudió á desnudarme, y me quedé solo frente á frente de aquel billete extraño cuyo contenido debia ser muy curioso.

Nada era más fácil que rasgar el sobre y leerlo, pero no me parecia digno de mí este medio. Era la violacion de un secreto, que probablemente nada tenía que ver conmigo. Era un abuso indigno de mí rasgar el sobre de una carta que no me pertenecia y que sólo la casualidad habia puesto en mis manos. Yo la poseía como un depósito, y sin oír ántes las explicaciones de Elisa y hasta cierto punto sin su consentimiento, no me era lícito leerla. Además, ¿qué concepto formaria de mí si al dia

siguiente le entregaba abierta la carta que me habia confiado?

Sin más reflexiones me acosté, pero no me dormí hasta la madrugada, y debió ser mi sueño muy profundo, pues al despertar, ya bien entrado el día, me encontré que no estaba solo. Elisa se hallaba allí; habia levantado las colgaduras de mi cama y parecia absorta en la contemplacion de mi sueño. Al abrir yo los ojos me dejó ver su bella sonrisa, la sonrisa que ya conoces.

La carta permanecia sobre la chimenea en el mismo sitio en que yo la dejé.

Aquí tienes una situacion interesante que suspendo hasta mañana, para dejarte en libertad de hacer cuantas suposiciones se te antojen. Ten paciencia.»

CARTA XII.

DESENCANTO.

Octubre 26 de 1873.

«Creo que habrás participado de mi sorpresa al saber la aparicion de Elisa en mi cuarto. Ella misma comprendió el efecto que su presencia me causaba, y poniendo el dedo índice sobre mis labios para imponerme silencio, dijo:

— Dormias deliciosamente, y habria sido una crueldad despertarte.

Por toda respuesta me senté en la cama y me restregué los ojos como si áun pesarán sobre mis párpados las sombras del sueño.

La verdad es que yo no veia claro en el fondo de mi pensamiento. Elisa se hallaba allí en el momento en que ménos podia esperarla; habia entrado sin prèvio anuncio, y esta especie de visita secreta era un acto de confianza y de intimidad á que

todavía no me tenía acostumbrado. Se conocia que acababa de levantarse, y se advertia en ella ese esmerado descuido con que las mujeres intentan algunas veces confundir la vanidad con la modestia, el abandono con el artificio, la pretension con la indiferencia.

Por una coincidencia, bien natural por cierto, Elisa se presentaba á mis ojos en el momento de que te hablo, con aquella dormilona, aquella bata y aquellas babuchas turcas con que la encontré la noche de nuestra boda. Esta circunstancia me hizo recordar la breve escena de aquella noche y sentí en mi corazon un frio inexplicable.

Eran la misma dormilona, la misma bata, las mismas babuchas; pero hé aquí mi confusion, ¿era tambien Elisa la misma...? En sus facciones no habia alteracion ninguna que hiciera dudar de la autenticidad de su persona; su belleza inalterable, sus hermosos ojos azules, sus magníficos cabellos rubios daban seguro testimonio de ella, mas habia en sus miradas afabilidad y en su sonrisa cierta ternura. Si lees mis cartas con la atencion debida, habrás podido observar que se iba verificando en Elisa un cambio favorable; por consiguiente, bien podia dudar si era la misma.

No parecia aún dispuesta á renunciar á las satisfacciones de su vanidad, porque las mujeres

no renuncian fácilmente á los triunfos de su belleza y de su fausto, mas es lo cierto que se dignan alguna vez descender del olimpo de su gloria y dar, digámoslo así, una vuelta por las intimidades de la vida.

Por lo demas, me pareció algo más pálida que de ordinario, lo cual era indicio de que la jaqueca de la noche anterior no habia sido una suposicion oficiosa de su doncella.

— Y bien — me preguntó — ¿te has enterado ya del contenido del raro billete que ayer sorprendimos?...

— Allí lo tienes — le contesté señalando á la chimenea.

— ¡ Ah! si — exclamó cogiéndolo. — Aquí está. Pero ¡ no lo has abierto!

— No — le dije.

— ¿ Por qué?

— Porque no me considero con derecho á abrir una carta que no es á mí á quien va dirigida.

— Es verdad.

Permaneció un instante pensativa contemplando la carta que tenía en la mano, y al fin dijo:

— Bah... Si no ha de abrirla más que aquel á quien va dirigida, me parece que permanecerá cerrada mucho tiempo.

Yo me encogí de hombros.

— En ese caso — siguió diciendo — no valia la pena de haberla interceptado.

— Nadie — advertí yo — es culpable de encontrar lo que no busca.

— Sí — insistió ella — pero es el caso que yo buscaba lo que hemos encontrado.

— ¡Hola! — exclamé — ¿sabías tú?...

— Sí — se apresuró á contestarme — porque lo sospechaba, y para nosotras sospechar es saber.

— Admiro tu perspicacia — dije con cierta indiferencia — pero no la comprendo.

Hizo un gesto encantador por el cual se colegia fácilmente que la impacientaba mi torpeza, y después añadió:

— En primer lugar, la entrada de Montenegro en el jardín me pareció sospechosa; en segundo lugar su intempestiva admiracion por la rosa de thé me pareció más sospechosa todavía; y por último, en nuestras carreras por el jardín huyendo de tu persecucion, pude observar que Octavia buscaba ocasion de entrar sola en la estufa, y yo me anticipé.

— Continúo — le dije — admirando tu penetracion; mas perdona mi insuficiencia en estas materias. ¿Qué necesidad tienen de valerse de semejante recurso para estar en correspondencia? ¿No se ven siempre que quieren? ¿No se hablan donde se

encuentran? De todas las administraciones de correos que pueden inventarse, la ménos apropósito me parece la estufa de un jardin.

—Sin duda— replicó — pero los amantes se valen de todos los recursos, unas veces por necesidad, otras veces por capricho. Montenegro no deja de ser un tanto novelesco y Octavia es algo excéntrica. Quizá les ha parecido soberanamente poético que la flor más celebrada por la moda sea cómplice inocente de sus secretos. Ello es pueril, pero esos amores están aún en la infancia, y los amantes son siempre unos niños. ¿No recuerdas cómo me hiciste tu primera declaracion...? Encerraste mi retrato en un marco de oro primorosamente cincelado, que se halla circuido con un cordon de brillantes, y ya no me fué fácil escaparme.

Este recuerdo hizo brotar del fondo de mi corazon un suspiro, sin duda porque es verdad que todos los recuerdos son tristes. Por lo demas, las razones de Elisa no carecian á lo ménos de oportunidad, y no teniendo gran interes en contradecirla me reduje á decir:

—Es lo mismo, porque esas razones no resuelven nuestra dificultad. Nos encontramos con una carta sin sobrescrito y perfectamente cerrada, que puede ser de Octavia á Montenegro, segun tú presumes.

—No, no—me replicó—yo no presumo eso; por el contrario, creo que es de Montenegro á Octavia.

—*El órden de los factores*—dije yo magistralmente—*no altera el producto*. La cuestion no varía: ¿Qué hacemos con esa carta...?

Miróme fijamente como si dudára de la sinceridad de mi pregunta, y yo á mi vez la contemplé atentamente como si pretendiera adivinar su respuesta.

Así permanecemos algunos instantes.

—¡Es curiosa—exclamó al fin—la duda que te ocurre! ¿Qué hacemos con esta carta...? Claro está; abrirla. No es posible hacer otra cosa.

—No es delicado—le advertí—violiar los secretos que no nos pertenecen. En vez de abrirla debemos devolverla.

—¡Devolverla!—exclamó—¿y á quién...?

—Al sitio en que la has cogido.

—Tu delicadeza—me dijo sonriéndose—no me parece excesivamente discreta. Poner otra vez esta carta misteriosa en el lugar en que la encontramos, es abandonarla á la curiosidad de otras personas ménos escrupulosas que nosotros.

La observacion era fuerte y no insistí en ello, pero le dije:

—Entónces será preciso ponerla en manos de sus dueños.

—Y cómo? —preguntó.

—Yo me encargo de ello —le contesté.

—Eso en el caso presente es ménos delicado que abrirla y leerla. Además, no va dirigida á nadie. ¿Cómo se recibe una carta cuyo sobre está en blanco...? Y, en todo caso, ¿cómo les explicarás el motivo que te mueve á ponerla en manos del uno ó del otro...? Lo que propones no tiene piés ni cabeza.

La observacion era atinada, y complacido en ver á Elisa discurrir con tanta precision seguí en mis trece diciendo:

—No me obstino; renuncio á ese recurso indirecto que ofrece tan sérias dificultades y apelaré á un medio indirecto.

—¿Cuál? me preguntó.

—Uno, muy sencillo —añadí— y que se nos ha debido ocurrir ántes.

—Veamos.

—Esa carta que no va dirigida á nadie se encierra en un segundo sobre en el cual se pone la direccion conveniente, se autoriza su circulacion por medio de un sello del correo interior y el cartero se encarga de llevarla á su destino: esto es, á Octavia ó á Montenegro. Me parece que es una solucion fácil, delicada y segura, con la que no creo que tengas nada que oponerme.

Elisa se quedó pensativa dando vueltas entre sus dedos á la carta sorprendida en la estufa. Sin duda en su imaginacion daba tambien vueltas aquella misma carta que tenía en la mano.

Creí que iba á ceder y guardé silencio esperando su respuesta.

Despues de algunos momentos de reflexion me dijo:

—No desconozco el mérito del recurso que has encontrado y puedo asagurarte que honra á tu inventiva; pero es el caso que defrauda por completo mi curiosidad.

—¡Tu curiosidad!—exclamé.

—He dicho mal—añadió corrigiéndose.— Mi curiosidad no; nuestro interes.

—¡Nuestro interes!—repetí yo.—¿Qué interes podemos tener nosotros en penetrar el secreto contenido en esa carta?

—Para tí, por lo visto,—replicó con cierto desden,—no tienen interes más que los negocios, *los títulos de la deuda, el consolidado, el tres por ciento, los billetes hipotecarios y los bonos del tesoro.*

Semejante juicio me pareció soberanamente injusto, mas no me dí por ofendido, ántes bien me congratulé de oirlo en su boca, tributándome interiormente grandes honores á mi habilidad diplomática, pues, como has visto, habia sabido disimular

de tal modo el interes que la dichosa carta me inspiraba que Elisa ni siquiera habia llegado á sospecharlo.

— Bien — le dije, sometiéndome voluntariamente al rigor de su juicio — acaba, ¿qué quieres?

Entónces hizo un gesto lleno de gracia, un gesto infantil ; y como si fuera á revelarme algun secreto tenebroso, se acercó á mi oido y á media voz me dijo :

— Quiero recordarte que eres mi cómplice.

— Es verdad — le contesté — convengo en ello, soy tu cómplice.

— Pues bien — añadió — ¿No te interesa la suerte de Octavia?

No puedo explicarte el extraño efecto que produjeron en mí estas palabras ; sonaron en mis oidos como una de esas preguntas que no nos atrevemos á mirar frente á frente. Si el entendimiento tuviera paladar te diria que el nombre de Octavia produce en mí cierto sabor amargo. Realmente no soy yo el tribunal llamado á juzgarla ; mas puesto en ese caso, no acertaria á condenarla ni á absolverla. Y mira tú qué raro capricho, lo que más me mortifica es el concepto que haya podido formar de ella Montenegro.

La pregunta de Elisa era muy natural y no obstante me pareció completamente intempestiva y

traté de eludirla; no quise decir que sí, no supe decir que no, y no dije nada.

Elisa siguió diciendo:

—La vanidad puede mucho en las mujeres: el mundo no ha querido reconocer el mérito indisputable de Octavia y ella se ha vengado de semejante injusticia despreciando algunos partidos regulares que se le han presentado. Quizá habia renunciado ya á la esperanza de conquistar un Príncipe, cuando Montenegro no ha sido, al parecer, insensible á sus gracias. Conmigo guarda una reserva, que le perdono, como si quisiera huir de mis consejos, y yo me he propuesto velar por ella.

Hablaba así acentuando sus palabras con una sonrisa en la que iban á la vez mezclados la compasion y el enojo.

Yo le pregunté.

—Y bien, ¿qué temes?

—Temo, me dijo, que Montenegro no haya tomado en serio este asunto. Temo que no haya empeñado en él toda su constancia... Y, en fin, te lo diré con toda franqueza: quiero vengarme de la reserva de Octavia descubriendo sus secretos. Por eso he interceptado esta carta; por eso quiero leerla.

Inmediatamente que acabó de pronunciar estas palabras, pasaron por mi pensamiento las siguientes preguntas:

«¿Es curiosidad.....? ¿Es interes.....? ¿Es envidia.....?»

Lo primero merece disculpa; lo segundo es hasta plausible; lo tercero me pareció seriamente deplorable.

Elisa me presentó la carta que tenía en la mano diciéndome con marcada impaciencia:

—Toma, rasga el sobre y lee, porque voy á oírte sin pestañear.

Viendo que yo me resistia, no esperó más y rompió el sobre. Desdobló la carta y comenzó á leerla.

Yo espiaba su fisonomía, buscando en la expresion de su rostro las impresiones que la lectura pudiera causarle; pero ella leia mentalmente con semblante impassible. Sólo de vez en cuando fruncia ligeramente el entrecejo como si encontrára palabras dificiles de leer. Despues me la puso delante de los ojos y me dijo:

—Léela, porque es un documento bastante original.

Entónces leí lo siguiente:

« Soy un enigma impenetrable y se confiesa usted vencida..... veamos: el mundo no me conoce, y he puesto un decidido empeño en que no me conozca; ese es en realidad todo mi secreto. Decian los paganos que la venganza era el placer de los dioses. En el Olimpo pase, pero en el mundo el gran

placer es engañar al mundo. La regla invariable de mi conducta es esta : vivir de incógnito. Yo abro las puertas de mi casa á todo el mundo, mi gabeta no es inaccesible, pero mi corazón es impenetrable ; no tengo amigos. Sí, convengo en que la sociedad nos proporciona muchas comodidades y algunos placeres ; debemos, pues, vivir en sociedad ; pero es demasiado frívola para que nos impongamos la obligación de tomarla en serio ; debemos, pues, reirnos de ella.

» Hay en nuestros caracteres cierta armonía que mutuamente nos abre el camino de la confianza. Existen muchos seres que pasan la vida buscándose y mueren al fin sin encontrarse ; nosotros no nos buscábamos y nos hemos encontrado. Hagamos una alianza defensiva, formemos una sociedad secreta contra las preocupaciones del mundo. Son unos insensatos los que pretenden librar al mundo del imperio de las preocupaciones ; pero ¿qué nombre merecen los que se someten á su imperio ? Hagamos con ellos lo que hacian los *augures* de Roma ; sonríamonos al vernos.

» Hagamos de las delicias de nuestra intimidad un misterio, desde el que verémos sin ser vistos ; la sociedad será nuestro cómplice sin percibirlo, y los objetos más inocentes hablarán á nuestros ojos un lenguaje que sólo nosotros entenderémos.

» Esta vida fuera de la vida, esta comunicacion ignorada del mundo que todo pretende saberlo, debe tener para nosotros encantos inagotables.

«¿Podemos ser amigos...? Creo que sí, porque ya nos conocemos.»

Tal era el extravagante contenido de esta carta anónima que carecia á la vez de direccion, de fecha y de firma. No obstante, habrás adquirido la seguridad de que estaba escrita por Montenegro y de que iba dirigida á Octavia. En realidad, no podia ser otra cosa.

Apénas acabé de leerla se la devolví á Elisa diciéndole:

— Ya has satisfecho tu curiosidad.

Y reuniendo en el gesto y en el tono todo el desden que me fué posible, añadí:

— Curiosidad que ha desbaratado en un instante todo el sistema filosófico de Montenegro aplicado al amor.

A la sonrisa con que yo pronuncié estas palabras añadió Elisa una carcajada.

— Y bien — me preguntó — ¿qué te parece?

— De Octavia — le contesté — no sé qué decirte, ó, más claro, no quiero decirte nada. En cuanto á Montenegro, ó es soberanamente necio, ó ha formado de tu amiga un triste concepto.

Elisa movió la cabeza con ademan de duda y dijo:

— Los juzgas con demasiada ligereza. Lo que acabas de leer disipa mis temores. Octavia debe estar satisfecha de su triunfo. El fin de todo esto puede ser un matrimonio ventajoso, aunque Montenegro lleve su extravagancia hasta el extremo de que sea un matrimonio secreto. Ahora no me negarás que es un asunto divertido; yo, por mi parte, pienso reirme como una loca. ¡Qué ajena estará Octavia de que tenemos en nuestras manos el hilo de su intriga...! ¡Oh! voy á ser con ella inexorable.

Dicho esto estrujó la carta entre sus dedos y la arrojó en la chimenea donde desapareció, dejando sobre la ceniza una mancha negra. Y sin más salió de mi cuarto riéndose á carcajadas. Yo empecé á vestirme muy despacio, meditando seriamente acerca de la frivolidad con que todo lo mira esa bella mitad del género humano.

El término de mis reflexiones fué encogerme de hombros; empezaba á sentir respecto á ellas cierto escepticismo; conozco yo que la alta idea que tú me hiciste concebir de las mujeres se desvanecía ante mis ojos como una aurora que se disipa. Te confieso que el retrato era admirable y que habias agotado en él todos los recursos de tu ingenio; y si tu vanidad de artista lo exige, te diré que es un retrato de mano maestra; pero ¿qué le hemos de

hacer si el original se empeña en no parecersele.....? Te aseguro que desde la ventana que da á esta parte de la vida no distingo ya más que un cielo frio y nublado, un horizonte oscuro y un paisaje desierto.

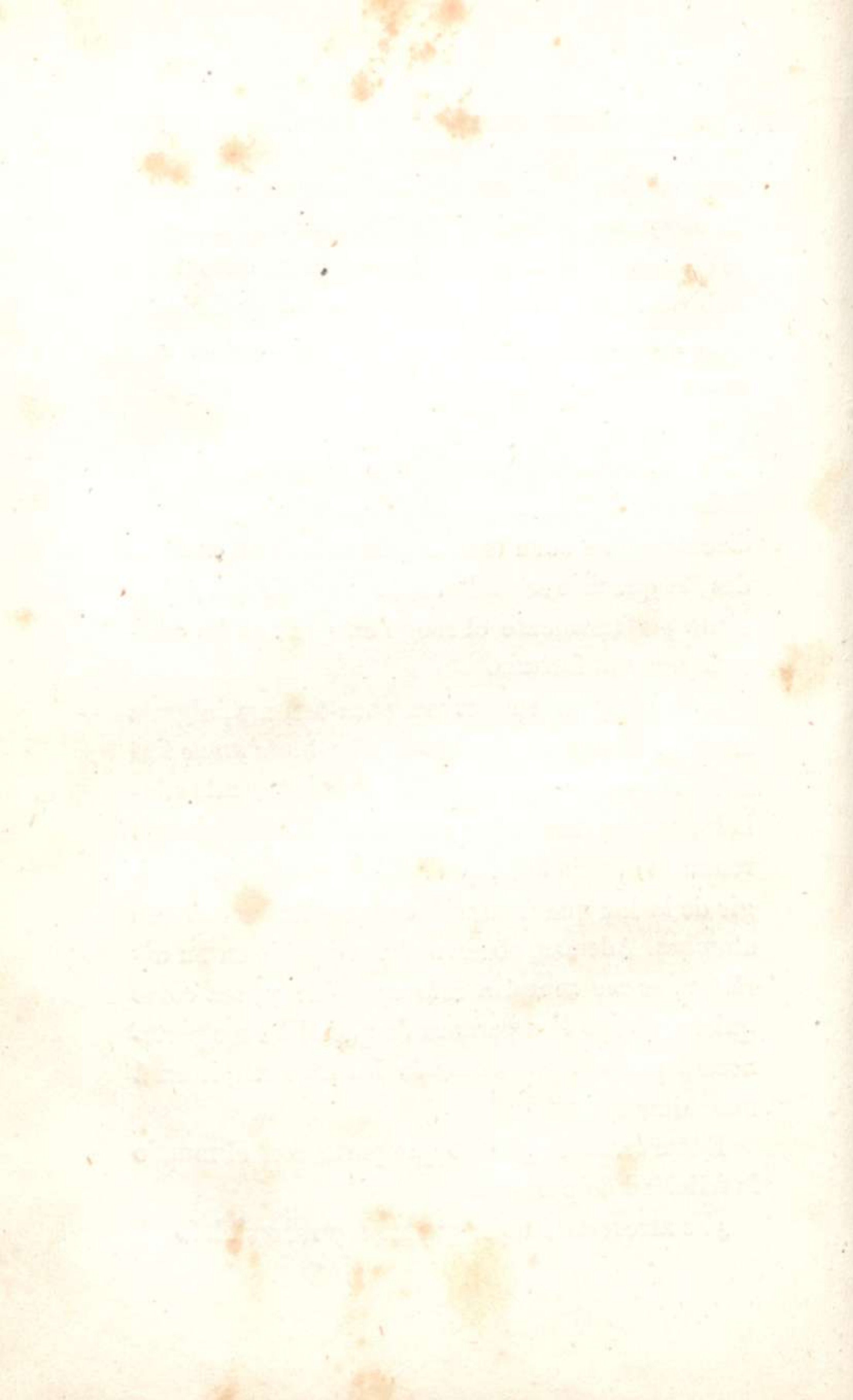
A las dos amigas las justipreciaba yo de esta manera: Elisa cuesta mucho y Octavia vale bien poco.

Y en realidad, yo no tengo ninguna queja de Elisa; su belleza es intachable, su buen gusto indiscutible, su buen tono es, de todas sus cualidades, la que más se enaltece; puedo decir que representa perfectamente el rango en que nos ha colocado nuestra fortuna.

Quizá hay en su corazon poca ternura, alguna frialdad en sus pensamientos y bastante amor á sí misma; pero jóven, rica, bella, constantemente adulada, ¿no ha de sentirse envanecida...? Pedirle que renuncie al mundo en que brilla equivaldria é exigir de la luz que renunciára al resplandor con que alumbra. Además, observo algun cambio en su carácter, se me muestra más accesible y, sea como quiera, abrigo la esperanza de que al fin me pertenecerá por completo cuando los años empiecen á marchitar su belleza.

Entre tanto es preciso que parta con el mundo la felicidad de poseerla.

¿Te atreverás á decir que no soy razonable?»



TERCERA PARTE.

LOS DOS RETRATOS Y LOS TRES AMIGOS.



CARTA XIII.

EL AGENTE DE BOLSA.

Octubre 27 de 1873.

«Ayer, sumergido en mis pensamientos, salí de casa, y sin darme cuenta de ello me dirigí á la Bolsa. La animacion que se notaba en esta region oficial de los negocios no nacia del interes ó de la importancia de las operaciones, pues no se realizaba ninguna, porque las fortunas particulares se han empeñado en creer que, hoy por hoy, es muy peligroso hacer causa comun con la fortuna pública; y vé tú á persuadirlas de que el *consolidado* que está á 16, va á subir de la noche á la mañana por la virtud especialísima de algun discurso de Castelar ó por la eficacia de los grandes triunfos, digámoslo así, de nuestras armas, que todos vemos diariamente en los partes oficiales de la *Gaceta*. La Convencion francesa decretaba la victoria, y yo no sé cómo no se le ha ocurrido á nuestra república

decretar el alza creciente de nuestros fondos públicos.

Ello es que el motivo de la animacion de la Bolsa y la causa principal de la gran concurrencia, y el asunto de las diversas conversaciones que servia de tema dentro y fuera del edificio, era la falsificacion de billetes descubierta la noche anterior, cuya noticia se habia extendido por todo Madrid, produciendo la más conmovedora de todas las alarmas, la alarma del dinero.

Allí oí asegurar que habia en circulacion y en manos de tenedores de buena fe, billetes falsos por valor de muchos millones.

Discurrían unos acerca del mérito de la falsificacion, pues hasta en las mismas oficinas del Banco se habian confundido los billetes falsos con los verdaderos; y disputaban otros muy formalmente acerca de la posibilidad de poner en circulacion tan respetable suma de papel falsificado; es decir, que discutian muy formalmente si era posible lo que ya era para todos evidente.

El hecho no deja de ser extraordinario, y se hablaba de que existe una sociedad de falsificadores, perfectamente organizada, con grandes ramificaciones en toda Europa, que cuenta con numerosos cómplices y que dispone de poderosos medios para asegurar el éxito de sus operaciones.

Así se explicaba la perfeccion de los billetes falsificados y la gran suma de ellos puestos en circulacion. Se trataba nada ménos que de un Banco secreto de emision, cuyo centro directivo podia estar en^a Lóndres ó en París, ó en Nueva-York, que son, segun nos dicen, las tres capitales más cultas del mundo, donde la industria moderna hace verdaderos prodigios. Esta caverna sería probablemente un palacio, y esta especie de foragidos serian regularmente personas distinguidas, gentes bien educadas, instruidas, y hasta se suponía que habia de haber entre ellos personajes importantes. Cada cual añadía á la suposicion de la existencia misteriosa de esta sociedad anónima, los detalles que consideraba más necesarios. Como no es la confianza la regla de conducta que se observa en materia de negocios, sino la desconfianza, si hubieran podido verse los corazones de aquel enjambre de hombres de Bolsa, habriamos encontrado en ellos, cuando ménos, el rastro de la sospecha de unos contra otros. ¿Quién podría asegurar que una sociedad tan tenebrosa no tuviera allí tambien sus cómplices?... Las encrucijadas se encontraban ántes en los sitios más solitarios ó más escabrosos de los caminos, donde el viajero, desamparado de todo auxilio, se veía forzosamente obligado á optar entre la bolsa y la vida; pero ahora las encrucijadas

han cambiado de lugar y se encuentran en las grandes ciudades. El robo ha perdido aquel aspecto salvaje, brutal, de los tiempos antiguos : en los tiempos modernos no ha podido eludir la influencia de la civilizacion y se ha hecho culto, fino, amable, hasta elegante ; habita en los grandes centros, circula en el seno mismo de la sociedad, vive al lado de las autoridades y, áun pudiera decirse que á la sombra de las leyes.

No hace mucho se descubrió una falsificacion de billetes del Banco de Lóndres, los falsificadores fueron detenidos en España y entregados al gobierno inglés, y uniendo ambas falsificaciones, las suponian obra de la misma asociacion.

En honor de la verdad no me parecia increíble el caso. La sociedad moderna se halla invadida, más bien minada, por las sociedades secretas : de ellas salen las grandes agitaciones, los grandes trastornos, las grandes usurpaciones, los asesinatos misteriosos, y ellas obtienen las grandes impunidades ; por consiguiente, una asociacion de falsificadores de billetes no me parecia ménos posible, ni más culpable, ni más perversa, ni más ruinosa.

Si las sociedades secretas que tienen al mundo, moral y materialmente hablando, en el estado de desolacion en que se halla, encuentran instrumen-

tos para todas las iniquidades, ¿por qué no han de encontrar los monederos falsos, socios, agentes auxiliares y cómplices?

Precisamente uno de los caracteres más propios de nuestra época es la posibilidad de llevar á cabo las más inícuas empresas. Reconozco que el criminal aislado se ve más eficazmente perseguido, pero asocia tu maldad á la de otros, toma asiento en los antros tenebrosos de cualquiera *logia*, somete tus perversas inclinaciones á la ciega sumision de un *grande Oriente*, y cuenta con la impunidad, más aún, con el éxito.

No obstante, los monederos falsos no han obtenido todavía en su industria las grandes ventajas de la asociacion, lo cual prueba que no han perfeccionado todavía la industria de las asociaciones secretas: la ley es aún para ellos inexorable. La *Commune* tiene sus órganos en la prensa, sus representantes en los parlamentos, sus sesiones públicas; ha sabido conquistarse su derecho, y sea el que quiera el horror que cause, cuenta, no precisamente con la impunidad, sino con la legitimidad. Ya se sabe que sus medios son el robo, el asesinato y el incendio, y su fin la devastacion universal; pero á los ojos de la civilizacion moderna tiene su razon de sér, no es un horroroso capricho de la perversidad de los hombres, sino una consecuencia

inevitable de los principios, Mas los falsificadores de que te hablo no han discutido aún la legitimidad de su industria fundándola en los principios del derecho moderno, y permanecen, quizá por desden ó por indolencia, fuera de la ley. Cuando todo está falsificado, la ciencia, la razon, la autoridad, la justicia, la virtud, las costumbres, la riqueza y la libertad, ellos se ocultan temerosos del rigor de la ley y se esconden para falsificar unas cuantas monedas de oro ó unos pocos billetes de Banco. De todas las falsificaciones que presenciarnos ésta es la única que nos inquieta, que nos alarma, que nos conmueve y que nos indigna, como si en nuestra sociedad sólo fueran legítimos é inviolables las monedas de cinco duros y los billetes de Banco.

Con toda esta disertacion quiero decirte, para tu tranquilidad, que el tribunal encargado de descubrir á los delincuentes está desplegando una actividad pasmosa; han sido detenidas várias personas, registradas algunas casas y vigiladas otras; el juez; pásmate! no ha dormido en toda la noche buscando el hilo tenebroso del delito, mas á pesar del sagrado sigilo del sumario, hay quien asegura que el despierto magistrado no ve en el asunto más que tinieblas.

Esta especie ha circulado por la Bolsa, abriendo

á la maledicencia el camino de las más atrevidas conjeturas.

Al principio me entretuvieron las animadas conversaciones á que daba ocasion tan extraordinario suceso, y me divertia la variedad de los pareceres, lo contradictorio de las noticias y la novedad de las especies que circulaban yendo y viniendo, llevadas y traídas por el flujo y reflujo de aquel pequeño mar de hombres de negocios. Despues empezó á cansarme la confusion que producian tantas lenguas poseidas del demonio de la palabra, y ya me disponia á abandonar este templo de la diosa Fortuna, cuando vino á saludarme un agente de Bolsa, jóven de mérito, activo, inteligente, y puedo asegurarte que verdaderamente honrado. A los pocos dias de conocerle advertí en él estas cualidades, deposité en él toda mi confianza, y no he tenido motivo para arrepentirme. Hacia bastante tiempo que no lo habia visto, y lo encontré algo desmejorado, pálido y triste, así es que al reconocerlo le tendí la mano, diciéndole:

—Los negocios irán bien, pero la salud me parece que no se cotiza muy en alza.

—Juego á la baja—me contestó con una sonrisa que aumentó la tristeza de su semblante.

—De esa manera—seguí yo diciendo—no me

quejo del abandono en que tiene V. mi casa. Creo que desde mi boda no lo he visto á V. en ella.

Sonrióse de nuevo si cabe más tristemente que la vez anterior, y apoyando con familiaridad su brazo en el mio, me empujó fuera del corro de habladores ó de maldicientes en que me hallaba, y me dijo :

—Los negocios van mal, estamos ya dentro de la bancarota ; pero yo he conseguido una mediana fortuna y no son los negocios los que me apuran. Por lo demas, ya me ve V., he pasado el verano en Panticosa.

Quise completar su pensamiento, y añadí :

—Aunque generalmente no se cree así, es lo cierto que la salud vale más que el dinero. No obstante, todos nos quitamos la vida por ser ricos.

—¡ La salud !—exclamó con afable desden—no es cosa que me inquieta : los médicos aseguran que no hay ninguna alteracion en las funciones de mi organismo ; que esta máquina marcha perfectamente, y, por lo tanto, no tengo derecho á quejarme de mi salud.

Hablando de esta manera llegamos hasta la esquina del Banco, saliendo á la calle de Atocha, cuando pasó por delante de nosotros una berlina arrastrada, si puede decirse así, por dos hermosos

caballos ingleses. Los dos fijamos los ojos en la berlina, dentro de la que vimos rápidamente un semblante conocido. Despues nos miramos uno á otro.

—¿Es Montenegro?...—pregunté yo.

—Montenegro—repitió con un tono y una expresion que no dejaba duda acerca de la repugnancia que le causaba aquel nombre y aquella persona.

En honor de la verdad, era la primera vez que oia pronunciar el nombre de Montenegro con desprecio, y no sabiendo á que atribuir la animadversion del agente, de la cual yo tambien participaba, le dije :

—Me parece que no son ustedes amigos.

—Ni enemigos—me contestó.—Jamás se ha cruzado su palabra con la mia; no le encuentro mérito ninguno, carece á mis ojos de toda recomendacion que lo haga estimable, y no sé á qué atribuir la especie de antipatía que me inspira.

Al oirlo expresarse de esta manera recordé que el agente habia sido uno de los más asi-luos pretendientes de Octavia, y sospeché que experimentaba, si no el amargo escozor de los celos, á lo ménos algo de envidia, algo de esa acerba emulacion que suelen despertar en los hombres las preferencias de las mujeres.

—¡Hola!—exclamé.—Aquí hay un drama... Us-

ted conserva todavía algo de sus antiguas pretensiones, y Octavia ha tenido el mal gusto de preferir á Montenegro, ¿no es esto?... Son ustedes rivales.

—No—me contestó.—No conservo hácia Octavia pretension ninguna, pero guardo en mi corazon su memoria con un afecto indecible ; renuncié á la esperanza de obtener su cariño, pero, ¡qué quiere V.! no puedo renunciar al placer de conservar el mio.

Al expresarse así me pareció conmovido, y me admiré de encontrar en un agente de Bolsa un corazon tan tierno.

—¿Todavía?...—le pregunté.

—Todavía—me contestó.

Yo me encogí de hombros y él siguió diciendo :

—No puedo olvidar las palabras con que Octavia acogió la confesion de mi afecto, en la que incurrí en la torpeza de hablarle de la prosperidad de mis negocios. « Le perdono á V., me dijo, el inventario que acaba de hacerme de su fortuna, y voy á darle á V. una prueba íntima de la estimacion y de la confianza que me inspira. Oígalo usted bien ; yo no puedo disponer de mi corazon... y usted no es digno de que se le engañe : he querido hacer la última prueba y ha sido inútil, porque es imposible. »

—Es decir—añadí yo—que Montenegro se había anticipado.

—No—me replicó.—Montenegro no había aparecido aún, esto fué la noche de la boda, la última noche que V. me ha visto en su casa.

—¡Bah!—exclamé yo.—En ese caso el inventario de la fortuna de Montenegro le ha parecido sin duda ménos digno de perdon.

—Imposible—dijo el agente con una seguridad que me dejó estupefacto.—Octavia desprecia las riquezas.

—Entónces será preciso creer que tenía el corazón dado en garantía, y que Montenegro ha llegado cuando ya podía ella disponer de tan rico tesoro.

Estas palabras debieron herir el amor ideal del agente, pues alzó los ojos y me miró con lástima, diciéndome:

—Parece, en efecto, que Montenegro ha obtenido su preferencia, pero juraría mil veces que no ha conquistado su corazón.

A mí vez sentí yo lástima hácia el pobre agente, y tuve intencion de revelarle todos los pormenores que tú conoces acerca de este asunto, mas me pareció demasiado cruel mi intento y sólo dije:

—Siendo eso así, me parece que estamos hablando de un misterio incomprensible, por lo visto, á la razon humana.

—; Incomprensible! — repitió el agente.

—Convenga V. conmigo—añadí—en que Octavia es un verdadero enigma, si niega V. que el amor, la vanidad ó el negocio sean los móviles de su conducta.

—Yo no puedo creer—me dijo con acento de viva convicción — que Octavia sacrifique los sentimientos de su alma á las vanas satisfacciones del amor propio. No hay en su conducta ni amor, ni vanidad, ni negocio; y estoy ademas seguro de que no estima á Montenegro.

Empezaba á impacientarme la terquedad de sus palabras, y le repliqué diciendo :

—Seamos razonables; V. no quiere renunciar á la idea de haber encontrado en Octavia una especie de ángel que nos ha caído por la chimenea, y prefiere V. encerrar su conducta en las oscuridades de los arcanos insondables, ántes que ver en ella el proceder vulgar de las mujeres que se creen obligadas á conquistar un buen partido.

Nada me contestó, y yo seguí diciendo :

—Créame V., amigo mio, las mujeres no valen la pena de los afanes que nos tomamos por ellas; al fin son tambien de barro como nosotros, y talvez de un barro más impresionable que el nuestro. Todo lo que brilla las deslumbra, todo lo que suena las conmueve, todo lo que sobresale las atrae.

Es preciso tomarlas como son, ó renunciar completamente á ellas.

El agente de Bolsa, apoyado en mi brazo, oía mis palabras con la cabeza baja, y yo experimentaba cierto amargo placer en infundirle el desencanto de que me encontraba poseído.

Anduvimos algunos pasos en silencio, el agente con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si se entretuviera en contar las piedras de la calle, y yo con la frente erguida, con el aire triunfante de la victoria.

Al fin, el desahuciado pretendiente de Octavia se detuvo, echó sobre sus cejas el ala del sombrero, y me miró fijamente con la mirada escudriñadora del hombre de negocios. Al mismo tiempo decía :

—Si yo no supiera que es V. el hombre más afortunado del mundo, creería que había V. experimentado algun desengaño.

—¡Desengaño!—exclamé.—¡Quién no experimenta alguno en la vida! Las mujeres son como las perspectivas : á cierta distancia muy bien, pero acercándose demasiado á ellas se pierde el efecto.

—¡Bravo!—me dijo.—Es V. lo que se llama un hombre de mundo, y no seré yo el que me empeñe en desengañarle. Por lo demás, creo á Octavia satisfecha de su conducta.

—¡Diablo!...—exclamé.—¿Será capaz de envanecerse?...

No me dejó concluir la frase, pues se apresuró á decirme:

—Sí, señor; Octavia es capaz de todo.

Y oprimiendo mi mano con la suya, que me pareció temblorosa, se despidió de mí precipitadamente, dejándome en la puerta de mi casa.

De seguro me has llamado imbécil dos ó tres veces durante la lectura del diálogo que puntualmente acabo de transcribirte, y tienes razon. Habia tomado las palabras del agente al pié de la letra, cuando entre hombres de negocios todo hay que tomarlo á beneficio de inventario. Hasta el último momento no he comprendido la ironía que encerraba la frase *Octavia es capaz de todo*. Ya lo creo. No le perdona la preferencia que concede á Montenegro, y se venga... defendiéndola, más aún, ensalzándola. Es un sistema de vituperio como otro cualquiera, y bien manejado, más seguro que ninguno.

Verdaderamente he sido un imbécil. ¿Habia de pensar como un poeta un agente de Bolsa?... Tú pudiste engañarme con el colorido seductor del retrato que de ella haces; pero tú al fin eres un pobre soñador, empeñado en despreciar el dinero, mientras en cada mujer pretendes encontrar un tesoro. ¿Qué te parece Elisa? ¿Qué te parece Octavia?

Ríete de mí cuanto puedas para que quedemos en paz ; y en cuanto al agente, le preparo una venganza monstruosa. El martes le invitaré á comer conmigo ; tambien comerá Octavia con nosotros, y te juro que voy á divertirme al verlos frente á frente.

Es un golpe maestro.»

CARTA XIV.

EL HUÉSPED.

Octubre 28 de 1873.

«Prepárate á pasar por una serie de sorpresas que toda la viva penetracion de tu ingenio no ha podido prever. Ante todo, fijemos en parte la fecha de este acontecimiento, sin duda alguna memorable. Ayer fué lunes, por consiguiente hoy es martes; puedo asegurártelo, en razon á que todavía la república no ha alterado el orden cronológico de las semanas, único orden que existe.

En los fastos de mi opulenta casa, lunes quiere decir noche de gran recepcion, de manera que ayer lució Elisa, en una esplendida comida, los prodigios de su inagotable cocinero.

A las seis empezaron á llegar los convidados, á las seis y cuarto salió Elisa de su tocador como la aurora del fondo del horizonte, y á las seis y me-

dia quiso pedir la comida, pero faltaba uno: Montenegro no habia llegado todavía, y fué preciso esperar algunos minutos; minutos inútiles, porque Montenegro no llegaba.

Esta falta de puntualidad fué por de pronto el objeto de la conversacion; de manera que Montenegro, semejante al romano, brillaba por su ausencia. Indudablemente le habia ocurrido algo extraordinario que le detenia: un negocio urgente, una indisposicion repentina, cualquier contratiempo de esos que son tan frecuentes en la vida, podia ser la causa de su detencion; pero es el caso que acababan de dar las siete, y no era cosa de poner á prueba el apetito de los convidados alargando por más tiempo el momento de servir la comida.

—Me parece—dijo Elisa—que el punto está suficientemente discutido. Montenegro debe haber muerto repentinamente, porque de otro modo, ó estaria aquí, ó nos hubiera advertido previamente su ausencia.

—Acaso lo haya hecho—dijo Octavia—y su tarjeta se halle detenida en el *recibimiento*.

—Es posible—exclamaron algunos.

Se hicieron las indagaciones convenientes, y resultó que al recibimiento no habia llegado ninguna tarjeta de Montenegro. Podia muy bien haber

quedado estancada en la portería, y se preguntó al portero; pero tampoco la había recibido. Es más, el portero creía haber visto entrar al señor Montenegro.

—Me parece—dijo Elisa—que no podemos hacer más en obsequio de nuestro amigo, y haciéndonos superiores á esta desgracia, debemos decir: Montenegro ha muerto, comamos.

Celebróse el chiste con risueña algazara, y pasamos al comedor. El asiento de Montenegro permaneció vacío durante toda la comida, y á los postres volvió á ponerse á discusión su ausencia y su silencio, de la que no se sacó en limpio más que su silencio y su ausencia.

Terminada la comida nos trasladamos al salón, donde nos sirvieron el café. Octavia me presentó una taza y se sentó junto á mí preguntándome:

—¿Qué noticias hay de la falsificación de billetes? Es un asunto bastante curioso.

—Bastante—le contesté.—Y en cuanto á noticias, parece que el juez no averigua nada; la mayor parte de las personas detenidas resultan inocentes; los registros que se han hecho han sido infructuosos. Creo que vamos á tener un proceso tan escandaloso y tan inútil como el de los asesinatos de la calle del Turco, ó tan risible como el de la calle del Arenal.

—¡Ah!—exclamó.—Si yo fuera juez, creo que no se me escaparían los verdaderos culpables.

—Eso — le dije — es casi tan curioso como el asunto de la falsificación. Usted, por lo visto, posee datos ó indicios que la ponen en la pista del delito. ¡Friolera!—exclamé.—Tiene V. en sus manos nada ménos que la suerte del Banco de España.

—En verdad — me contestó — no me interesa demasiado la suerte del Banco de España; no soy accionista, pero se trata de un delito...

—¿Y está V. indignada?...

—Indignada precisamente no — me dijo — pero deseo que se descubra al delincuente.

—¿Tiene V. interés en ello?—volví á preguntarle.

—Sí—me contestó muy seriamente.

—En ese caso—le advertí—puede V. ayudar á la justicia.

—¡La justicia!—exclamó.—¿Dónde está eso?... Además, el valor de los datos que yo poseo, sólo yo misma puedo apreciarlos: es una convicción moral, me falta la prueba.

No podía tomar en serio sus palabras; pero hablaba con tal aspecto de formalidad, que habría sido una falta de educación mostrarse incrédulo.

En aquel momento se acercó á nosotros un per-

sonaje bastante conocido y muy apreciado en la buena sociedad. Imagínate que posee el secreto de las noticias seguras. No sé si la fama ha aumentado las proporciones de su mérito; pero ello es que este hombre, de aspecto inofensivo y de trato afable y complaciente, acierta siempre en los acontecimientos que anuncia, y sus noticias rara vez son desmentidas; parece que vive en las regiones misteriosas en que se engendran los sucesos más imprevistos. No posee ninguno de los conocimientos con que se eleva ó se adorna el entendimiento humano; muestra cierto desden por la ciencia; como Napoleón, se burla de los ideólogos, y ha declarado tontos á todos los filósofos. Pues bien, este ignorante sabe todo lo que pasa, y en punto á noticias, parece que ha alcanzado el dón de una ciencia infusa.

Al acercarse á nosotros nos dijo:

—Sin duda hablan ustedes del acontecimiento del día, porque ya es el asunto de todas las conversaciones.

—Precisamente—le contestó Octavia—pero es el caso que la torpeza del juez ha venido á quitarle todo interés al asunto, pues es cosa averiguada que todas las indagaciones del sumario han sido inútiles.

—Sí—replicó.—Esa especie se ha hecho correr

capciosamente para inspirar confianza á los culpables ; ha sido un golpe maestro que ha obtenido un éxito completo. El tribunal tiene ya en su mano el hilo de la falsificación, y á estas horas estará ya en su poder el principal culpable. Ha sido una estratagema de primer orden.

— Me sorprende — advertí yo — que haya en estos tiempos un juez capaz de concebirla.

— El juez — exclamó el hombre de las noticias — es un mameluco que no sabe dónde tiene su mano derecha ; pero detras del juez está el Banco, que es el que dirige este asunto, ejerciendo una exquisita vigilancia.

El personaje de que te hablo tiene admiracion por todas las cosas que hacen mucho bullo, le entusiasma el volúmen, y es adorador de toda grandeza en razon de la cantidad ; así es que la palabra Banco suena en su boca con cierto énfasis solemne : la gran suma de millones que el Banco representa es á sus ojos una potencia de primer orden. Creo que el *summum* de su felicidad sería poseer aunque no fuera más que una accion del Banco ; pero su modesta fortuna no le permite aspirar á tanta dicha. Era, pues, imposible que se evadiesen de la justicia los autores de la falsificación, habiendo tomado el Banco la direccion del proceso.

— ¡El juez! — siguió diciendo. — ¡Qué es un juez de primera instancia ante el poder de un Banco nacional! El papel de juez anda por los suelos, mientras las acciones del Banco están á ciento veintitres. Un golpe tan hábil, tan astuto, tan seguro, sólo podia haberle ocurrido al Consejo del Banco.

— Bien — exclamó Octavia impaciente. — Reconocemos en el Banco todo el mérito que V. quiera, más no es eso lo interesante. Usted ha dicho que ha caído en manos de la justicia el principal culpable. ¿No es esto?

— Sin duda — respondió — puede asegurarse que el pájaro está ya en la jaula, pero debo contenerme dentro de los límites de una prudente reserva, porque todavía no me es permitido pronunciar su nombre.

— ¡Su nombre! — exclamó Octavia. — Bah; no es V. sólo el que está en el secreto. ¿Quiere V. que le diga su nombre?...

El admirador del Banco dejó ver una sonrisa de incredulidad, mas Octavia acercándose á su oído pronunció un nombre que causó una transformación repentina en su semblante. De la incredulidad pasó al asombro, asombro en el que pudo leer Octavia la seguridad de que habia pronunciado el nombre del verdadero culpable; así es que, sin es-

perar más respuesta, se alejó riéndose á carcajadas.

El hombre de las noticias seguras se volvió á mí, me miró con ojos atónitos, y cruzándose de brazos me dijo :

—Esto es extraordinario ; lo sabe ; ¿cómo?... Hé ahí lo incomprensible.

Yo también sorprendido asentí encogiéndome de hombros.

Poco despues de esta conversacion di una vuelta por los salones que se hallaban muy concurridos y muy animados, y advertí que Elisa no se hallaba en ellos. Temí si alguna jaquéca intempestiva nos privaria de su gallarda presencia, mas pronto la vi aparecer risueña y bulliciosa como nunca. La observé largo rato y noté en ella una movilidad desusada ; se reia mucho y hablaba sin consuelo ; parecia que se hallaba bajo la influencia de una exaltacion nerviosa. Quizá se encontraba en el parasismo de su vanidad satisfecha. La concurrencia celebraba sus chistes y todos aseguraban que nunca la habian visto tan espiritual. Como en la noche de mi boda, creí advertir que algunos me miraban con envidia.

Me cansa la buena sociedad, no le encuentro aquel atractivo que me la hacia tan agradable ántes de mi boda ; ahora me parece frívola, insustancial, impertinente ; flota sobre la superficie como un

cuerpo que carece de gravedad, se ha perdido el buen gusto y se ha disipado el buen tono, ha desaparecido aquella noble sencillez, compañera inseparable de toda grandeza. La demagogia de los clubs ha penetrado en los salones, y me veo en la necesidad de codearme con muchos *descamisados* que usan guante blanco. Mas sea de esto lo que quiera, el caso es que yo no me divertia, y abandonando la concurrencia fui á refugiarme en mi cuarto con ánimo de coger un libro que llevara mis pensamientos á otro mundo distinto del que habito; pero mi cuarto estaba á oscuras y sólo aparecia iluminado por los movibles reflejos que proyectaba sobre la alfombra y sobre los muebles la llama inquieta de la chimenea. Acerqué una butaca al fuego, me dejé caer en ella, y no sé cómo me quedé dormido al amor de la lumbre.

Cuando desperté la llama de la chimenea se habia consumido y la habitacion se hallaba iluminada por un resplandor dudoso, semejante al de las primeras claridades del alba. Creí que estaba amaneciendo, y restregándome los ojos me asomé al cierre de cristales que da luz á mi despacho.

El cielo aparecia surcado por grandes ráfagas de nubes que lentamente cambiaban de forma, ofreciendo continuos y caprichosos contrastes de luz y de sombra, y al traves de las nubes brillaban mo-

destamente algunas estrellas. La claridad que se reflejaba en los bordes de las nubes no era la de la aurora, era la luna que asomaba entónces por el horizonte.

Bajé los ojos hácia la tierra deslumbrado por la serena majestad del espectáculo que el cielo me ofrecia, y el cuadro del jardin se me presentó lóbrego y oscuro; poco á poco fué aclarándose aquella oscuridad y distinguí las calles que simétricamente lo cruzan, y los árboles aparecieron más distintos á mis ojos.

Maquinalmente dirigí la vista hácia el ángulo del jardin en que tengo la sala de armas y el tiro de pistola, sobre los que hay unas habitaciones que comunican con las de Elisa por medio de una pequeña galería de cristales, y á las que se sube desde la sala de armas por una escalera de caracol abierta en el muro.

Fijé, como te digo, los ojos maquinalmente en ese ángulo del jardin, y te aseguro que no sentí vanidad ninguna al recordar mi destreza en el manejo de las armas. Siguiendo la sombra de un árbol que se proyectaba sobre la pared, subí la vista hasta las ventanas, y en una de ellas creí ver *una linea luminosa*, fina como el filo de una espada, como si por las junturas de las maderas se escapára un rayo de luz. Necesité algun tiempo para per-

suadirme de que, en efecto, no era una alucinacion de mis ojos lo que estaba viendo.

Para que comprendas mi sorpresa, debo decirte que esas habitaciones no tienen uso ninguno, están completamente abandonadas, y si se destinan á algo, es á almacenar algunos muebles inservibles. Era extraño que las ventanas de esta especie de desvan inhabitado estuviesen cerradas, y más raro aún, que hubiese luz dentro de ellas. ¿Qué huésped desconocido é ignorado las habitaba? Sentí una viva curiosidad y quise enterarme por mí mismo de la causa de aquella luz misteriosa.

Salí sin más reflexiones, y en la antesala de mi despacho me encontré á mi ayuda de cámara que dormia profundamente esperando que yo le llamára. Lo desperté y le hice retirarse. Cuando se hubo alejado, bajé al jardin y entré en la sala de armas. Los que tenemos aficion al manejo de la espada y de la pistola, creemos que la mejor compañía en ciertos casos dudosos es una hoja de acero bien templada ó el rayo de una bala bien dirigida.

El reflejo de la luz que habia despertado mi curiosidad podia tener por causa un motivo muy natural, pero yo no daba con este motivo; cada vez la luz me parecia más sospechosa, y sentia en mi corazon esa vaga inquietud que nos anuncia algun

peligro. En resúmen, cogí una pistola de tiro que hallé á la mano, y comencé á subir lentamente la escalera de caracol. Otra línea de luz vino de repente á iluminar mis ojos : esta vez el resplandor se escapaba por debajo de la puerta que pone fin á la escalera.

Ántes de decidirme á entrar apliqué el oído atentamente, pero toda mi atención fué inútil, porque sólo percibí un profundo silencio. Acudí á los ojos y miré por debajo de la puerta y no vi más que la roja claridad que esparcía la luz que iluminaba la habitación. No me detuve en nuevas exploraciones, y asiendo el boton del pasador, lo moví no sin trabajo, al mismo tiempo que con un vigoroso empuje hice girar la puerta sobre sus goznes enmohecidos. Se abrió rechinando con estrépito, porque habia perdido la costumbre de abrirse. Penetré resueltamente y de una sola mirada abarqué el conjunto del cuadro que se me ofrecia.

Algunos muebles rotos se hallaban colocados sin órden alrededor de las paredes ; sobre una mesa cubierta de polvo ardia tristemente una vela sostenida por un candelero de plata.

De pronto, del fondo de un sofá arrinconado en un ángulo de la habitación, vi levantarse una sombra que creció sobre sí misma y que se adelantó hácia mí como para recibirme. Yo amartillé la

pistola que llevaba en la mano levantándola á la altura del hombro.

La sombra se detuvo y pude distinguir en ella la figura de un hombre, que echando atrás las manos con tranquilo desembarazo y con una voz que heló toda mi sangre, me dijo sencillamente :

—Iba V. á cometer una indiscrecion imperdonable ; la pistola es un arma escandalosa, y hay asuntos en los que es de suma importancia la mayor reserva. Comprendo el asombro que debe causarle mi presencia en este sitio y á esta hora, y no obstante, es la cosa más natural del mundo ; y si hablamos razonablemente, verá V. como al fin nos entendemos.

No puedo explicarte lo que pasó por mí en aquel momento ; sentia como un cordel que me apretaba la garganta ; mi corazon latia con una violencia desusada, invadian mi sér alternativamente el fuego de la calentura y el hielo de la muerte.

Una ráfaga de luz, súbita como un relámpago, ¡luminó por un instante las oscuridades de mis pensamientos ; quise hablar y no pude, me faltaron á la vez la voz y las palabras.

A tí voy á confiar el secreto de mi vida.

Oye la última sorpresa que te espera en esta carta :

Me hallaba frente á frente de Montenegro. »

CARTA XV.

LA CATÁSTROFE.

Octubre 29 de 1873.

«Viendo Montenegro que yo permanecía mudo y atónito sin dar repuesta á sus palabras siguió diciendo:

—Ciertamente no esperaba esta visita que viene á honrar con su presencia mi humilde hospedaje, mas por grande que sea mi sorpresa, la suspendo para cumplir con el deber que la cortesía me impone, ofreciendo á V. un asiento en este sofá que no es absolutamente incómodo. Esto es lo primero.

Semejante sangre fria me advirtió que tenía que habérmelas con un hombre dotado de suprema audacia. Yo por mi parte serené con un esfuerzo de voluntad la agitacion de mi espíritu, y le dije:

—Lo primero no es eso. Lo primero es que us-

ted me explique por que le encuentro en este sitio.

—¡Ay, amigo mio— exclamó con voz hasta cierto punto conmovida— no me hará V. el agravio de creer que he dejado sin disgusto las comodidades de mi casa por esta habitacion sin duda alguna hospitalaria, pero en rigor poco comfortable; mas ¡qué diablo! en las situaciones extremas hay que apelar á los recursos extraordinarios.

Yo hice un movimiento de impaciencia que no pude contener, y él añadió :

—¿No le parece á V. esa explicacion completamente satisfactoria? Bien, respeto sus escrúpulos y voy á completarla.

Me crucé de brazos afectando una calma que en realidad no tenía, y él dijo :

—Ha de saber V. que soy víctima de una infame calumnia ó, á lo ménos, de uno de esos lamentables errores que suelen padecer los tribunales. Se me acusa nada ménos que de ser el principal agente de la extraordinaria profusion de billetes falsos de que Madrid se halla invadido. Me sería muy fácil confundir á mis acusadores ; pero, ¿qué quiere V.? cada uno tiene su orgullo y yo no paso por la humillacion de defenderme. Mi casa ha sido allanada en las primeras horas de la noche, y supongo que habrán hecho en ella un registro minucioso, en cuyo caso es posible que hayan encontra-

do algo entre mis papeles que comprometiera mi inocencia. Yo pude evadirme y me encontré en la calle dudoso del partido que debía tomar; no acertaba á elegir entre la estacion del Norte y la estacion del Mediodía; mas pronto renuncié á una y otra, porque presumí que el tribunal, ávido de mi persona, temiendo la contingencia de mi fuga, tuviera en ambas estaciones agentes encargados de detenerme. Por otra parte, el telégrafo anda más que la locomotora, y, por último, no podia viajar tranquilamente sin llevar el resguardo de un pasaporte para el extranjero, y un disfraz que desfigurara discretamente mi persona. Todos estos inconvenientes me parecieron sumamente serios, y adopté el partido de quedarme en Madrid; pero V. comprenderá que necesitaba un albergue seguro que me pusiera á cubierto de toda pesquisa. La idea de ocultarme en esta casa me pareció inmejorable y la puse en ejecucion con felicísima fortuna. Oculté el semblante bajo el embozo del abrigo y penetré en la portería; subí la escalera y esperé. El portero se hallaba en el portal vuelto de espaldas, y aprovechando esta favorable circunstancia bajé, me escurrí como una sombra por entre las columnas del vestíbulo, gané la cancela de cristales que abre el paso al jardín y fuí á ocultarme en la estufa. Esta es la historia con todos sus pormenores. Ahora bien, ¿á

qué feliz casualidad debo el honor de tan inesperada visita...?

— Ha incurrido V. — le contesté — en dos graves indiscreciones, la primera consiste en tener la vela encendida, la segunda en no haber cerrado bien esa ventana.

— ¡ Ya! — exclamó — pero es el caso que las maderas de esa ventana no encajan bien, y en cuanto á la luz, pensé apagarla; pero agitado mi espíritu por tan violentas emociones, me recliné maquinalmente en ese sofá y me quedé dormido. La luz me ha delatado, ¿ qué importa? Es lo mismo.

— No es lo mismo — le repliqué. — Usted ha penetrado furtivamente en mi casa como pudiera haberlo hecho un ladron, está V. acusado de un delito que infama; la justicia lo busca, y todo lo que yo puedo hacer en su obsequio es entregarlo á los tribunales. Nadie dirá que violo las leyes de la hospitalidad.

— Eso es absurdo — me dijo — y hé ahí una solución que impediré á toda costa. Amo la libertad más que la vida y prefiero la sepultura á la cárcel. Además, está V. en un error que me veo precisado á desvanecer. Yo queria omitir la segunda parte de esta historia, pero V. se empeña en saberlo todo y será preciso que lo sepa. Mi honor de caballero no me consentiria permanecer ni un instante más en

esta casa si no me considerára autorizado para ello.

Oculto en la estufa, combiné mi plan y salí de allí en busca de la puerta que da entrada á la sala de armas; allí encendí un fósforo y vi el cielo abierto, esto es, vi la escalera de caracol que se enrosca dentro del muro y subí por ella tropecé; con la entrada de esta habitacion y aquí saqué de mi cartera siempre provista de todo lo necesario, una tarjeta; escribí en ella cuatro palabras, la encerré en un sobre y puse por sobrescrito el bello nombre de la señora de esta casa. ¿Cómo poner en sus manos esta importante tarjeta sin valerme de una persona intermedia?

Mi ingenio buscaba en vano un recurso extraordinario, pero mi fortuna no me habia vuelto del todo la espalda y, perdone V. este arranque de vanidad, yo poseo el valor de las situaciones extremas. Registrando estos cuartos abandonados encontré en la pieza contigua salida á una pequeña galería de cristales, y comprendí que me hallaba cerca de las habitaciones de Elisa. No sin trabajo, abrí una puerta que se dibuja sobre dos escalones en el extremo opuesto de la galería, y me encontré dentro de un espacioso ropero; seguí adelante, y otra puerta ménos brusca me abrió paso al cuarto del baño, en cuyo ambiente se respiraba un suave perfume; más allá, estaba el tocador dulcemente iluminado.

Reinaba en los salones un profundo silencio; era el momento en que, cansados sin duda de esperarme, se sentaban VV. á la mesa, donde yo tambien tenía mi cubierto. Suspiré al oír el ruido lejano de la vajilla y el confuso murmullo de la animada conversacion con que empezaba la comida, y áun me pareció percibir las emanaciones succulentas de esos platos victoriosos que salen de las manos de Donato. En aquel momento me condenaba mi suerte al suplicio de Tántalo. Volví á suspirar, dejé la tarjeta sobre la mesa del tocador y me retiré á este almacén de muebles rotos, lugar indudablemente más seguro que la estufa. No soy impaciente y esperé sin inquietud el resultado de mi tentativa. Me parecia imposible que la bella Elisa al volver de la mesa no entrára en su tocador á echar una ojeada á las perfecciones de su prendido. En efecto, habria trascurrido una hora cuando vi aparecer una sombra blanca y vaporosa, semejante á una aparicion celeste; los brillantes resplandecian en la oscuridad como las estrellas en una noche nebulosa. Me adelanté á recibirla, y le dije: «Señora, es un asunto para mí de vida ó muerte, necesito un asilo ignorado, á lo ménos por veinticuatro horas, y abrigo la confianza de que no será V. la que me niegue un rincon en su casa.» «¡Ah, exclamó, es una locura, una insigne locura; ¿pero qué hacer ya

en este caso? si el peligro de que se halla V. amenazado es tan inminente, permanezca V. aquí, y despues verémos.» Despues, bastante despues, volvió trayéndome ese candelero y esa vela indiscreta, y reparó el desfallecimiento de mi estómago con una buena racion de pavo *truffé* y una botella de legítimo *Laffite*. Ahora bien, amigo mio, ¿le parecen á V. todavía justas sus reconvenciones...?

La ira y la vergüenza rugian á la vez en el fondo de mi alma. El miserable, con un descaro inaudito, y una audacia sin ejemplo, se burlaba á la vez de mi honra y de mi paciencia. Contuve el violento impulso de mi colera, y clavé en su rostro inalterable una mirada en la cual iba todo el rencor de que me sentia poseido.

Encogióse de hombros y siguió diciendo:

— Usted no ha reflexionado bien los graves inconvenientes que ofrecé la solucion de entregarme á los tribunales. Nadie creerá que yo he venido á ocultarme aquí sin contar con la seguridad de ser admitido; todo el mundo sabe que he recibido en esta casa distinciones honrosas, y, claro está, que no es V. el que me oculta cuando es V. el que me descubre. ¿A quién han de atribuir el favor íntimo de tan generosa hospitalidad? ¿Sabe V. á qué suposiciones llegará la malicia? Y no es eso todo: el juez me interrogará acerca de este punto y yo me veré

obligado, por la rectitud de mi conciencia, á cantar de plano. De manera que al entregarme V. al poder de la justicia entrega V. el nombre de Elisa y su propio nombre al tribunal inexorable de la maledicencia. Las cosas hay que mirarlas con calma para verlas como son, y resulta por la singular combinacion del caso, que V., que ha incurrido en la indiscrecion de descubrirme, es el que está más interesado en ocultarme.

La observacion era terrible; comprendí toda la fuerza que encerraba, y contemplando un instante el arma que tenía en la mano, le dije:

— La pistola es en efecto escandalosa, y hay asuntos que deben ventilarse con toda reserva. Debajo de nosotros está la sala de armas y en ella encontraremos dos espadas, con las que acabaremos de entendernos.

— ¡Propone V. un duelo! — me preguntó asombrado.

— Sí — le contesté. — Olvido por un instante la infamia del crimen por el cual será V. pronto condenado á cadena perpétua, y propongo un duelo hasta el último aliento.

— ¡Un duelo....! — exclamó. — Bien... busque usted testigos, de otra manera es imposible, será un asesinato; desconozco absolutamente el manejo de la espada, podrá V. herirme donde quiera sin

el menor peligro. Una estocada en el corazón pondrá fin á mis días. Perfectamente; pero ¿qué hace V. con mi cadáver...? Me parece que tengo derecho á saber en qué sepultura voy á descansar para siempre de las fatigas de la vida.

La idea de un asesinato me horrorizaba, el espectáculo de un cadáver que sería preciso ocultar helaba el calor de mi cólera. Aquel hombre tenía mi honor en sus manos, y mi honor precisamente le servía de escudo. Mi situación era bastante difícil y me quedé pensativo mordiéndome los labios.

—No hay que apurarse — dijo. — Fijemos bien la cuestión para no confundirnos; V. no puede descubrirme ni puede matarme. Hay, pues, que buscar otra solución más razonable al caso en que nos encontramos. Yo tengo una y es la única. Un vestido con el cual pueda disfrazar mi persona, y un pasaporte para el extranjero extendido á favor de un nombre cualquiera, son dos requisitos indispensables para que yo con las debidas precauciones pueda salir de esta casa, en la cual francamente no he hecho ánimo de pasar el resto de mis días. Usted me proporciona ese disfraz y ese pasaporte, yo me encargo de hacer desaparecer estas perfumadas patillas que he tenido el honor de poner en moda, y asunto concluido.

—¡Jamás! — exclamé con el acento de las reso-

luciones irrevocables. — No pasaré jamás por la infamia de ser su cómplice.

— ¡Bah! — exclamó á su vez. — Usted cree que yo haga un uso indiscreto de esta aventura de mi vida, y eso en verdad honra poco á su perspicacia. Le juro á V. que al salir de aquí Montenegro deja de existir; adoptaré el nombre que vaya consignado en el pasaporte. Yo he cambiado ya cuatro veces de nombre, y ésta será la quinta trasmigración de mi persona. ¿Le parece á V. que cometeré yo la torpeza de hablar de las aventuras de Montenegro?

— ¡Jamás! — volví á repetir resueltamente.

— Phs — dijo — creí que trataba con un hombre de mundo, pero tropezamos ahora con la intratable suspicacia de los maridos vulgares. Apuremos el caso, ¿cree V. que posea yo algun documento que pueda comprometer el nombre de Elisa?

Al oír esta pregunta toda la sangre de mi corazón se me subió al rostro, y el recuerdo de la carta sorprendida en la estufa surgió horriblemente del fondo de mi memoria.

— Pues bien — siguió diciendo. — La lealtad ante todo. Poseo uno; cuatro reglones inocentes sin duda alguna, escritos en papel perfumado, mera impaciencia de la vanidad, de la curiosidad ó del capricho de una mujer acostumbrada á dominarlo

todo por su hermosura y por su lujo; pero que en fin á los ojos de un marido susceptible pueden tener un valor extraordinario.

Diciendo esto habia sacado su cartera, y de ella un billete que me presentaba como el testimonio de su veracidad. Lancéme á arrancarlo de sus manos, pero me encontré detenido por un brazo vigoroso que me hizo retroceder dos pasos.

— Poco á poco — dijo. — Este es mi último cartucho. Yo no tengo ningun interes en conservar en mi poder estos renglones escritos por tan preciosa mano, V. los desea y yo le propongo un negocio: los entrego generosamente á cambio del disfraz y del pasaporte, de otra manera será imposible arrancarle de mis manos.

Una nube ardiente pasó por mi cabeza, sentí en mi voluntad un impulso ciego, y alzando el brazo levanté la pistola á la altura de mis ojos y disparé. Vi á Montenegro tambalearse y caer desplomado.

Me apoderé del billete y pronto reconocí en él la letra de Elisa. ¡ Ah! este no era un billete falso. Hé aquí su contenido:

« Me confieso vencida; es V. un enigma impenetrable. Mi vanidad de mujer empieza á ofenderse, y mi curiosidad se enfada. Si hemos de ser amigos es preciso que nos conozcamos. Confianza por con-

fianza... Un capricho: la respuesta no quiero recibirla, quiero encontrarla.»

Después que me hube asegurado de que la explosión de la pistola no había producido alarma ninguna, formé mi resolución y me dirigí en busca de Elisa.

Al levantar la cortina que separa el tocador del dormitorio, la encontré vestida, delante de la puerta en actitud de salir. Al verme retrocedió un paso y exhaló un grito.

— Sígueme — le dije — necesito de tu auxilio, porque esta vez te toca á tí ser mi cómplice.

Irguió la cabeza con arrogancia, me miró fijamente sin descubrir en su rostro turbación ninguna, y me siguió sin resistencia. Sentía yo detrás de mí sus pasos acompasados y majestuosos. Cuando llegué al lugar de la sangrienta escena cogí la luz y acercándola al cadáver le mostré el cuerpo inanimado de Montenegro. Yo espiaba los movimientos de su fisonomía; pero no descubrí en ellos ni la angustia ni el espanto que yo esperaba; movió la cabeza con cierta compasión, hizo un gesto de repugnancia y apartó los ojos del cadáver, sin pronunciar ni una palabra.

— Ahora — dije — es preciso darle sepultura.

Volvió á mirarme con ojos impassibles, se cruzó de brazos y se encogió de hombros.

Bajé al jardín y ella me siguió silenciosa como una sombra. Junto á la estufa hay una casa rústica en la que guarda el jardinero todos los instrumentos de su oficio, y entre ellos hallé los que necesitaba. Siempre seguido por Elisa entré en el tiro de pistola y detrás de la plancha que sirve de blanco, comencé á abrir una zanja. La tierra se prestaba á mis esfuerzos y despues de una hora muy larga la tuve concluida; era bastante profunda para que pudiera guardar discretamente el terrible secreto que iba á confiarle.

Subimos en busca del cadáver, y no hubo remedio, Elisa me ayudó á bajarlo y muda é inmóvil como una estatua presenció el acto de darle sepultura. En el sitio en que Montenegro cayó muerto, habia una gran mancha de sangre que hice desaparecer arrancando algunas baldosas de las que cubrian el pavimento. Aquella sangre lavaba mi honor ofendido; però ¿no era al mismo tiempo el testimonio de un crimen? Cerré con llave las puertas que dan entrada á esas habitaciones, teatro de tan terrible escena, y acompañé á Elisa hasta su tocador. En esta especie de templo donde ella adora en sí misma su belleza y su fausto, la detuve y le dije:

—Todavía te queda que pasar por la última vergüenza. Dentro de pocas horas sabrás quién era el

hombre en cuyas manos habias puesto tu nombre y el mio. Más dichoso que tú el juez que busca á los falsificadores de billetes, ha sabido descifrar el *enigma impenetrable*. No me asombra tu traicion, pero no te creí capaz de tanta astucia.

Al oír estas palabras, la palidez de su rostro pareció iluminarse por una ráfaga de color de púrpura, y al mismo tiempo echó atrás la cabeza, dejando ver en sus labios un gesto de desden semejante á aquel que yo sorprendí en el espejo la noche de mi boda.

Entonces arrojé á sus piés el billete insensato que acababa de arrancar de las manos yertas de Montenegro, y le volví la espalda.

¿Qué más quieres saber...?

Aquí tienes la historia de esta noche. Me encuentro sólo en mi cuarto y siento que estalla el agitado tumulto de mis pensamientos hasta ahora contenido. Elisa aparece á mis ojos como el sér más despreciable de la tierra, ni siquiera puede escusarla la ceguedad de una pasión irreflexiva. ¡Ah! su corazón carece de toda ternura, es una alma helada por el frío de una vanidad inaccesible. El imperio de su belleza y el resplandor de su fausto, hé ahí su orgullo.

Dando vueltas á todos los incidentes de esta desastrosa historia viene mi pensamiento á detenerse

ante el nombre de Octavia... ¿Qué debo pensar...? ¿Es víctima ó cómplice...? ¿Habrá querido disputarle á Elisa las atenciones de Montenegro...?

La luz del dia comienza á penetrar en mi estancia y sus rayos iluminan con cruel claridad el cuadro sombrío de mi situacion. Hay dias que no debieran amanecer nunca. El dia que empieza á colorear el horizonte es mártes, y si yo fuera supersticioso creeria que, en efecto, era un dia aciago.

Todavía me queda que adoptar una última resolucion y no me atrevo á mirarla frente á frente. Mi primer pensamiento es huir al extranjero y abandonar para siempre á Elisa, pero esta separacion daria pábulo á las murmuraciones de la malicia. Estamos aún, casi puede decirse, en la luna de miel y, ¿qué quieres? la mayor parte de las gentes me creen tan dichoso... Por otra parte, tengo miedo de abandonarla; mi presencia puede impedir un nuevo peligro y evitar la ocasion de un escándalo. Mas ¿he de constituirme en agente de policia de sus acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos...? ¿He de condenarme á vivir junto á un sér que sólo me inspira una aversion indecible?

Por segunda vez me acomete la idea de arruinarme.

El fausto es su atmósfera; yo puedo hacerla descender de las regiones del lujo en que vive, donde

su corazón se ha desvanecido. Me es sumamente fácil deshacer mi fortuna y condenarla á las estrecheces de la escasez. Cuando no sea rica no parecerá tan hermosa; el mundo cortesano que la rodea le volverá bien pronto la espalda, y ella misma se ocultará avergonzada de su pobreza. ¿No es este su justo castigo...?

Al acabar esta carta me parece que es ménos enorme el peso que oprime mi corazón; necesitaba partir con álguien este secreto tenebroso, y sólo á tí puedo confiarlo.»



CARTA XVI.

MIEL SORRE HOJUELAS.

Octubre 30 de 1873.

« Si tienes la costumbre de saber el día de la semana en que vives, no ignorarás que ayer fué martes; y al advertirte esta circunstancia quiero recordarte que es el martes en que yo tenía preparada mi venganza contra el agente de Bolsa; el martes, primer día de mi desdicha, el día más oscuro y más lóbrego que hasta ahora han visto mis ojos.

Elisa se levantó á su hora de costumbre. La doncella de suyo bulliciosa y habladora, me pareció más alegre que nunca; la oía hablar y reir con esa espontaneidad con que suelen reir y hablar las personas que no experimentan pesar ninguno, indicio seguro de que no habia notado en el semblante de su señora la más leve señal de disgusto, de pesadumbre ó de enojo. Elisa, pues, se habia levantado á su hora de costumbre, y con su cara de to-

dos los dias. La doncella le sirvió el almuerzo en su cuarto.

A la tarde pidió el coche y espléndidamente ataviada subió en él y salió al gran trote.

En cambio yo andaba fugitivo dentro de mi propia casa ; sin poderlo remediar bajaba la cabeza delante de mis criados , no me atrevia á confrontarme con ellos , huia de mirarlos frente á frente. Pasaba de una habitacion á otra con el desasosiego del que no se encuentra bien en ninguna parte. Buscaba los rincones más oscuros de los divanes y allí iba á refugiarme , y cerraba los ojos porque la luz me hacia ver en sus diversos reflejos manchas violadas y manchas rojas , pero la oscuridad se me aparecia llena de sombras pavorosas : en el fondo de ese abismo veia surgir la figura insultante de Montenegro , que me miraba con la risa en los labios. Distinguia en su frente el agujero abierto por la bala , y lo veia vaciar en el hueco de la mano la sangre de su herida , y arrojármela al rostro. Entonces me levantaba despavorido , abria los ojos y acudia á la luz y al espejo á examinar mi rostro y mis vestidos , temeroso de encontrar en ellos manchas de sangre. Despues de un exámen minucioso soltaba una carcajada , la carcajada propia de estos casos : me reia de mis alucinaciones , de mis terrores , de mí mismo.

Comprendí que era preciso un grande esfuerzo de voluntad para dominar el desórden de mis nervios, y me preparé á esta lucha propinándome un calmante.

No dudarás ni un momento que el desórden estaba en mi espíritu, en mi pensamiento, en mi conciencia, pero esas tres cosas casi no existen, ya no se habla más que de nervios.

En realidad yo no tenía más remedio que matar al hombre que habia intentado deshonorarme ó entregar mi honor á la insaciable voracidad de la maledicencia, ó lo que es más ignominioso, hacerme encubridor de un malvado, resignándome á ser cómplice de su infamia, facilitándole la fuga y librándolo del rigor de la justicia... ¡Vamos! en mi lugar cualquiera habria hecho lo mismo. Las circunstancias se han tejido de una manera tan fatal, que no le quedaba á mi honor más recurso que matarle y lo maté. No sé adónde llevarás la severidad de tu juicio; pero ántes de juzgarme, ponte en mi lugar. Me hallaba metido en un callejon sin salida, y me fué preciso derribarlo para poder pasar. Los tribunales lo habrian condenado á cadena perpétua, mi honor un poco más severo le condenó á muerte. Sin duda no era yo el encargado de ejecutar la sentencia, más es indudable que la merecia.

Así reflexionaba yo hablando contigo en mi pensamiento, y estas reflexiones comenzaron á calmar las inquietudes de mi conciencia. Además, era preciso hacer frente á las miradas del mundo, y encerrar este secreto en la sepultura de mi memoria. ¡Qué quieres! Por una reaccion misteriosa de mi espíritu, en vez de atribulado, empezaba á estar satisfecho. No profeso á Elisa estimacion ninguna, siento hácia ella un desprecio indecible, y me complacia considerando el efecto que ha debido causar en su ánimo la sangrienta escena que puse ante sus ojos. Aunque tarde, creo que habrá empezado á comprenderme.

Reanimado por el valor que mi propia situacion me inspira, llamé, como ahora decimos, á mi *camarero*, que me ayudó á corregir el desaliño de mi vestido. Nadie diria al verme que detras de la plancha del tiro de pistola habia una sepultura abierta por mis propias manos la noche ántes. Te confieso mi debilidad: al contemplarme un instante en el espejo, me encontré más erguido que nunca, me parecieron los rasgos de mi fisonomía más enérgicos y más viril toda mi persona.

En esto me anunciaron una visita de confianza, que me esperaba en mi pequeña galería de cuadros escogidos, donde por lo comun recibo á mis amigos íntimos.

No pregunté el nombre del que me esperaba, me era indiferente uno ú otro; he repartido mi estimacion tan equitativamente entre mis amigos, que no prefiero á ninguno. Tú, que te pasas la vida midiendo versos, escondido en el rincon de tu pobreza, no entras en el número de estos amigos. Ellos son más ó ménos ricos, saben gozar de las delicias de nuestra sociedad y viven en el mundo; pero tú ¿dónde vives? Más pobre que el último de mis criados, ¿cómo puedes vivir? ¿vives acaso?... Pues bien, filósofo inexorable, este dichoso millonario tiene la extravagancia de envidiarte.

Al entrar en la galería reconocí al agente de Bolsa de quien ya tienes noticias, y al verlo recordé que aquel dia era el martes en que lo tenía invitado á comer con nosotros.

—¡Bravo! — exclamé. — No ha olvidado usted que hoy nos pertenece y lo celebro.

— La memoria — me contestó — es una cualidad indispensable en los hombres de negocios. Además, se sabe que da V. de comer espléndidamente á sus amigos, ofreciéndoles una mesa de la cual se cuentan maravillas; posee V. un cocinero que es una verdadera celebridad, y yo que me voy aficionando al succulento placer de los platos sublimes, no podia olvidar tan lisonjeras circunstancias.

— Reconozco — añadí — que la cocina de esta casa goza de una reputacion que haria la fortuna de cualquier fondista ; y en honor de la verdad, entre las diversas celebridades que nos infestan en estos dias, la de Donato es la que encuentro más justa ; mas hoy se trata de una comida de íntima confianza ; sólo cuatro personas vamos á sentarnos á la mesa y temo que mi ilustre cocinero se haya creido dispensado de hacer prodigios ; tal vez nos presente un *menú* insignificante.

El agente de Bolsa hizo un signo negativo, diciendo :

— Yo no temo semejante contrariedad, porque al fin el insigne Donato debe saber que *Luculo come en casa de Luculo*.

Siguiendo esta conversacion verdaderamente apetitosa, mi amigo desenvolvió curiosas teorías acerca del método que debe observarse en la combinacion de los manjares, en el uso de los condimentos. Era un especie de hambre, digámoslo así, ilustrada, culta, erudita, un paladar exquisito que posee grandes conocimientos en la materia. Yo contemplaba su cuerpo algo enflaquecido y sus mejillas un tanto demacradas, y parecíame que habia más jugos digestivos en su imaginacion que en su estómago. Hasta ahora no le he conocido nunca tan decidida aficion por los placeres de la

mesa, y presumo que los desengaños que Octavia le ha hecho experimentar le han abierto el apetito. Su estómago busca en los deleites del paladar un consuelo á las aficciones de su corazón, y de esa manera este hombre sobrio hasta hoy, ha caído en la última sensualidad en que acaban los pueblos corrompidos. La agonía de las civilizaciones refinadas, condenadas á perecer, se pasa en la mesa: detras del ruido de los festines y del estrépito de los banquetes, están las catástrofes. La fabulosa prosperidad de *Fornos* significa que aquí todo se hace por comer y todo se hace comiendo. Tú, infeliz, comerás para vivir, nosotros vivimos para comer. ¡Qué diferencia!...

El coche de Elisa retumbó sobre el entarimado del vestíbulo, y poco despues oimos su voz y la de Octavia que entraban en el salon verde donde nos reunimos para pasar al comedor. Elisa tomó el brazo del agente de Bolsa, y yo ofrecí el mio á Octavia.

La comida empezó silenciosa; sólo se cruzaron algunas preguntas indiferentes contestadas por simples monosílabos. La conversacion, esa flor caprichosa y espontánea, esa especie de enredadera que brota y se entreteje al calor de la palabra, nos habia abandonado por completo: Elisa no tenía nada que decirnos, Octavia comia con la cabe-

za inclinada sobre el plato, el agente de Bolsa pronunciaba de vez en cuando frases estériles, y yo no sabía qué decir.

De repente, como quien anuda un diálogo interrumpido, el agente prorumpió en estas palabras :

— Hasta ahora todas las precauciones tomadas por la policía han sido inútiles, se habían adoptado las más escrupulosas precauciones ; pero el insigne Montenegro ha sabido burlarlas : no parece por ninguna parte.

No me hallaba prevenido para esta salida del agente de Bolsa, y sentí en mí el movimiento de la sangre que se agolpa al corazón ; debí ponerme sumamente pálido y apelé al recurso de paladear lentamente una copa de Rhin que tenía delante. Entre tanto Elisa se dignó decir :

— Hé ahí una desaparición que no debe afligirnos demasiado, pues creo que no se ha perdido una gran cosa.

— Sin embargo — replicó Octavia — es lástima que la policía no pueda dar con esa buena alhaja.

— Cualquiera diría — añadió el agente — que se lo ha tragado la tierra.

— Es posible — exclamé yo. — La tierra suele proteger algunas veces á los criminales.

— De todas maneras — siguió diciendo el agente — el chasco que se ha llevado lo que llamamos

el gran mundo ha sido completo. El príncipe misterioso, el personaje novelesco, el héroe interesante de tantas historias, el ídolo de la buena sociedad, se ha transformado de la noche á la mañana en expendedor en grande escala de billetes falsificados. Vamos, el gran mundo no debe encontrarse muy satisfecho de su perspicacia.

Elisa dijo:

—No pretendo justificar al mundo, pero no se puede negar el valor de las apariencias, y en estos casos es muy fácil engañarse.

—Yo no me engañé nunca—replicó Octavia con viveza.—Desde el primer momento experimenté hácia su persona una repugnancia invencible y siempre lo tuve por un solemne bribon. En cuanto á su progenie, no vacilé en concederle el honor de ser un gran caballero de industria. El misterio que hacia de su vida me pareció bastante sospechoso; y ¿qué quieren ustedes? la resistencia que opuso siempre á retratarse me sugirió la idea de que tenía algo por qué ocultar la cara; para mí era indudable; él hallaba algun peligro en que la fotografía propagára por el mundo los rasgos fríos de su semblante.

Miéntas hablaba Octavia, el agente de Bolsa tenía en mí fijos los ojos, dejando ver la sonrisa de la satisfaccion. Elisa se habia encerrado en la

majestad de un silencio desdeñoso, y yo miraba sin pestañear á Octavia, como se mira un enigma indescifrable.

Ella movió la cabeza con tristeza y con gracia, y siguió diciendo:

—Esto les parecerá á VV. increíble; porque, es preciso decirlo, yo he perseguido á Montenegro con mis preferencias, le he hecho el amor... he querido conquistarlo... V. sabe esto perfectamente —añadió dirigiéndose á mí.—Nadie tiene de ello más certidumbre, porque es cierto que algunas veces las paredes oyen, sobre todo cuando hay quien escuche detras de una cortina.

Hablando así animó su rostro con una sonrisa, en la cual me pareció descubrir un abismo de tristeza: sabía que yo habia oido su conversacion con Montenegro en el gabinete del *trousseau*.

No puedo negarte que me sentia lleno de asombro: el misterio de su carácter y de su conducta ejercia sobre mi ánimo una atraccion extraña.

—Verdaderamente—le dije—todo eso me parece inexplicable.

—¡Oh!—exclamó el Agente de Bolsa con aire victorioso.—Todo eso que á V. le parece inexplicable tiene una explicacion sumamente sencilla. Octavia queria confirmar sus sospechas acerca de Montenegro...

—No, no;— se apresuró á replicar Octavia— no me habia propuesto hacer el papel de agente de policia, me guiaba un pensamiento más alto al cual lo he sacrificado todo; porque, en fin, ¿á qué ocultarlo? yo estoy en berlina; el mundo que me rodea cree que yo soy la víctima de ese solemne chasco: no le falta razon para ello, pues, como dice Elisa, en esta ocasion no se puede desconocer el valor de las apariencias.

Elisa añadió vivamente:

—Eso es indudable.

—¡Un pensamiento más alto!...—exclamó el Agente de Bolsa, mirando alternativamente á Octavia y á mí.

—¡Ay, amigo mio! — dijo ella.— Sobre ese punto no se pueden hacer indagaciones... es mi secreto, secreto que vive escondido en el fondo de mi alma y ese lugar oculto de mi sér es impenetrable; porque es preciso que lo sea; Dios sólo lo sabe y yo sólo lo guardo.

Tú vives bajo el esplendor de un cielo meridional, y habrás visto muchas veces llover con sol; pues bien, un contraste análogo vi aparecer en el rostro de Octavia al pronunciar las palabras que acabo de copiarte.

Brillaba en su semblante, si me permites decirlo así, el sol de una sonrisa apacible, la mismo tiem-

po que la sombra de una nube oscurecia el resplandor de sus ojos, y me atrevia á jurar que vi dos lágrimas vacilar en sus párpados.

Esto pasó como un relámpago, mas creo que debió advertirlo el Agente de Bolsa, porque despues de contemplar un momento á Octavia volvió hácia mí sus ojos con expresion de ansiedad mal disimulada, y luégo inclinó la cabeza, bebió un sorbo de *Champañe* que áun hervia en la copa, y se quedó pensativo.

Los pómulos de sus mejillas que se habian sonrosado por el calor de la comida palidieron; y Octavia dirigiéndose á él le dijo:

—No intente V. descifrar el enigma, mas sepa usted que si este secreto pudiera salir de mi corazon, V. sería su único depositario, porque creo que entre todos es V. el único hombre que me ha comprendido. Ahora hablemos de otra cosa.

—¡Oh! sí, sí —exclamó Elisa. — Han dado ustedes á la conversacion un giro tan sentimental, que yo por mi parte no sé qué hacer si desternillarme de risa ó deshacerme en lágrimas.

—Tienes razon — añadió Octavia. — Alegremos los postres. Ea, señores, dejen VV. ese aire meditabundo. Esta es la última vez que nos vemos reunidos alrededor de esta mesa, y no quiero llevarme ningun recuerdo triste de nuestra última comida.

— ¡La última vez...! exclamé yo.

— Sin duda — me dijo. — Voy á emprender un largo viaje.

— ¿Muy largo...?

— Ya lo creo. Imagínese V. que me voy nada ménos que al otro mundo. No vayan VV. á creer que me ha ocurrido la idea de morirme, ni que ha pasado por mi cabeza el proyecto de matarme. Nada de eso. Es que mi madre tiene un hermano en Montevideo; es ya bastante anciano, se halla muy achacoso, no ha querido casarse nunca y nos llama para que recojamos su último suspiro.

— ¿Ya es cosa decidida? — preguntó el Agente de Bolsa.

— Decidida — contestó Octavia — Mañana saldremos para Cádiz, donde debemos embarcarnos.

Elisa se volvió á su amiga y le dijo:

— Desde aquí admiro los grandes espectáculos que la naturaleza ofrece en América; mas es cuestion de gusto, y yo prefiero los encantos de nuestra sociedad. No envidio, pues, tu expedicion al nuevo mundo; pero ya te lo he dicho, ése es un viaje que te conviene.

— Á lo ménos — añadió Octavia con viveza — hallaré en Montevideo un refugio contra la compasion y la burla que desde hoy deben empezar á perseguirme. Habiendo fracasado tan desastrosa-

mente mis pretensiones acerca de Montenegro, yo nada tengo ya que hacer aquí.

Observé que Elisa recibió sonriendo las palabras de su amiga después de haberse mordido los labios.

Nuestra comida había terminado y pasamos al salón verde donde nos sirvieron el café.

Las dos amigas nos abandonaron por algunos instantes, al cabo de los que, cubiertas con sus abrigos, vinieron á despedirse de nosotros, porque el coche las esperaba para conducir las al teatro.

Quedámonos solos y, digámoslo así, frente á frente el Agente de Bolsa y este infeliz mortal. El Agente, sumergido en una butaca y yo paseándome de un extremo al otro del salón: su inmovilidad descubría el reposo de sus pensamientos, mientras los pasos con que yo cruzaba el salón revelaban la agitación de los míos.

Detúveme delante de él creyéndolo dormido, mas sus ojos brillaron ante los míos con un fulgor extraño.

— ¿En qué piensa V.— le pregunté.

— Pienso — me dijo — que los tísicos tenemos en ciertas ocasiones momentos de una lucidez extraordinaria.

— ¡Los tísicos! — exclamé sorprendido.

— Eso es; los tísicos — añadió — Es una enfermedad que al devorar el cuerpo parece que da más

luz al espíritu. Si no padeciera esta dolencia que poco á poco va consumiendo mi vida, no habria descubierto el secreto que acabo de sorprender.

— ¡Ola! — exclamé. — ¡Un secreto...!

— Sí... lo veo con toda claridad.

— Y bien, ¿á qué género pertenece?

— Pertenece al género íntimo.

— ¿Soy indiscreto con mis preguntas?

— No — me contestó.

— Entónces, dígame V.: ¿se trata de alguna intriga política, de alguna cábala financiera, de algun negocio misterioso...?

Miróme fijamente y me dijo :

— Se trata de un drama.

— Me llena V. de curiosidad.

— Puedo satisfacerla — añadió. — No veo inconveniente en que V. lo sepa.

— En ese caso, veamos, ¿qué es lo que ha descubierto?

— He descubierto que es V. el mortal más dichoso de la tierra.

Al oír esta salida del Agente de Bolsa no pude contener una carcajada, más reflexioné que podia haber en sus palabras una cruel ironía. ¿Habria penetrado su perspicacia en el secreto de mi vida? Me estremecí pensando que detrás de la plancha del tiro de pistola habia enterrado un cadáver.

— En verdad — le advertí — no tengo derecho á quejarme de mi suerte: soy rico.

— Además — añadió haciendo el inventario de mi felicidad — ha obtenido la mano de una mujer cuya belleza es indiscutible; posee V. su corazón, puede satisfacer todos sus deseos, y goza V. la tierna satisfacción de verla brillar en el mundo.

Tosí para quitar á mi voz la aspereza que presentaba en ella, y le dije:

— No puedo negar la evidencia de ese conjunto feliz de circunstancias que forman mi dicha, mas, convengamos en que en este caso la tísisis no ha tenido que hacer ningun prodigio de adivinacion: yo no oculto mi felicidad.

— Algunas veces — me replicó sencillamente — somos felices sin saberlo.

Yo insistí diciendo:

— En ese caso, que debe ser muy poco frecuente, no es posible incluirme, porque yo sé perfectamente que soy muy dichoso.

El Agente recibió mis palabras haciendo un gesto de manifiesta incredulidad, y levantándose de la butaca en que estaba sentado puso la mano sobre mi hombro y me dijo:

— No sé qué hacer con V.: por una parte lo envidio con todo mi corazón, por otra, lo compadezco con toda mi alma.

La vehemencia con que pronunció estas frases me hicieron sospechar que los vapores del café habían exaltado sus nervios algo más de lo conveniente, y me encogí de hombros sin saber qué contestarle. Entónces me miró fijamente y prosiguió:

— Es V. demasiado noble para abusar de lo que voy á revelar, lo conozco bastante para estar seguro de que no hará traicion á mi confianza. Además, no hay ya tiempo: se ha empeñado en abandonarnos y no volverémos á verla.

Aquí exhaló el Agente un suspiro semejante á un sollozo, añadiendo:

— Debe V. saberlo para que le devuelva la estimacion que sus injustas sospechas le han robado; nadie más que V. debe admirarla, porque V. es el hombre afortunado, el mortal dichoso á quien Octavia ha consagrado el sentimiento más tierno y más puro de su alma.

Semejante revelacion conmovió todo mi sér, haciéndome experimentar una sensacion semejante á la de un sacudimiento eléctrico.

— ¡Oh! — exclamé. — Usted ve visiones, nada hay que confirme tan infundada suposicion, á no ser que quiera V. hacerme creer que su conducta con Montenegro ha sido un recurso para disipar mi indiferencia. No, no; eso no es posible, Octavia no ha pensado nunca en mí sériamente.

—Usted no la ha comprendido—me dijo con enojo.—Su pensamiento ha sido siempre uno; que usted sea dichoso. Hablo con la seguridad de una convicción profunda. A esa idea hubiera sacrificado ella su honor y su vida. Sin duda se temia á sí misma y ha querido denigrarse á los ojos del hombre que sin saberlo poseia su corazon, para poner á su amor el obstáculo del desprecio; para ese supremo esfuerzo le ha servido Montenegro. ¿No comprende V. la sublimidad de este heróico sacrificio? Octavia posee un alma superior; un alma extraordinaria, de esas que Dios concede á los héroes y á los mártires, cuya grandeza no advierte nunca la vulgaridad del mundo. ¡Ah! —exclamó con voz visiblemente conmovida.—¿No es una felicidad, no es la felicidad suprema inspirar un sentimiento tan profundo en un corazon tan inmenso?

Hablaba con tal precipitacion y con tal viveza, que la respiracion fatigada salia de su garganta como un quejido; y al terminar las frases que acabo de copiarle, no hablaba, gemia.

Yo por mi parte experimentaba la influencia de su doloroso entusiasmo, y sentia como un nudo en la garganta.

Fijó en mí la mirada, en la cual relampagueaba un fulgor extraño, los pómulos de sus mejillas aparecian enrojecidos, y sus labios temblaban.

Tosió penosamente y dijo:

— Ella se va... yo tambien me voy... ninguno de los dos volverémos.

Dicho esto, estrechó mi mano, la oprimió con afectuosa intimidad y me dejó abandonado al vago tumulto de mis pensamientos.

Jamas hubiera sospechado que en el alma del Agente de Bolsa se ocultára una pasion tan profunda. Pero ¿qué valor debia yo conceder á la revelacion que acababa de hacerme? Mi corazon se estremecia siempre que el nombre de Octavia acudia á mis labios. Quería creer en aquella felicidad suprema que debia ser la suprema desgracia, y buscaba razones para desecharla al mismo tiempo que me complacia en encontrar indicios que la confirmáran. Aun mismo tiempo, por una doble accion de mi espíritu agitado, me parecia todo aquello absurdo, inverosímil, imposible, y á la vez lo veia claro, palpable, evidente. Quería creerlo y quería ignorarlo, y en el fondo de mi alma se agitaban la alegría de una dicha inesperada y el dolor de una felicidad perdida.

¿Te acuerdas de aquella aparicion de Octavia en la alameda de Vista-bella? ¿Recuerdas la singular conversacion que tuvimos? ¿Tienes presente la caprichosa manera que tuvimos de salir al encuentro de la concurrencia que volvia de la serenata del la-

go? Nuestro paseo solitario obtuvo un éxito completo, y no me negarás que á Octavia debí el halago con que en aquella noche me sorprendió Elisa.

Despues ha estrechado más y más la intimidad con su antigua compañera de colegio, y las dos amigas han sido hasta hoy inseparables.

Su conducta con Montenegro, ¿te parece aún un misterio...? ¿No veria en él un peligro para su amiga...? ¿No habrá querido interponerse entre ellos para alejarlos? No lo sé, no acierto á ver con claridad en la confusion de mis pensamientos.

Ahora dime tú. ¿Es cierto que he pasado muchas veces junto á mi felicidad sin verla...? ¿La hermosura que resplandece en el rostro de Elisa no me ha dejado descubrir la belleza oculta en el corazon de Octavia...?

Quiero saber hasta dónde llega la profundidad de esta herida, quiero conocer toda la extension de mi desventura.

Habla, rompe ese obstinado silencio que guardas, no me ocultes tu pensamiento por cruel que sea. Tengo valor para recibir este último golpe de mi desdicha. Octavia no está ya en Madrid, anoche salió para Cádiz y yo he tenido bastante dominio sobre mi voluntad para no ir á despedirla. No te pido compasion, sino lealtad. Me encuentro solo en el mundo. Has mirado con desden mis rique-

zas, mi fortuna, mi opulencia, y tú eres el único que puedes estimar mi desgracia. No te llamo porque soy dichoso, sino porque me siento en el fondo de mi corazón el más infeliz de los hombres. Ella se va, y yo no podré ver á Elisa sin recordar á Octavia. Elisa es mi castigo, es mi remordimiento.

Por un vago presentimiento de mi desventura, empecé esta serie de cartas pidiéndote el pésame; ¿me lo negarás todavía...?

El Agente de Bolsa es más dichoso que yo, porque ha sabido descubrirla y comprenderla. »

CARTA XVII.

EL PÉSAME.

Mayo 10 de 1873.

« Veo terminado el relato de tu desventurada historia, y ya no tengo inconveniente en abrirte de par en par mi pensamiento.

Tu situación no es en verdad muy lisonjera. No has ganado á Elisa, has perdido á Octavia, y detrás de la plancha del tiro de pistola donde has ejercitado tu destreza, hay enterrado el cadáver de un hombre, cuya vida has arrancado tú con tus propias manos.

Cualquiera que sea la terrible necesidad en que tu honor te haya puesto, tengo por cosa segura que los tribunales de justicia te pedirían estrecha cuenta de ese cadáver sepultado en tu casa, si alguna vez llegáran á descubrirlo.

Ya sé que tu honor te cerraba todos los caminos;

comprendo las invencibles dificultades de tu posición en aquellos momentos; el infame ponía tu honra á precio de su fuga, tú tenías una pistola en la mano y la ceguedad de la indignación en los ojos. Confieso que es muy difícil librarse del peligro de semejante situación; mas es el caso que á nadie le es permitido tomarse la justicia por su mano.

Si de repente descorrieras el velo detras del cual se esconde esa sangrienta escena, el mundo te aplaudiría; mas entre los aplausos del mundo te verías oprimido por la mano de la justicia humana.

A los ojos de la sociedad podrias llegar á ser hasta un héroe; y no obstante, á los ojos de la ley serás siempre un homicida.

En cuanto á mí, no he de ocultártelo: si fuera tu juez, te condenaría; más no siéndolo, me coloco en tu caso y te absuelvo. Sin embargo, daría la mitad de mi vida por no ver tus manos manchadas de sangre.

Quieres conocer tu desventura en toda su extensión, y eso es propio de un corazón animoso. Los amigos leales, los verdaderos amigos, nos vemos con frecuencia en la necesidad de ser crueles. Sí, tú lo conoces y yo te lo aseguro: tu desdicha es muy grande.

Es verdad, no te engaña tu corazón; has pasa-

do junto á la felicidad sin verla. La belleza que resplandece en el rostro de Elisa no te ha dejado ver la hermosura que se esconde en el alma de Octavia. Alucinado por la prosperidad que te adula, no has visto que hacias un malísimo negocio. La loca fortuna que te sonreia se burlaba de tí. No creas que esto es nuevo ; tu desgracia no sale de la ley comun de las desdichas humanas ; pertenece, como todas, á la triste condicion de nuestro destino.

Has buscado tu felicidad donde no estaba. ¿Qué hay en esto de original ni de extraordinario?... ¿No es esta la causa de todas las infelicidades que nos afligen?... ¿No es ese el error primitivo que nos tiene condenados á la estrecha prision de esta vida mortal en que nos vemos encerrados?...

Si allá en el fondo solitario de tu corazon lloras tu desventura, no debes llorarla más que con los ojos con que todo el mundo llora las suyas. No vayas á hacer una novela de tu desdicha ; lo que á tí te ocurre, es historia pura. La belleza de Elisa tentó tu vanidad y sedujo tus sentidos ; te ha hecho probar el amargo fruto de un terrible desengaño, y te encuentras arrojado del paraíso. Hé ahí una catástrofe que se repite todos los dias.

Todo esto es más positivo que la realidad de los millones con que te ha enriquecido la prosperidad de tus negocios.

Te lo diré de una manera más bursátil, más financiera, más propia del movimiento de la riqueza pública, en el que parece que hemos fijado nuestra felicidad suprema.

La operacion que has hecho es la siguiente:

En la Bolsa del mundo, la belleza de Elisa goza de todos los favores del crédito; es una especie de papel brillante que se cotiza muy alto; está en alza. Octavia á su vez representa un valor insignificante; no entra en las cotizaciones, y se halla fuera del movimiento de los negocios.

Tú jugaste al alza, seguro de obtener una ganancia que completára tu fortuna. Pero ha llegado el dia de la liquidacion, has visto la realidad de las cosas, y no te queda más recurso que pagar la enorme diferencia que ahora adviertes entre Elisa y Octavia.

Tan malísimo negocio causaria la ruina de tu corazon; pero cuento con la fortaleza de tu alma, y sé que harás frente al acerbo desengaño que experimentas.

En la oscura filosofia que la vana soberbia de los hombres ha inventado, sólo encontrarías la desesperacion de una horrorosa incredulidad. Mas tú conservas en tu corazon la sana filosofia de la fe; ni el mundo en que vives ni las prosperidades que has alcanzado, te han corrompido. La fe es

un manantial de esperanza, y la esperanza es el único, es el gran consuelo en las tribulaciones de la vida.

Todo esto lo sabes tú perfectamente; pero acaso no lo recuerdes bien en estos instantes en que te encuentras descontento del mundo, de los hombres y de tí mismo.

Desde que leí tu encuentro con Octavia en la alameda de Vista-Bella, y me enteré de vuestra conversacion, concebí acerca del carácter de la amiga de Elisa ciertas dudas que no debia comunicarte.

Desde luégo sospeché que aquel encuentro no era casual. Ella habia espiado tus pasos, buscando la ocasion de una entrevista, hasta cierto punto misteriosa, y tú, como acontece muchas veces, acudiste á la cita sin saberlo.

No pudo ocultárseme que eras víctima de una intriga de mujer, y al valerme de esos nombres, debo añadir que fuiste victima de la noble intriga de una mujer generosa.

Octavia habia advertido que tu luna de miel no era excesivamente dulce, y quiso echar un grano de azúcar en el vaso de tu felicidad, acercándote á Elisa, de quien te veia alejado.

Entre todas las gentes de buen tono que llenaban tu casa y gozaban de tu opulencia, sólo ella

habia observado que el cielo de tu dichosa boda no se hallaba completamente despejado de nubes, y preciso es convenir en que Octavia fijaba con demasiado empeño su atencion en vosotros.

¿Por qué? ¿Sería una mera curiosidad?

La curiosidad es por sí comunicativa, no se considera obligada á guardar ningun secreto; los curiosos se creen con pleno derecho sobre todo lo que averiguan; por consiguiente, divulgan sin escrúpulo todo lo que indagan.

Ellos disfrutaban de dos placeres: el placer de inquirir y el placer de contar.

Octavia guardó discretamente el secreto de sus averiguaciones, puesto que el mundo que te rodea ignora todavía que desde la primera noche de tu boda empezaste á ser el hombre más infeliz de la tierra.

No la movia la curiosidad; era el interes el oculto resorte de sa conducta.

¡Interes! Y bien, ¿por quién? ¿Le interesaba la suerte de Elisa? No es creible.

En esta clase de asuntos, las mujeres, por regla general, no suelen interesarse por la suerte de sus amigas. Si esto no te parece completamente exacto, no lo tomes en cuenta, porque yo no tengo empeño en sostenerlo.

De todas maneras, te será preciso convenir en

que Octavia, amiga íntima de Elisa, su compañera inseparable desde el colegio, no habia de desconocer la índole dura, fria y orgullosa de la mujer que has elegido para que te ayude á llevar la carga de la vida; y en tal caso, no era su suerte la que debia interesarle, sino la tuya. ¿No es Elisa dichosa?

Por poca perspicacia que le concedamos, no habia de escaparse á su penetracion que en esa union desventurada que el mundo te envidia, tú eres la víctima.

¿Qué secreto impulso la movió á buscarte en la alameda, á llamar sobre tí la frívola atencion de aquella brillante concurrencia... á excitar, en fin, el amor propio de su amigo?...

Discurriendo de este modo, llegué á concebir la vehemente sospecha de que Octavia ocultaba en lo más escondido de su corazon uno de esos sentimientos profundos, tiernos y heróicos que suelen pasar por la tierra ignorados y silenciosos.

Con este dato que la lectura de tus cartas me sugeria, no me fué difícil explicarme el proceder de esa noble criatura con Montenegro. Temió, si no por tu honor, á lo ménos por tu tranquilidad, y te sacrificó hasta su decoro.

Ninguno de esos seres que se llaman hombres de mundo se determinará á creer semejante sacri-

Sólo dos dias en la semana comeré en tu mesa. Admiro el superior talento de tu insigne Donato; mas el respeto que su genio merece me obligan á establecer una prudente distancia. No conviene familiarizarse con cierta clase de grandes hombres.

Empezaste tu primera carta pidiéndome el *pésame*, y ya ha llegado la ocasion de que te lo envíe. Sí, recíbelo, miéntras yo mismo te llevo el abrazo más estrecho que has recibido en tu vida.

¡Ah, infeliz millonario!... Lo que más me aflige de toda esta lamentable historia es que merecias ser dichoso y que tú mismo te has convertido en triste ejemplo de la desdicha en la fortuna.»

XVIII.

ÚLTIMOS DETALLES.

He llegado á Madrid con toda felicidad ; no hemos experimentado ni choque ni descarrilamiento alguno. Las compañías de ladrones organizadas en algunos pueblos del tránsito tampoco han tenido esta vez empeño en detenernos ; todos los *rails* de la via estaban en su puesto.

Mi amigo me esperaba en el *anden* donde la máquina fatigada exhala su último suspiro y el tren se detiene como una vida que se acaba. Así es que al salir del coche, cargado con mi pequeña maleta de viaje, me encontré en sus brazos.

Creo que á los dos se nos llenaron los ojos de lágrimas al abrazarnos ; pero si fué así, nos ocultamos mutuamente esta debilidad de nuestros corazones.

En la puerta de la estacion nos esperaba la ar-

rogante berlina del opulento millonario. Un lacayo vestido de rica librea me quitó la maleta de las manos, y entré en el coche sin acordarme de mi horror al lujo.

Por algun tiempo permanecimos silenciosos. Teníamos muchas cosas que decirnos, y no acertábamos á decirnos nada. Al fin se rompió aquel triste silencio, y entónces nos quitábamos uno á otro la palabra de la boca.

No tengo de qué quejarme; la habitacion que ha dispuesto para mi alojamiento está modestamente amueblada. No hay terciopelo, ni damasco, ni tapicería, todo es *guttapercha*; pero al sentarme en una butaca he podido observar que debajo de tan modesto vestido se ocultan magníficos muelles.

En honor de la verdad, le perdoné fácilmente esta pequeña traicion. Los muelles son indudablemente un lujo, ¡pero es un lujo tan cómodo!... No obstante, lo miré, como si quisiera reconvenirle, pero se sonrió y no tuve más remedio que sonreirme. Era la primera vez que nos sonreíamos desde mi llegada.

Sobre la mesa de escribir, vi una escribanía bastante artística que me pareció de zinc; despues he averiguado que es de plata oxidada.

A la hora del almuerzo vino á buscarme para conducirme al comedor. Allí me encontré con tres personas desconocidas : una señora, en la que se advertia que bien á pesar suyo, habia pasado ya de los cincuenta años, un señor de semblante fresco y grandes bigotes completamente blancos, que le daban cierto aspecto militar, aunque la frescura del rostro dejaba traslucir que no habia encanecido en los campamentos, y un jóven pálido y excesivamente calvo, exquisitamente vestido, y á mi parecer de aspecto insignificante.

Estos tres individuos formaban una sola familia ; son padre , madre é hijo : la madre es tia algo lejana de Elisa, la cual entró en el comedor al mismo tiempo que nosotros.

Mi presentación fué en estos términos :

— Señores — dijo mi amigo — tengo una verdadera satisfaccion en presentar á VV. á mi íntimo amigo y deseado huésped — aquí pronunció mi nombre, y añadió : — Creo que no será para ustedes una persona del todo desconocida.

Yo me incliné haciendo una cortesía bastante ceremoniosa, y todos se inclinaron del mismo modo. La señora, dejándome entender que, en efecto, mi nombre no le era desconocido, el hijo clavando en mí sus ojos redondos y cenicientos con una curiosidad algo impertinente, y el padre encogiéndolo-

se de hombros, como dando á entender que no me habia oido nombrar en toda su vida. En cuanto á Elisa, encontré en su saludo una mezcla particular de afabilidad y desden; su fisonomía se me presentó misteriosa, como una puerta entreabierta. Habia en ella bastante cortesía y muy poca franqueza.

Despues de estos cumplimientos, pasamos á la segunda parte. Mi amigo, invirtiendo el órden, me dió á conocer uno á uno á los tres individuos de aquella familia, y entónces supe que el padre era general, la madre tia de Elisa, y el hijo un jóven de esperanzas que sabía vestirse con todo el rigor de la moda. Luégo, volviéndose y sin mirar á Elisa, me dijo:

—Si estás al corriente de las celebridades de nuestro tiempo, me parece que habrás reconocido ya á la bella mujer á quien he unido mi suerte para siempre, y sería ofender tu ilustracion advertirte que estás en presencia de la señora de esta casa.

Yo lo oí inclinándome profundamente, porque queria dar una señal inequívoca de asentimiento.

Cumplidas estas formalidades algo fastidiosas, pero necesarias para que la gente se conozca, nos sentamos á la mesa y comenzó el almuerzo.

Confieso que la celebridad de que goza la belle-

za de Éliisa, es justa; un artista consumado no encontraría modelo más perfecto.

El dibujo de sus facciones es de una corrección admirable y de una pureza de líneas que sorprende.

Su tez brilla con esa blancura sonrosada que Dios ha concedido al nácar, y si es verdad que existe la sangre azul, es indudablemente la que circula por el limpio azul de sus venas.

Es alta, fina, flexible.

El arte, permítaseme esta pedantería, desde el punto de vista plástico, nada tiene que pedirle, porque están fielmente observadas todas las reglas.

Si la hubiera visto inmóvil sobre un pedestal vestida con la túnica griega, la habría tomado por la obra maestra de Fídias.

El observador que no se deje deslumbrar por lo armonioso del conjunto, podrá distinguir una arruga imperiosa y fugitiva que suele asomar entre sus dos cejas. A pesar del encanto de su sonrisa, podrá advertir también en su boca un gesto duro que aparece como una nota desafinada en medio de una melodía.

Sus ojos son de un azul magnífico, coronados de hermosas pestañas, pero brilla en ellos la mirada con un resplandor frío semejante al que produce la luz eléctrica.

Cuando toma parte en la conversacion parece que descende de alguna altura sólo de ella conocida. Podria decirse que es una estatua que sale de la contemplacion de sí misma.

Es un sol cuyos resplandores brillan y no arden, una luz sin calor, un rayo que no quema. Admira, pero no atrae. Es una obra de Museo, que Inglaterra, por ejemplo, pagaria á peso de oro.

Hoy he conocido al agente de Bolsa y he sorprendido en él momentos de alegría y momentos de tristeza. Lo entristece la idea de que vive y lo alegra la esperanza de que morirá pronto.

Creo que en esta primera entrevista se han estrechado nuestros corazones tan afectuosamente como nuestras manos.

La galería de cuadros es excelente, hay en ella buenos retratos, pero no he encontrado en ella lo que busco. Sin embargo, no he perdido la esperanza de encontrarlo. Debe estar en el tocador de Elisa. Mas ¿cómo penetrar en ese santuario de su belleza?...

Verémos.

Ya he visto. Anoche hubo recepcion y asistí á ella. Elisa me presentó á sus amigos, y, en honor de la verdad, fuí muy bien recibido.

¡Oh! sí; las exterioridades del gran mundo son muy agradables. Es la superficie, es un espejo donde suele uno verse á su gusto; el fondo ya es otra cosa.

Por acercarme al tocador de Elisa donde yo deseaba penetrar, entré en el gabinete del *trousseau* y me puse á contemplar la riqueza de un soberbio velador de porcelana que lucia su valor y su mérito en medio de la estancia.

Sobre el velador habia un volúmen ricamente encuadernado, en cuyo canto leí: «Album de retratos». Abrí el libro por la primera página, y la imágen de Elisa se presentó á mis ojos fotografiada con una exactitud maravillosa. La fidelidad, poco escrupulosa de la cámara oscura, habia reproducido la expresion fria de su alma, sin ocultar ninguna de sus raras perfecciones.

Repasé una á una las páginas del libro, donde las principales bellezas de Madrid habian dejado á la posteridad un recuerdo de sus respectivas fisonomías y de sus más estudiadas actitudes.

Al fin llegué á una página en la cual me detuve; examiné atentamente la nueva imágen que tenia delante, y sin poder contenerme di una palmada sobre el libro. Estaba seguro de haber encontrado lo que buscaba.

Buscaba el retrato de Octavia, y si no era el que contemplaba en aquel instante, debía serlo.

Una voz sonó cerca de mi oído, diciendo:

—La has conocido... es *ella*.

Volví la cabeza y me encontré con mi amigo, que apoyado en el respaldo de mi asiento seguía atentamente mi excursión por el álbum de los retratos.

Si Elisa es el brillante que deslumbra, Octavia es la perla que se esconde.

No puedo negarme la satisfacción de haberla adivinado. Mas ¿en qué he podido reconocerla?... ¿En la firmeza de la mirada? ¿en la bondad de la sonrisa?... ¿en la nobleza de la frente?... ¿en la gracia de la expresión?... ¿en la misteriosa tristeza de sus ojos rasgados y negros?...

No lo sé.

¿Acaso la he reconocido en la modestia de su vestido, en la sencillez de sus adornos, en la naturalidad de su actitud?...

No puedo asegurarlo.

El millonario, el agente de Bolsa y yo formamos una sociedad íntima aparte de la sociedad que nos rodea. Respiramos otro ambiente y vivimos en otra atmósfera.

Y el caso es que este millonario condenado á secreta desdicha, y este enfermo que se acerca rápidamente al término de su vida, han contagiado mi espíritu.

Pienso en Octavia casi tanto como ellos.

¡Qué contraste!... Miéntras el mundo inconstante no sabe hoy más que hablar de Elisa, nosotros, en la intimidad de nuestras conversaciones, no acertamos á hablar más que de Octavia.

Él admira la belleza del rostro, nosotros la hermosura del alma.

FIN.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	v

PRIMERA PARTE.

LA BODA.

CARTA I.—El <i>trousseau</i>	1
— II.—La dormilona, la bata y las babuchas.	12
— III.—Vistabella.	26
— IV.—La luna de miel.	37

SEGUNDA PARTE.

SOSPECHAS DESVANECIDAS.

— V.—Visita inesperada.	55
— VI.—Montenegro.	66
— VII.—El arco iris.	82
— VIII.—Cómplice.	94
— IX.—No es tan fiero el leon como lo pintan.	105
— X.—La rosa de thé.	115
— XI.—Dilaciones.	127
— XII.—Desencanto.	139

TERCERA PARTE.

LOS DOS RETRATOS Y LOS TRES AMIGOS.

— XIII.—El Agente de bolsa.	157
— XIV.—El huésped.	172
— XV.—La catástrofe.	185
— XVI.—Miel sobre hojuelas.	201
— XVII.—El pésame.	222
— XVIII.—Últimos detalles.	232